

EL RUEDO

SEMANARIO
GRAFICO
DE LOS TOROS

Núm. 966 — 27 diciembre 1962 • Dirección y Redacción: Serrano, 21, 3.º dcha. - Tel. 2768489 • Precio: 8 pesetas

ni + ni -

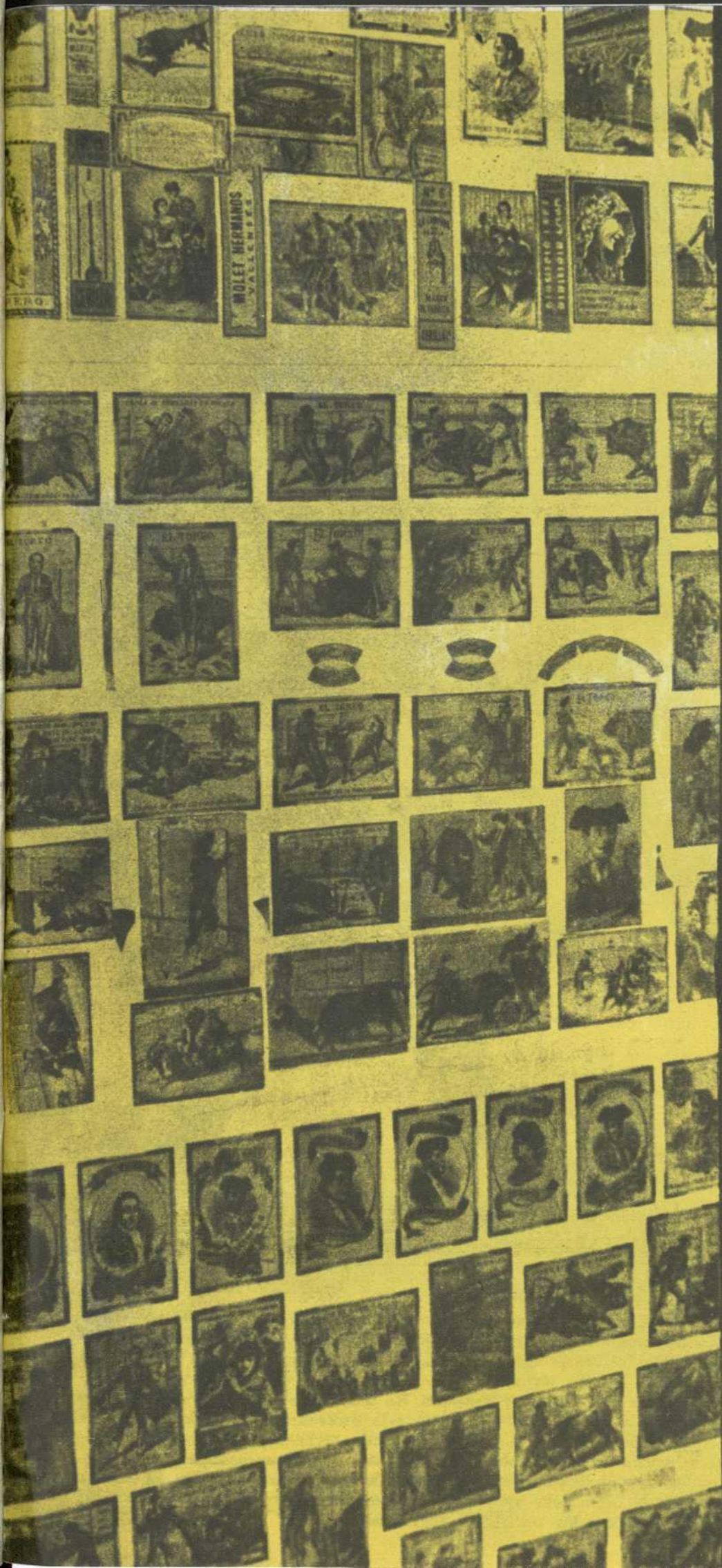
ni + ni -

ni + ni -

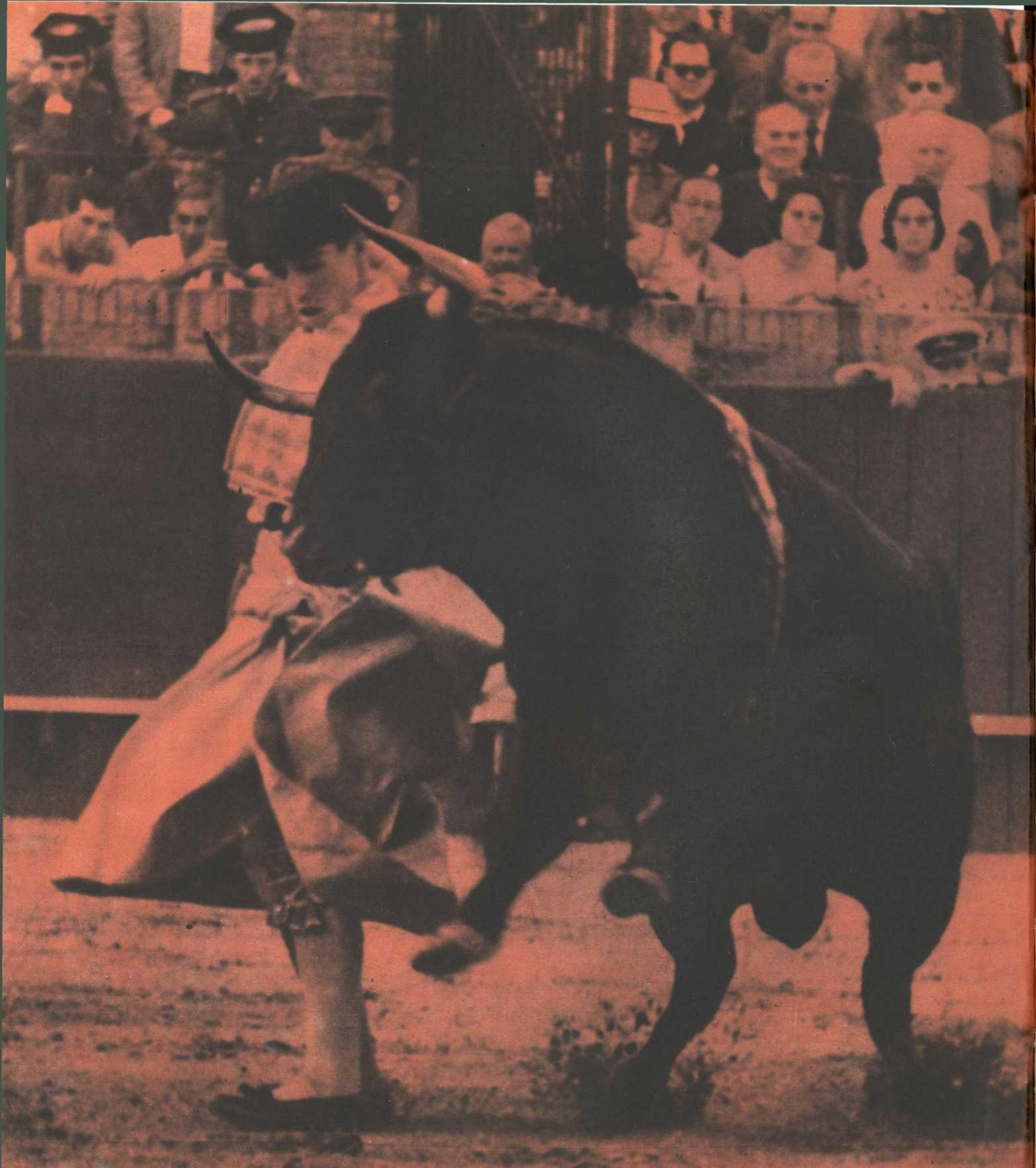
ni + ni -

ni + ni -

ni + ni -



Fototipias de cajas
de cerillas del siglo XIX
del Museo Maves de
Barcelona «Foto Valls»



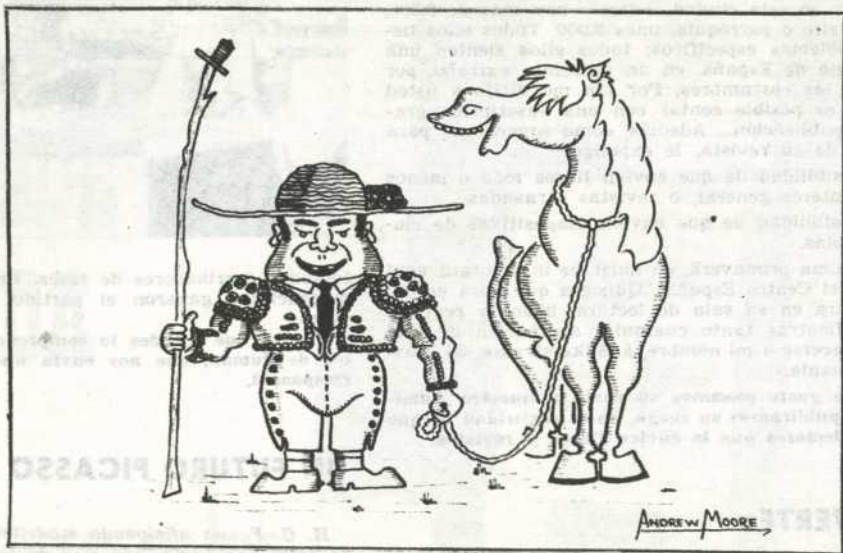
EL AÑO DE LAS CHICUELINAS. — Este ha sido el año de las chicuelinas. Se prodigaron en casi todos los tercios de quites. El lance que inventara «Chicuelo» se ha convertido en el más desesperantemente monótono quite que se pueda imaginar. La chicuelina, simple lance de adorno, se ha llegado a ejecutar durante la pasada temporada incluso en los momentos en que el astado está sin fijar, recién salido del chiquero. En la fotografía podemos apreciar cómo el animal, con un puyazo, por lo menos, sobre sus lomos, sigue embistiendo descompuesto y con las manos por delante. No se lidia. No se trata de enseñar a embestir. Lo único que se busca es dar lances como sea y pases de muleta. El capote, que a veces debe ser de seda, a veces de hierro, es empleado únicamente para dejar pasar a los bureles por delante o por detrás, pero sin torear. El mal, comienza en esos lances de recibo, perdiendo terreno y que se rematan de cualquier manera en las tablas. Lo importante es todo lo contrario, arrancar de las tablas para rematar en los medios, después de haberle ido robando sitio al toro. Posteriormente, puede venir la chicuelina, la navarra, la gaonera, el farol o lo que se quiera. El adorno es señal de abundancia, de consistencia, y siempre que se ejecute bien es bello, pero apoyado en lo firme. El adorno «a palo seco» sería como tratar de colocar el estilo churrigüesco sobre un edificio inexistente

El Ruedo

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ-CUESTA. - Dirección y Redacción: Serrano, 21, 3.º derecha. Teléfono 236 84 89. - Administración: Puerta del Sol, 11. Teléfono 222 64 56. - Año XIX-Madrid, 27 de diciembre de 1962. - Número 966. - Depósito legal M. 881-1958

Director: ALBERTO POLO

Todas las cartas llegan



PIROPO DESDE LONDRES

COMIENZAN a llegar "christmas" al por mayor... Caen sobre la mesa de nuestro director a montones, procedentes de los más lejanos rincones del mundo. Algunos son muy ingeniosos... Como el de Andrew G. Moore, que luce en la portada un dibujo ingenio de un picador descabalgado. Y dice tan sólo:

«A la revista más buena del mundo.» ¡Felices Pascuas! Andrew Gibson Moore: Club Truino of London. (Y como aclaración: «Dieciséis años».)

Se trata, pues, de un joven aficionado inglés, que a pesar de su corta edad, es ya todo un miembro del prestigioso Club Taurino de Londres. Muchas gracias.

EN DEFENSA DE VICENTE BARRERA

ALFONSO Coloma Mateo, aficionado que vive en Barcelona, Pasaje de Llivia, 6, nos envía una larga carta a propósito de algo que se dijo en nuestras páginas sobre Vicente Barrera, el gran torero valenciano desaparecido. Don Alfonso, lector asiduo de nuestra revista, que colecciona, sale al paso de unas afirmaciones sobre aquel espada. He aquí un resumen de su carta:

«La lectura del último número de EL RUEDO, y concretamente el artículo relativo a la Plaza de toros de Valencia, me ha impulsado a dirigirle estas líneas, ya que en el mismo se hacen unos juicios críticos alusivos a Barrera que se apartan y no encajan en el carácter histórico del trabajo. Sin ánimo de polemizar, creo que tales comentarios carecen de equidad, y no porque sean adversos, si no porque expresan la supuesta parte negativa.

»A Barrera se le imputan cuatro cosas, que se pueden rebatir: 1.º Que no toreó en Sevilla. ¿Y qué? ¿Es condición "sine quanon" torear en Sevilla, para ser figura del toreo? Sin duda alguna que no. Barrera lo fue y buena prueba de ello es que toreó, en su larga vida, 701 corridas. De ellas: 86 en Valencia, 82 en Barcelona, 41 en Madrid, 31 en Bilbao, 22 en San Sebastián, Albacete y Valladolid; 21 en Zaragoza, 20 en Méjico, 18 en Pamplona, 12 en Salamanca y Logroño, 11 en Alicante..., y 76 en diferentes Plazas de Andalucía. Como se ve, el cuadro es elocuente, ya que comprende Plazas de tanta o de más categoría que Sevilla. 2.º En cuanto a los "miuras", teniendo en cuenta lo que antecede, no debe señalarse

como signo negativo, sino positivo, pues al igual que sin el marchamo sevillano, sin contratarse con miuras, actuó en un número respetable de corridas, con reses de las ganaderías de más prestigio. Por ejemplo, Pablo Romero, divisa de la que sobrepasó el número de cuarenta y cinco corridas. Por tanto, lo de Sevilla y lo de los «miuras» fue, para Barrera, una cuestión meramente personal, que no desmerece en nada su categoría. 3.º De lo que se afirma de que despreció «la mano izquierda», creo que es una afirmación injusta. Y como puede parecer que no la utilizara nunca, ahí van algunas fotografías, en las que aparece Vicente toreando con la mano zurda. 4.º En fin, por lo que se refiere al «expediente del descabello», bastará con repasar la bibliografía y las revistas taurinas, y se podrá comprobar que no fue eso cosa privativa y exclusiva de Barrera. «Lagartijo», dicho sea sin ánimo de desdoro, descabello un toro, sin haberle entrado, previamente a matar.

«¿No le parece, señor director, que hay que ser más objetivos? Se puede y se debe criticar a un torero sin desfigurar la verdad, para evitar confusiones...»

En primer lugar, ese reportaje a que se refiere nuestro comunicante estaba tomado de un libro, «Valencia en la fiesta de los toros», de autor valenciano, que, si no con la precisión empleada, recogía los conceptos que allí se decían. En cualquier caso, la apreciación de lo que un torero puede significar en la historia de la fiesta es algo que puede someterse a discusión... Y más, cuando como en el presente caso, cae tan cerca de nosotros. Pero Romero o «Costillares» están ya encasillados, definitivamente. Pero ni siquiera «Lagartijo», de un ayer ya remoto para nuestra generación, resulta incommovible. Y no digamos, de Rafael «el Guerra», para acá...

Conviene recordar que de la ausencia de Barrera de la Maestranza de Sevilla y de su negativa a lidiar «miuras», no se hacía en el artículo deducción alguna. Se señalaban estas dos verdades... y en paz. No creemos, sin embargo, que un torero que se precie de figura pueda rehuir a la afición más idónea de Andalucía, por... cuestión personal. ¿Cuántos toreros grandes precedieron o imitaron la conducta de Barrera, de hacer ascos a Sevilla? Ninguno. Y es que mientras la fiesta de los toros sea lo que es, la prueba de la Maestranza, es insalvable.

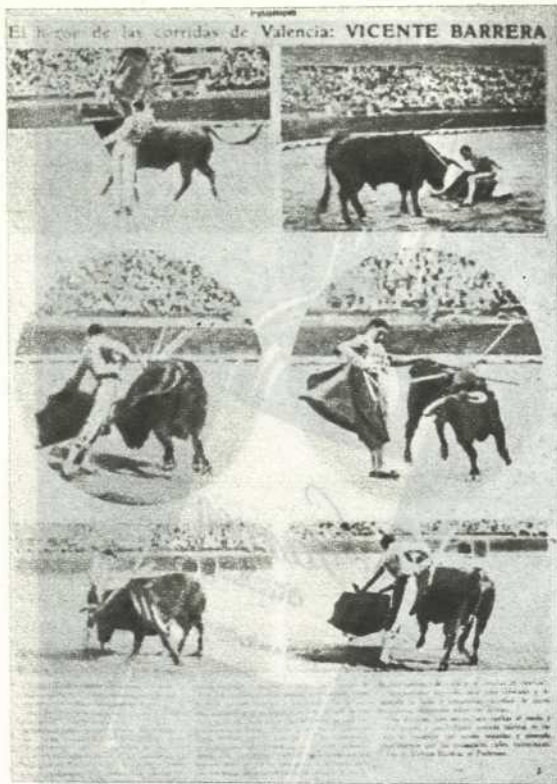
Muchos toreros, en determinadas épocas de su vida, por conveniencias de su política vetaron a los toros de Miura. Pero fue en un momento preciso o en una plaza determinada. Nunca haciendo de tal gesto... cuestión personal. Todavía se recuerda en Madrid el pleito de Mosquera con «Bombita» y «Machaquito», a propósito de los miuras. Y era sólo cuestión de... pesetas.



Siendo

GARVEY

es exquisito



El factor de las corridas de Valencia: VICENTE BARRERA

Despreciar no significa ignorar. Barrera utilizó, a veces, la mano izquierda, pero no prodigó el torero con ella. Hay muchos ejemplos de toreros que hicieron lo mismo... pero ninguno de ellos, que sepamos, pasó a la historia como algo extraordinario. El torero, sin la izquierda, no se concibe. Le falta lo esencial: el pase natural y su rúbrica.

En fin, en cuanto al expediente del descabello, ¿qué duda cabe que todos los toreros lo han utilizado? Pero nadie puede decir que no sea eso... un expediente de urgencia para eludir el peligroso trance de la suerte suprema.

Con todo, creemos, que en los años que Vicente Barrera vivió —nos referimos a su época de esplendor, antes de la guerra— fue uno más dentro del grupo de los «grandes»... Lo que pasa es que en esos años había toreros artistas como Manolo Bienvenida, Cayetano Ordóñez o «Chicuelo»... y alzaba ya la estrella de su magisterio Ortega. Y era difícil, en tales circunstancias, conseguir el primer puesto.

CAMBIO DE DOMICILIO

El presidente de la Peña Taurina Universitaria de Zaragoza, nos comunica su cambio de domicilio. Su carta dice así:

«Tengo el honor de ofrecerle a usted nuestro nuevo domicilio, que sucede al del Colegio Mayor «La Salles», donde esta Peña nació hace apenas un año. Ahora estamos instalados en Méndez Núñez, 36, Bodegón. Allí nos tienen los aficionados y compañeros universitarios para cuanto deseen.»

Gracias por el ofrecimiento, amigos. En cuanto a los precios de suscripción y sus modalidades, ya recibirán noticias de nuestra Administración.

UN TORERO DE CANARIAS

No es frecuente que las islas Canarias den toreros... Ya dan, para delicias de los peninsulares, otros ricos frutos. Sin embargo, también allí se da la planta taurina. El verano pasado anduvo por los ruedos españoles José Mata, un chico isleño, que toreaba bastante bien. Quizá, alentados por el éxito de ese muchacho, estén avivándose las aficiones taurinas de muchos chavales de allá. Tal es el caso de Manuel Rivero «el Tinerfeño», que se dirige a EL RUEDO con una larga carta, donde cuenta sus cuitas...



«Quisiera —dice— darme a conocer entre los taurinos, porque hasta ahora no he tenido oportunidad ni ayuda para dejarme ver en un ruedo. Si hay algún señor empresario que lea esta carta y vea las fotos que le incluyo, quizá se aventure a contratarme... Yo estoy seguro que podré demostrar que tengo afición y ganas de triunfos. Todo ello se lo debo a mi maestro don Emilio Pastor...»

Bien. Ahí va una de las fotos, amigo. Y, por si sirve, su dirección: Barrio de la Salud Alto, Bloque 19, Portal 1. Vivienda 4. Santa Cruz de Tenerife. Ahora sólo falta que alguien quiera brindarle una oportunidad. Nos alegraría, de verdad, mucho...

REVISTAS PARA LOS TRABAJADORES ESPAÑOLES DE ALEMANIA

El padre José Salvador y Conde, O. P., capellán de los trabajadores españoles residentes en Dusseldorf, nos envía una carta, en la que nos pide revistas para aquellos compatriotas que laboran lejos de su tierra.

«Solamente en esta ciudad —dice— hay más de 3.500, y en mi distrito o parroquia, unos 9.000. Todos ellos tienen sus problemas específicos; todos ellos sienten una gran nostalgia de España, en un ambiente extraño, por el idioma y las costumbres. Por eso me dirijo a usted para ver si es posible contar con una suscripción gratuita de su publicación... Además, como sugerencia, para los lectores de su revista, le expongo:

- a) La posibilidad de que envíen libros más o menos usados, de interés general, o revistas atrasadas.
- b) La posibilidad de que envíen diapositivas de ciudades españolas.

En la próxima primavera, en abril, se inaugurará aquí un edificio del Centro Español. Quisiera que para entonces, no faltara en su sala de lectura, libros y revistas españoles. Mientras tanto cualquier aportación de este tipo puede hacerse a mi nombre, a Bilkstrasse, 36, Dusseldorf, Alemania.»

Con mucho gusto pasamos su carta a nuestra Administración y publicamos su ruego, en la seguridad de que no faltarán lectores que le envíen libros y revistas.

LA «REVERTE»

Don José Bernal Ríos, de Tomares, Sevilla, nos envía, en una larga carta, interesantes precisiones sobre «La Reverte», que publicamos para complacer al lector, que nos pedía noticia sobre esta «torera».

«Nació en un pueblo de la provincia de Almería, el año 1879. Huerfana de padre, Salomé Rodríguez Triplona, que tal era su nombre, se trasladó con su madre, que contrajo segundas nupcias, a Arquillos, Jaén. Después vivió en La Carofina, donde comenzó a trabajar como minero, distinguiéndose por su valor y fuerza física. Entonces le llamaban «María Macho». Poco después, con veinte años mal cumplidos, se echó a torear, con el nombre de «La Reverte». El 11 de noviembre de 1900 se presentó en Madrid, despachando un utero. Entre 1901 y 1902 toreó más de cien corridas, en las Plazas de Barcelona, Madrid, Zaragoza, Granada, Lisboa, etc. Luego marchó a Brasil, donde intervino en varios festejos. Según «Ramitos», que fue su banderillero, «La Reverte» —contra lo que creían algunos— era una mujer, de verdad, y no un hombre disfrazado... Lo que pasa es que sus instintos e inclinaciones eran los del sexo fuerte.

Cuando en 1908 el ministro La Cierva prohibió a las mujeres torear, María Salomé dijo que había cambiado de sexo, y presentando un certificado médico, siguió toteando con el nombre de Agustín Rodríguez.

Cuando se retiró vivió en Vilches (Jaén), trabajando como guarda jurado, en el coto de «La Española». Hasta su muerte vistió siempre de hombre.

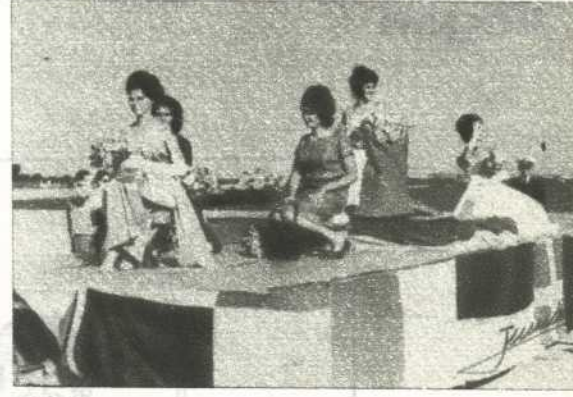
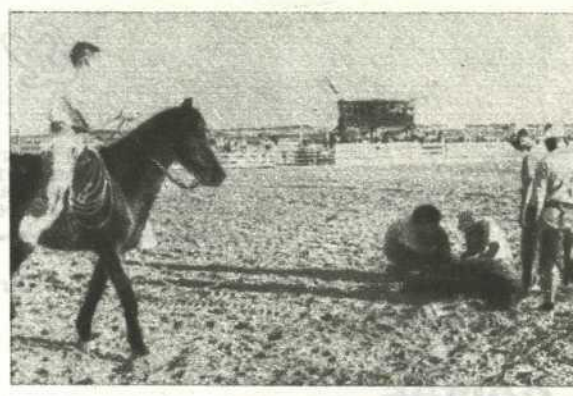
Se cuenta de ella que cuando vivía en Arquillos riñó con un compañero de trabajo y le asestó un puntapié en el muslo, con tal fuerza, que le partió el fémur. Un juez la condenó por el delito de lesiones graves. Pero esta sentencia fue dictada cuando ya ella era famosa en el toreo y no le fue difícil obtener un indulto.»

Nos agrada mucho que entre nuestros lectores se establezca este intercambio epistolar... Y aunque esta sección no es, precisamente, un consultorio, recogemos la carta anterior, por lo que tiene de respuesta de interés general para todos.

RODEO A LA AMERICANA

L. J. M., de Cádiz, nos envía una carta con las fotos del rodeo celebrado en Rota, en la Base Aeronaval conjunta hispanonorteamericana.

«Se celebró, nos explica, con motivo del quinto aniversario de la puesta en marcha de la base. Y fue un rodeo «a la americana» auténtico. Nos gustó mucho a todos los que asistimos... Es verdad que esto no tiene nada que ver con el toreo. El rodeo es la lucha de la habilidad con la fuerza bruta del toro. Naturalmente, hace falta también valor. De cualquier forma tiene emoción. Por si fuera poco este rodeo, celebrado en Rota, estuvo presidido por cinco lindas muchachitas, que llamaron la atención mucho más que los bravos cabalistas, que los diestros lanzadores de lazos y que los



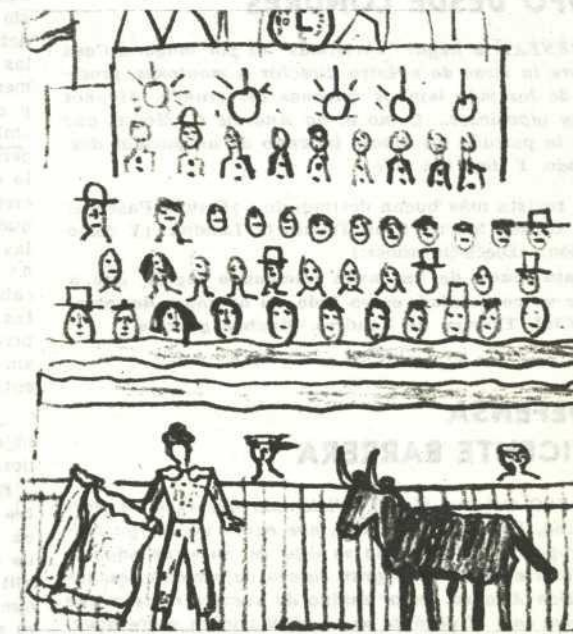
forzados derribadores de reses. En suma, que las cinco muchachitas ganaron el partido. O la partida, mejor dicho.»

Y para que ustedes lo comprendan, ahí van esas fotos de Juman, que nos envía nuestro improvisado corresponsal.

UN FUTURO PICASSO

H. G. F., un aficionado madrileño, que no quiere dar la cara, nos envía, con una carta, los dibujos taurinos que ha hecho su pequeñín, por si es posible publicarlos...

«Ya sé que no son gran cosa, pero ya sabe usted que a un padre siempre le parecen maravillas las habilidades pictóricas de sus hijos... Creo, además, que la pintura moderna va —o vuelve— por esos caminos del pri-



mitivismo. Y que hay muchos grandes pintores que lo hacen poco más o menos como mí chaval...»

Bueno... No tanto. Pero desde que «Pepe» puso de moda la pintura taurina infantil, hay muchos chicos que quieren probar fortuna con los pinceles. Y como nos agrada que los chicos vayan familiarizándose con el tema de los toros, ahí va una muestra del dibujo de su chico.

ERA ANDRES VAZQUEZ

Un lector de Denia, Alicante, se interesa por una portada de nuestro semanario, publicada en el mes de octubre, y que no llevaba indicación alguna...

«Querria saber quién es ese torero y quién es la señorita que le acompaña. Sé que es un torero famoso, pero no caigo. En cuanto a ella, ¿es bastante guapa... Y tiene aire de artista de cine. ¿Me equivoco?»

No se equivoca. El torero es Andrés Vázquez; ella, la actriz Anna Karina, que fue protagonista de la película «Scherazade», rodada aquí...

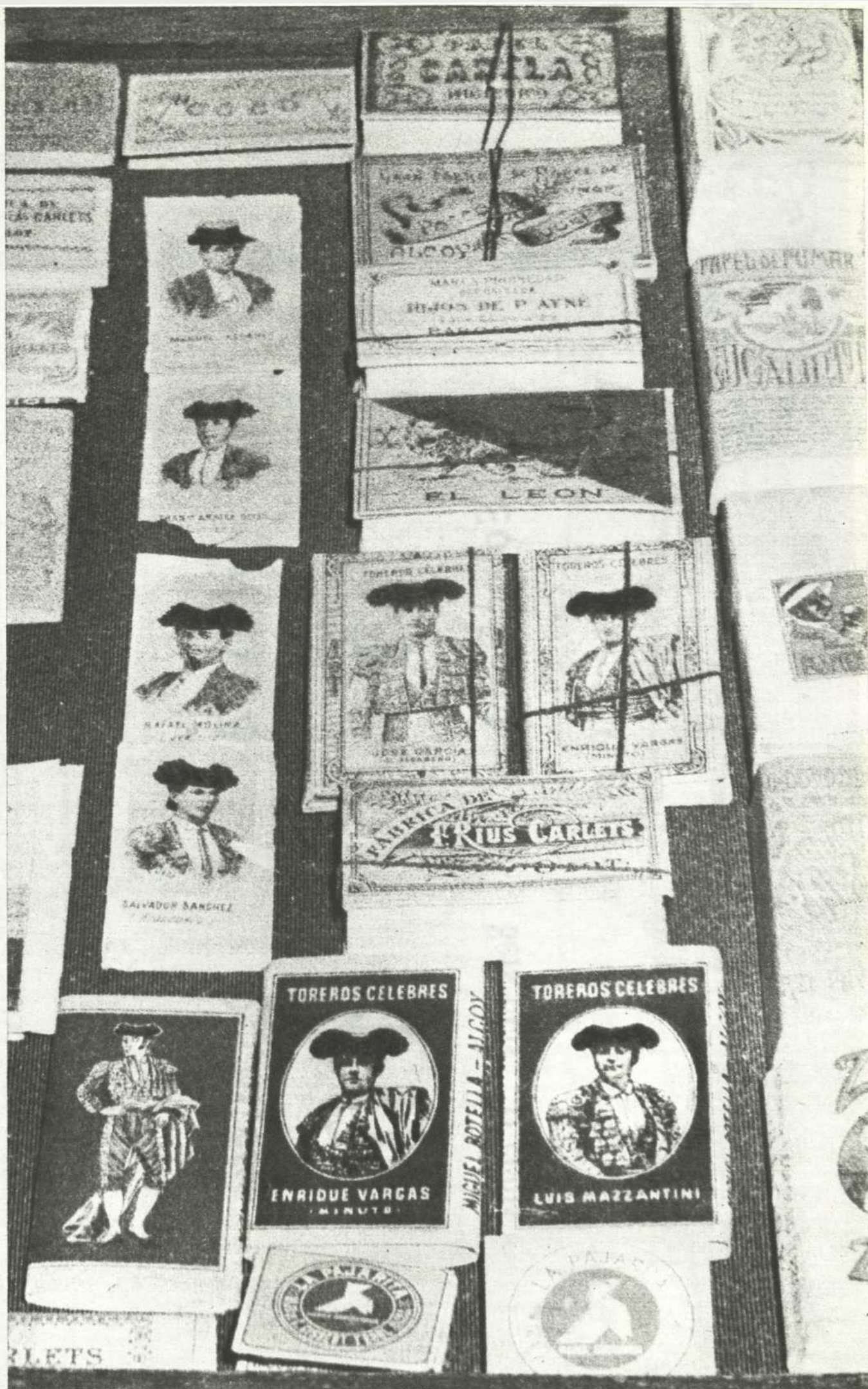
LA MUERTE DE "EL ESPARTERO", RELATADA EN UNA ENTRADA DEL DIA DE LA COGIDA

Pertenece a los fondos del Museo Marés, de Barcelona, y "El Ruedo" la presenta por vez primera

UNA TAURAMAQUIA EN COLECCIONES DE CAJAS DE CERILLAS



Don Federico Marés muestra a nuestro corresponsal en Barcelona su colección de entradas taurinas



Parte de la colección de papeles de fumar de la colección Marés con retratos de toreros (Fotos Valls)

EL Museo Marés, de Barcelona, atesora una serie de elementos heterogéneos, al margen de la escultura, que constituye su principal riqueza. Así hay abanicos, trajes, botones, cajas de cerillas, fajas de puras, llaves... Muchas de esas cosas tienen alguna relación con la Fiesta de los toros. En este reportaje, de nuestro corresponsal en Barcelona — que se ofrece en las páginas siguientes —, se recoge precisamente todo lo que el Museo guarda más o menos unido al recuerdo de lo taurino.

VER INFORMACION EN LAS PAGINAS SIGUIENTES



EL Museo Marés está instalado en uno de los más entrañables espacios de Barcelona: tiene, por sede, el antiguo Palacio del Rey don Martín el Humano: toda una vecindad gótica lo rodea: el salón del Tinell; la capilla de Santa Agueda; la dulce y recoleta placita del Rey, donde fue apuñalado, por un demente, su majestad don Fernando el Católico.

El director del Museo y coleccionista de las innumerables piezas que atesora es una personalidad extraordinaria: el escultor don Federico Marés. Este hombre, en cerca de medio siglo de tarea laboriosa ha reunido un singular conjunto. Aparte de una colección de esculturas en las que puede estudiarse la evolución de la estatuaria española, dio cabida en su Museo a una serie de elementos heterogéneos, salvados de la muerte por la sensibilidad del colector: pueden admirarse allí rameados tirantes ochocentistas, abanicos, trajes, botones, cajas de cerillas y fajas de puros, llaves y cerraduras, urnas con flores del siglo XIX, pilas de agua bendita, etc.

Nosotros nos hemos dirigido al Museo en busca de algo relacionado con la materia taurina.

Don Federico nos recibe con amabilidad; sobre el rostro moreno, atezado de soles ampurdaneses, blanquea su melena de artista.

—¿Guarda usted recuerdos taurinos en su Museo?,
inquirimos.

—Bastantes; los que amamos el arte tropezamos siempre con el inquietante temario taurino. Observe usted esta colección de papeles de fumar: no es difícil encontrar una envoltura con un «apunte» de tauro-maquia. En efecto contemplo un precioso dibujo que lleva por título «caída de picador al descubierto». Y anota algunos detalles: «PREMIO MEDALLA DE ORO DE LA EXPOSICION DE LONDRES EN 1862: REAL FABRICA DE PAPEL DE CIGARROS DE DON EDUARDO GULLO. CALLE DE LOS OFICIOS NUMERO 23. HABANA.»

—¿Usted también colecciona cajas de fósforos, verdad?

—Sí, señor; y analice usted estas magníficas fototipias: toda la grey toreril, de finales y principios de siglo, se despliega en ellas. Manuel Lagares, Francisco Arjona, Rafael Molina, «Lagartijo», «Frascuélo», José García «el Algabeño», Enrique Vargas, «Minuto», etc.

Estudie usted esta espléndida colección de cajas de cerillas del siglo pasado: se llamaba «El Trueno», nombre rimbombante y tenía de emblema un dado. Admire el perfil aristocrático de ese torero; es don Rafael Pérez de Guzmán.

Anverso de la entrada en la que se relata la cogida de «El Espartero» (Foto Valls)

27 Mayo 1894 Domingo

En este día y esta tarde
ha, fue cogido en esta

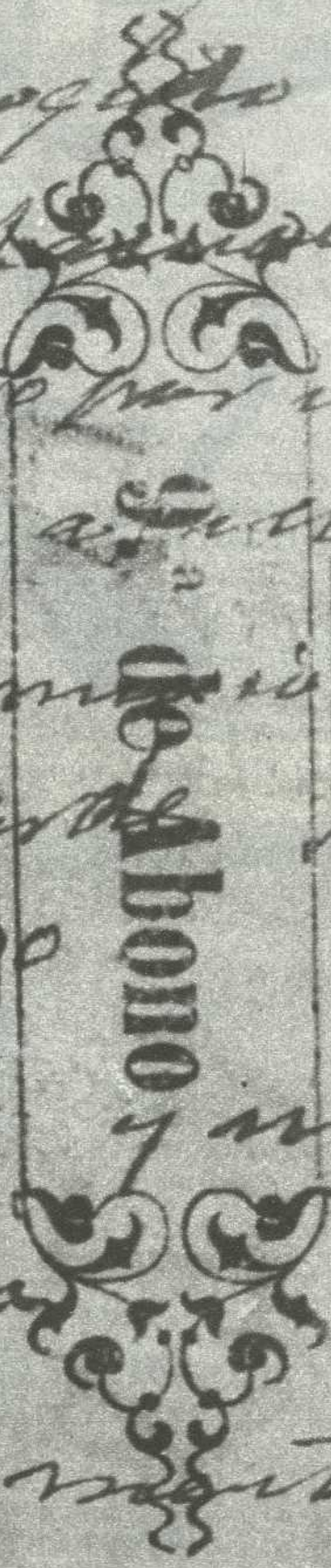
plaza el **Espartero** por un toro 1º

de Miura a **Perdigón** y murió a las 20

y 5 de la tarde. Seguirá la
corrida mucho **muchos**

y **Abono** y música y
palmas para **Fuentes**

te! Parece mentira!



Esa otra es una colección de cajas de fósforos de la marca «El Globo»: también del siglo XIX. A veces el fabricante substituía al torero por una «manola» y el caletre de algún poeta aprovechaba un blanco para llenarlo con una «seguidilla». Anote usted ésta:

Mientras está en la plaza su real torero no aparta de él sus ojos este lucero.

La poesía no será muy lírica, pero tiene un viejo aroma cándido e inconfundible. No sólo retratos, sino también «composiciones» disfrutan las cajas de cerillas, me dice el señor Marés.

Leo: «El Gordito, matando», «Cogida de Frascuelo»...

—Observe usted esa colección de cajas de cerillas, se denomina «El torero». Copie usted la inscripción que puede leerse perfectamente debajo de ese diestro. Dice «BRINDO POR LA SALUD DE TODOS LOS ESPAÑÓLES». Le aseguro que puede escribirse una historia de la Tauromaquia clasificando mis cajas de fósforos. Aquí vienen muchos extranjeros, especialmente franceses, a documentarse sobre el particular.

—¿No tiene más piezas con temas taurinos?

—El asunto, en el Museo, es inagotable. Mire usted esas vitrinas, donde guardo mi colección de pipas. Encontrará alguna con decoración tauromáquica.

En efecto, veo una maravillosa, con cabeza de toro, estoque y banderillas: reseño el estuche: «U. SOMMER: ECUME ET AMBRE VERITABLE, FABR. PARIS.» Hay otra de espuma, soberbia, con el relieve de un toro; y otra, con un toro al que desjarreta un perro, de un soberbio realismo.

—Mire ese estuche para cigarros puros. Lleva una magnífica miniatura de escena taurina, digna de ser firmada por Eugenio Lucas.

Don Federico Marés, cordial y comunicativo, me invita.

—Suba a mi despacho; allí tengo más piezas de tema taurino. Y, además, en honor a EL RUEDO, voy a mostrarle algo que no he enseñado jamás.

El ascensor nos conduce al sobrio despacho del maestro, cuajado de valiosas piezas de arte. Guarda allí

SIGUE

Reverso de la entrada. Dice así la inscripción: «27 mayo 1894. Domingo. En este día y en esta corrida fue cogido en esta plaza Manuel García «el Espartero» por un toro, primero de Miura, llamado «Perdigón», y murió a las 20 y 5 de la tarde. Siguió la corrida; hubo muchas ovaciones y música y palmas para Fuentes. ¡Parece mentira!» (Foto Valls)

Marcamos con una X tres magníficas pipas taurinas de la colección Marés: cabeza de toro, en espuma y ámbar; una escultura de toro en una pipa de espuma, y toro desjarretado por un perro, en ámbar (Foto Valls)

(Viene de la pág. anterior)

una de las piezas más queridas de su colección: un retablo del beato Raimundo Lulio. Lo adquirió en 1913 con el importe de un premio de escultura dotado en 500 pesetas. Hoy está tasado en miles de duros.

—¿Ve usted? Tengo en una vitrina de mi despacho esta terracota policromada con el retrato de un torero. Quizá algún lector de EL RUEDO sepa identificarlo. Mire usted, también, ese plato cerámico con tema taurino.

—¿Y su sorpresa, don Federico?, inquiero.

Sonríe don Federico Marés y se ausenta por breves instantes. Retorna trayendo un misterioso paquetito. En la cubierta leo, curioso: «Reservado a don Federico Marés.»

Desenvuelve el paquete y me presenta una espléndida colección de entradas de plazas de toros.

—Me gustan, sobre todo, por sus litografías. No puedo remediarlo. Todo esto, frágil, que puede desaparecer, me enterece.

Escoge una de ellas y me muestra, con amoroso giro, el dorso del boleto. Alcanzo a leer, con claros caracteres, la siguiente inscripción: «27 de mayo de 1834: Domingo.—En este día y en esta corrida fue cogido en esta plaza Manuel García «el Espartero» por un toro primero de Miura, llamado «Perdigón», y murió a las 20 horas y cinco minutos de la tarde. Siguió la corrida. Hubo muchas ovaciones y música y palmas para Fuente. ¡Parece mentira!»

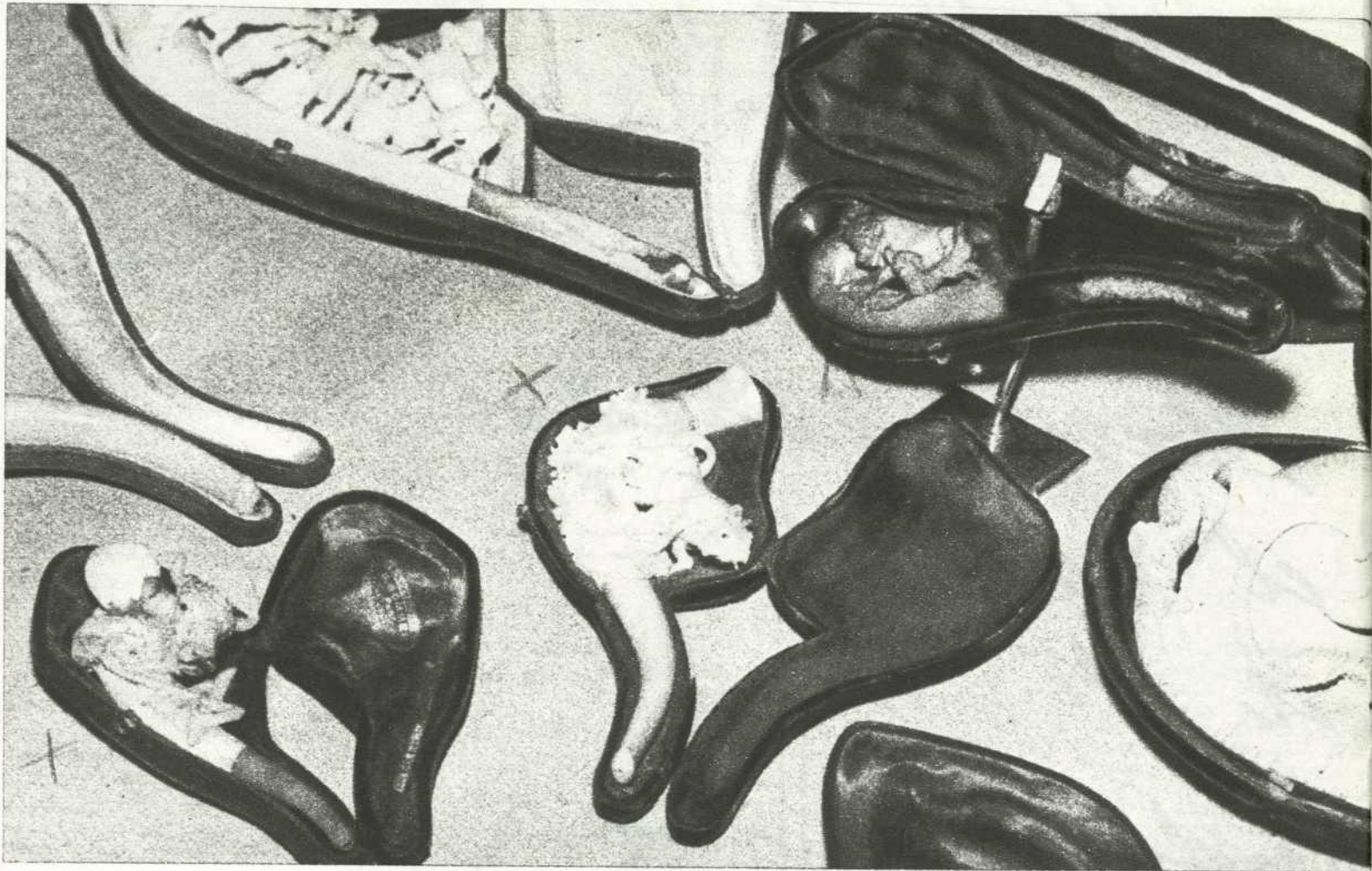
—En efecto —dice Marés respondiendo al mudo interrogante de mi mirada—. Esta entrada perteneció a un anónimo espectador de la corrida donde fue muerto el desgraciado «Espartero». He aquí un pedacito de papel que constituye un trozo de historia de la fiesta.

Yo pienso en el peregrino poseedor de la entrada que ahora me muestra el director del Museo Marés. Debí llegar estremecido de emoción a su casa. En el envés del boleto dejó constancia de aquella fecha sin olvido. Y en el «¡PARECE MENTIRA!» con el que termina la leyenda, dejó el testimonio, casi filosófico, de la versatilidad del destino humano.

Pero así son los toros: tragedia y triunfos, cara y cruz, como el azar que sopla en la tornadiza condición del hombre.

RAFAEL MANZANO

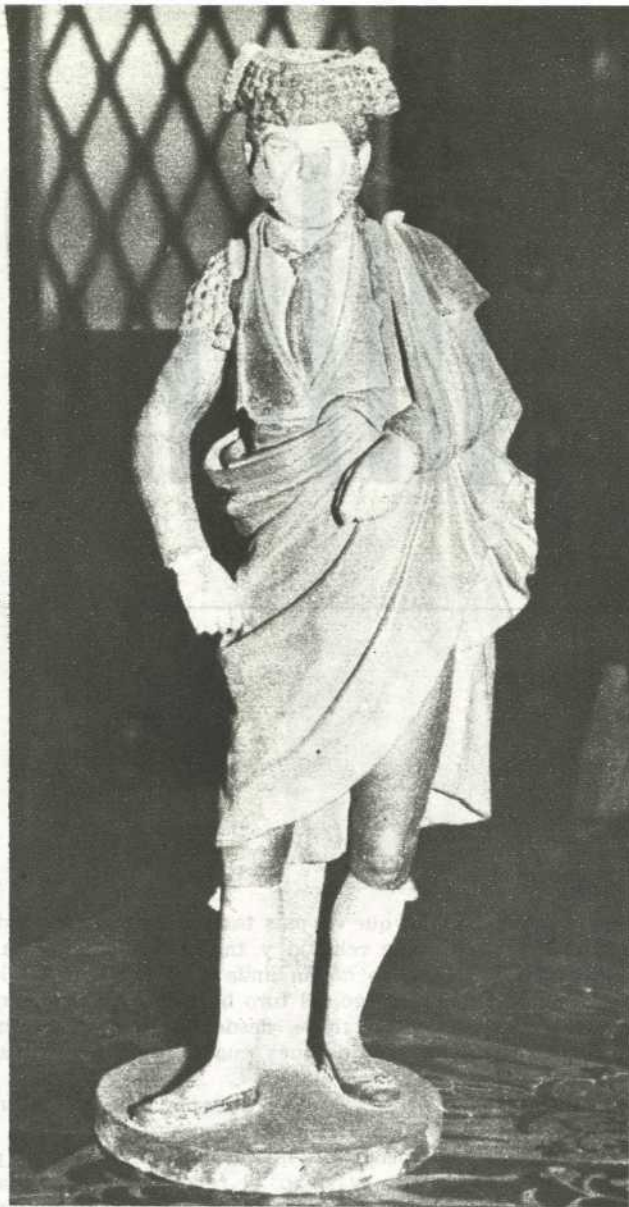
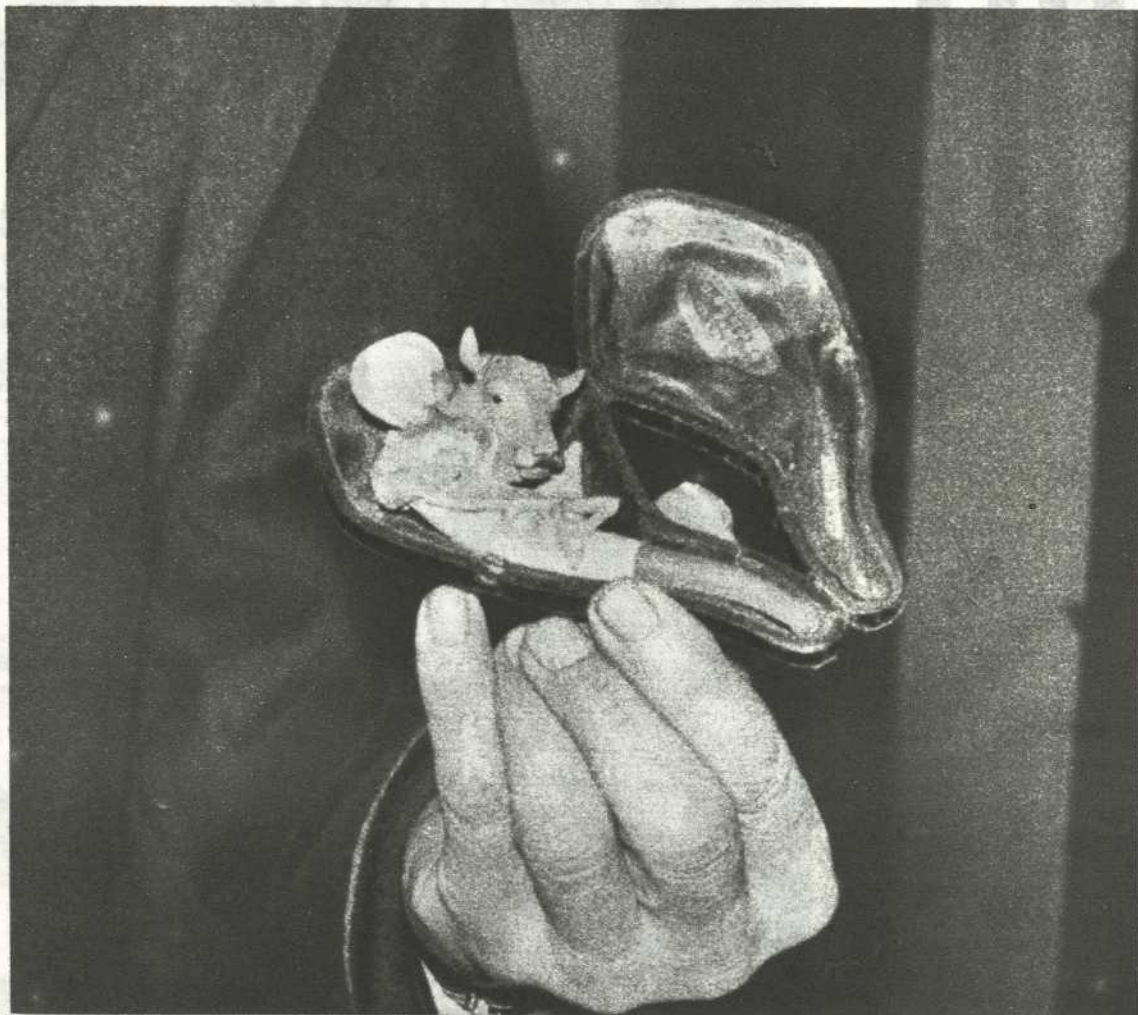
(Fotos Valls.)



Parte de la colección de cajas de cerillas del Museo Marés de Barcelona con caricaturas de toreros (Foto Valls)

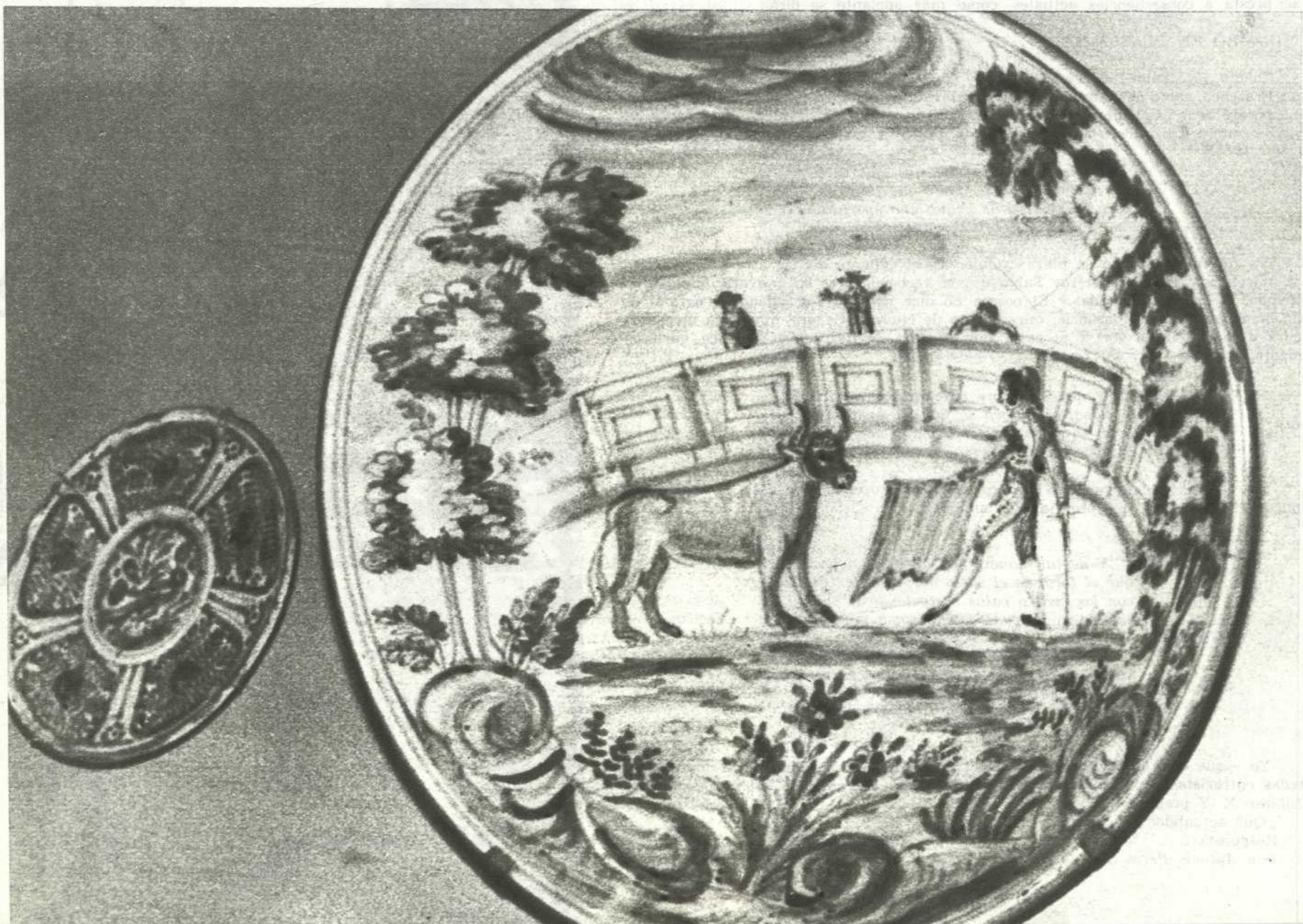


Curiosa pipa de ámbar y espuma, fabricada en París, con la culata en forma de cabeza de toro.
(Foto Valls)



He aquí un curioso plato cerámico valenciano que guarda don Federico Marés, con escena taurina
(Foto Valls)

Escultura de torero del Museo Marés. ¿Podría identificar algún lector de EL RUEDO de qué diestro se trata? (Foto Valls)



¡MILAGRO!

ES lógico que en país tan piadoso y aficionado a toros como es España las cosas de religión y tauromaquia anden a veces revueltas y entremezcladas; lo hayan andado siempre, desde los albores de la Historia, ya que el juego del toro ha sido cosa que a los españoles nos ha quitado el sueño —y a algunos el tipo— desde los tiempos en que los iberos soltaban cincoños a los cartagineses, y después, cuando ya las crónicas nos permiten tomar en serio la Historia.

Nada puede, pues, extrañar que por ser la tauromaquia cosa tan tremenda y arriscada hayan tenido a ella fácil acceso los milagros. Nada puede extrañar, porque con los toros del medioevo —que no sé cómo serían, pero me los imagino pavorosos— lo normal sería el susto, el revolcón, la cornada y la herida, y lo realmente milagroso, salir del embroque con la pellica sin agujero y el corazón holgado.

Escribo esto con satisfacción porque en mi sentir me acompaña nada menos que el rey don Alfonso el Sabio, historiador en romance, poeta de altura, jugador de ajedrez y sevillano por afición, que, con un anticipo de siete siglos sobre los poetas de la Marisma, dedicó una de sus cantigas a un lance de toros; cantiga curiosa y que se presta a consecuencias actuales, como más adelante se dirá.

MILAGRO EN PLASENCIA

Cuenta —y canta— el rey Sabio en su Cantiga CXLIV (144) «cómo Santa María, en Prazença, salvó de la muerte a un hombre bueno cuando un toro iba a matarle». La poesía tiene exquisito aroma de ingenuidad y no sin gran esfuerzo renunció a copiarla entera, pero dos o tres estrofas nos darán la esencia argumental del poema:

*Un buen cañallero de allí, que casó
a Prazença, toros mandó que llevaran
para las sus bodas y que uno apartaran,
de ellos el más bravo, que mandó correr.*

Ya tenemos el torito en plaza. ¿Quién es el valiente que se atreve a correrle? (Y miren por dónde, ya el rey Sabio usa el verbo del que se derivará, andando el tiempo, la palabra «corrida».) El poema no dice nada de los lidiadores, pero sí de un hombre bueno de Plasencia, muy devoto de Nuestra Señora, que tenía un amigo cura y al cual iba a ver. Y al pasar por la plaza, el toro le vio. Lo dice, garbosamente, el poeta:

*Y aquel hombre bueno dirigióse a oírle,
y viéndole, el toro se fue de rondón
a él, para herirle como muy feñón,
metiéndole los cuernos entre las costillas.*

¡Ya tenemos el «suspense»! El cura ve el peligro en que se halla su amigo, suplica a Santa María que proteja a su amigo...

*Y de tal manera fue al punto acorrido,
que el toro, en el suelo de pronto extendido,
con las cuatro patas sosteniendo el cuerpo
sin mover ninguna quedó como muerto.*

*Y allí siguió el toro en la guisa tal,
hasta que el buen hombre ya fue en el portal
de aquel su compadre, y pudieron ver
al toro ya erguido, que desde esa vez,
no más, a ninguno nunca le hizo mal.*

Yo —que creo en los milagros— me hago la ilusión de que celebro unas inventadas entrevistas a personas de la actualidad sobre el contenido del poema del rey Alfonso X. Y pregunto:

¿Qué actualidad ve usted en la Cantiga?

Respuestas:

Don Antonio Pérez de San Fernando.—Como usted verá, ya en el siglo XIII se



— La salvación de un hombre en Plasencia (Las Cantigas).

— El dominio de un toro en Valladolid (La tradición).

— La construcción de la Plaza de Béjar (La Historia).

Todo en los toros es: ¡MILAGRO!

Por J. M. RICO

caían los toros. Ya lo digo yo siempre: cuanto más bravos, más se caen. Por eso, los míos se caen más que los de ningún otro.

Don Luís Fernández Salcedo.—El rey don Alonso X no tenía ni idea de lo que es el toro de lidia. ¿Cómo me va a convencer a mí de que un toro «de los de antes» se cayó? Ni Sabio, ni nada... Ese no era un aficionado, sino un espectador.

Padre Juanito (carmelita calzado y sevillano).—Ciertamente, no sería posible creer que un toro «de los de antes» se cayera. Pero distingo: hay medios naturales y medios sobrenaturales. Y si existió la oración, el hecho de que el toro se cayera es —a todas luces— milagroso.

Don José Flores "Camará".—Yo creo que la culpa no fue del apoderado. ¿Qué culpa tenía él de que el toro se cayera? El hombre elegiría lo mejor que viera en la dehesa. ¡Digo yo! Pero ya es mucha manía la de hacernos cargar con el sambenito de que «arreglamos» el género.

Curro Romero.—Y ¿eso es verdad? Al año que viene me llevo todos los días a barrera a un amigo cura que tengo.

Don Antonio Díaz Cañabate.—Yo sí que creo en los milagros. Los vemos todos los días. En el siglo XIII lo fue que el toro se cayera. En el siglo XX el milagro es que se tenga en pie.

Pero dejemos la broma —que les ofrecemos como anticipo del día de mañana— para volver a recrearnos en el verso ingenuo, en la afición balbuceante, en la fe viva que trasciende de esta Cantiga taurina en loor de Nuestra Señora. A Ella —la llena de Gracia— todo nuestro homenaje porque ¡salva tantos toreros! Y ellos lo saben.

MILAGRO EN VALLADOLID

Como el «Españita» de la «Patria chica», también yo soy de los que entonan en Semana Santa el «Perdón, yo pequé», y el día de Pascua me meto con el usia en los toros: «¡Señor Presidente, no lo entienda usted!»

Esta mezcla de religión y mitología, de fervor y paganismo, es muy española y a mí me encanta, tanto como a los malos amigos de España, progresistas, izquierdistas, bermejillos y demás ralea, solivianta y hostiga.

Por eso me es gustoso el relato sobre el toro de Valladolid, escapado de la Plaza, que fue a postrarse ante San Pedro Regalado en los días en que era Juan II, rey de Castilla, y nuestro Santo, vicario del convento del Abrojo; andarín de las tierras del pan llevar, que se extienden de Burgos a Palencia y de Palencia a Valladolid; amigo de los labriegos; familiar para los ganados y, de seguro, conocedor de los toros y del arte de llegarles a los alcances sin que estos den muestras de fiereza. Porque según sus biógrafos, el toro se humilló bajo el solo influjo de su mirada.

De nuevo nos hallamos ante el milagro. El milagro taurino que paulatinamente baja de la austera Castilla a la dulce Andalucía al mismo paso que los reconquistadores.

El milagro del buen Santo franciscano está perfectamente localizado en la época baja medieval. Hubiera nacido el mismo seráfico San Francisco en Medina u Olmedo, y entre sus «florejillas» habría —tan cierto como la leyenda del lobo de Gubbio— el dócil amansamiento de un feroz toro ibérico. Todo un tratado de poesía.

Yo no sé si han acertado al nombrar a San Pedro Regalado patrón de los toreros. Lo pintan siempre con el toro arrodillado a sus pies. ¿No será un motivo piadoso el que hace que los ganaderos críen —a raíz de este patronazgo— el toro reverente?

Pues a aquellos que inspiren la crianza de sus toros en la visión de este cuadro de leyenda, decimos aquí y ahora: ¡Milagritos, no!

MILAGRO EN BEJAR

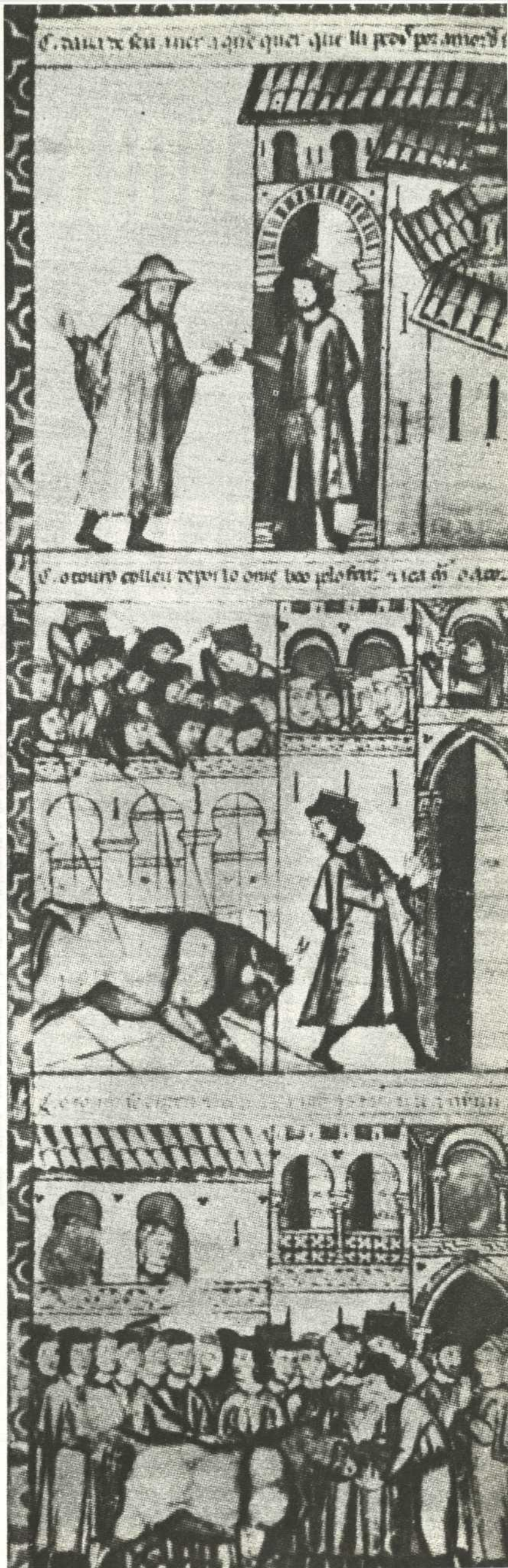
He andando leyendo estos días un pequeño libro, documentado, ameno, gracioso, que publicó don Juan Muñoz García, cronista oficial de la ciudad de Béjar, en que además de demostrar que la Plaza de toros de dicha ciudad es la más antigua de España —como que data del año 1711, según consta en el Acta de la Cofradía de la Virgen del Castañar, del 12 de septiembre de dicho año—, se adentra por otras curiosidades históricas sobre poemas y romances taurinos, plazas de toros y curiosidades, para acceder desde la veterana Plaza de Béjar a conceder patente de segundona a la de Linares y dejar para tercer turno a la de Ronda, según desprende el autor de muy venerables papeles, que fijan sus partidas de nacimiento en 1755 y 1784, respectivamente.

Allá cada una de las plazas con su venerable ancianidad —que los eruditos pueden discutir cuanto quieran, porque el tema no aporta un adarme a la belleza del toreo actual— y vamos a fijarnos en un párrafo del acta mencionada, en que de nuevo se interfiere piedad y tauromaquia en otra forma inédita:

«Item que para dicha fiesta de Nuestra Señora del Castañar se an de nombrar en cada un año quatro Mayordomos en esta Villa y lugares de su partido admitiendo en primer lugar a las personas que de voluntad lo pidan, y estos han de hacer la costa y fiesta de toros en la Plaza que aora se a hecho tan embrebe que parece deuserse atribuir a milagro de la Virgen.»

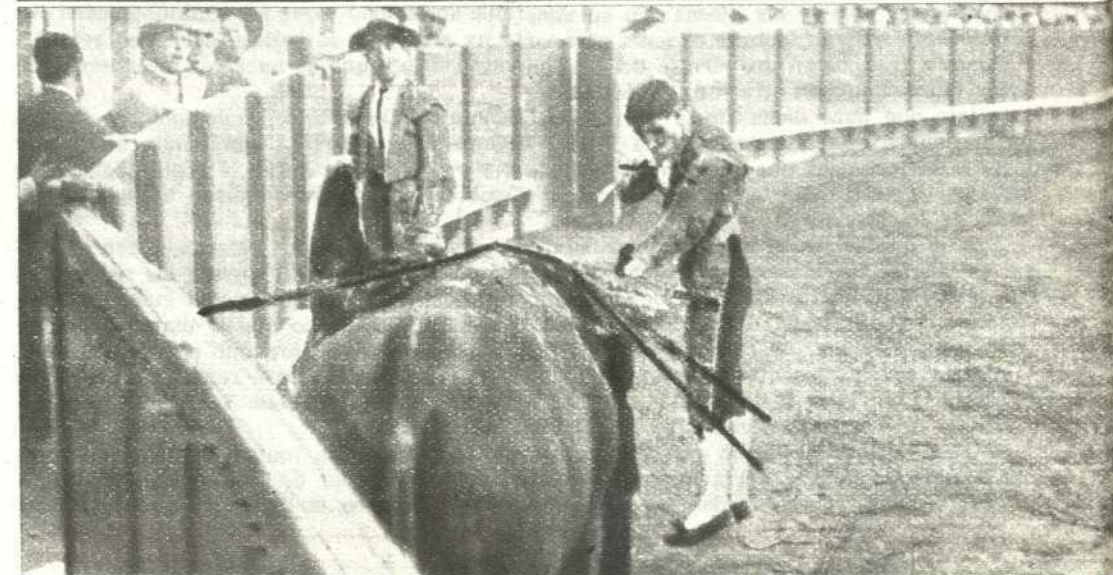
Por lo que se ve, el milagro es laboral. Los buenos aficionados bejaranos, con el alhigü de ver las corridas, alanceamientos y juegos de toros —cuando corrían los tiempos en que el doliente Carlos II había dejado como herencia de sus hechizos una guerra de Sucesión—, debieron trabajar en hacer la Plaza con el mismo ahínco que el diablo de la leyenda para terminar la catedral de Colonia; tanto que el buen cura que certifica el Acta —que tal vez no encontrase tantas facilidades en sus feligreses para reparar las tejas de la iglesia o las losas de la ermita— achaca a milagro tanta actividad. Y ese milagro tenía —tiene— un nombre: afición.

Y para la afición —la de ayer y la de hoy— el considerar la fuerza del toro, el riesgo del hombre, la belleza del arte, la luz de los caireles, el color de los capotes, la alegría de los tendidos, ¿no es verdad que hace pensar que todo en el Toreo es puro milagro?



GLORIA Y TRAGEDIA DE LOS TOREROS de HUELVA

Manolo Báez fue un torero muy valiente y un arrojado estoqueador, que tuvo muchos y muy entusiastas partidarios. El, como sus otros familiares toreros, tuvo admiradores y detractores, pero no fue nunca un torero vulgar, una medianía de las que no interesan o de las que no promueven discusiones (Fotos Archivo)



La Fiesta de los toros, emocionante y emotiva, bella y esplendorosa como ninguna, rodeada siempre de brillantes matices, es Fiesta de sol y de alegría. Así le llamamos al espectáculo más bonito y atrayente que fue inventado por los españoles y que al correr de los años se ha venido propagando por otras naciones extranjeras que la celebran hoy con el mismo entusiasmo que nosotros. Así es el anverso de esta gran Fiesta de España, de la que los toreros reciben la gloria al ser vitoreados por esa multitud de personas que les aclaman en los cosos taurinos para premiar el arte que imprimen frente al toro bravo.

Pero es que en este espectáculo varonil y gallardo no siempre se cuenta con la gloria y el triunfo; la medalla tiene un reverso enmarañado por la tragedia. ¡Cuántos toreros aureolados de fama y popularidad sucumbieron en el redondel de una Plaza de toros en una reluciente tarde de sol!

Esta crónica va dedicada a los toreros onubenses que encontraron la muerte entre las astas de toros. La tragedia nos arrebató a los que tanto alentamos y quisimos; unos llegaron a conquistar la fama; otros, con menos categoría, mientras permanecieron ejerciendo la difícil profesión, demostraron siempre poseer una gran valentía, y es seguro que, de no haberles sorprendido la muerte en los principios de su carrera artística, sin duda alguna hubiesen conseguido escalar un puesto elevado en la torería.

Huelva, desde el año 1923 hasta acá, ha venido disfrutando de un nombre muy alto en el mundillo de la Fiesta. Hemos vivido los onubenses épocas muy buenas y otras muy tristes. Ocupémonos hoy de los que desaparecieron en una tarde de triunfo.

Manuel Báez «Litri», uno de los toreros más valientes y honrados que han pisado los ruedos de España, a quien bautizaron muchos revisteros y cronistas de toros con el sobrenombre del «torero que se reía ante la muerte», «la locomotora que venía arrollándolo todo»; los más dijeron de Manuel Báez que vino a la Fiesta de los toros para ocupar el puesto que dejó vacante Manuel García «el Espartero.» «Litri» nunca se dejó ganar la pelea por ninguno de los toreros de su época.

La Fiesta nacional, después de muerto «Gallito» y retirado Juan Belmonte, atravesó una crisis lamentable. Los públicos se alejaban de las Plazas de toros acojados por la desaparición del gran José, pues Belmonte, solo, sin su com-

petidor, tuvo que retirarse, al no encontrar ningún torero que pudiera reñir en competencia con su toreo de revolución, pues, aunque Belmonte volviera a reaparecer años más tarde, sus actuaciones, que siempre fueron meritísimas, no producían la misma emoción de las que realizara durante la época de oro del toreo, cuando toreaba junto al infortunado «Joselito el Gallo». Ya sabemos que si en el toreo no existe competencia ni rivalidad, la Fiesta resulta anodina, perdiendo calor y emotividad.

Después de aquel bache que padeciera nuestro genuino espectáculo taurino, surgió Manuel Báez «Litri» con ímpetu arrollador. Sevilla, Madrid, Valencia, Bilbao, Barcelona, en cuyas Plazas actuara repetidas veces, lo consagraron, proclamándole primerísima figura del toreo. Pero «Litri», para valorizar cuanto traía a la Fiesta, necesitaba de un torero que compitiera con su imponderable pundonor, emparejándose entonces con Cayetano Ordóñez «Niño de la Palma», torero artista, de escuela muy elegante, que vino toreando con el onubense hasta que éste sucumbiera en Málaga.

A Manuel Báez, que anduvo toreando por las Plazas de poca categoría desde el año 1919, no se le dio la importancia que mereciera su imponderable valor, hasta hacer su presentación en Valencia el 20 de mayo de 1923, tarde en la que, actuando con Chaves y Pepe Belmonte, lidió ganado de don Félix Suárez; armando en aquella corrida la «marimorena», pues, aunque en su primera novillada acusara un total desentrenamiento, asombró a los valencianos con la gallardía de su toreo de emoción. A partir de aquella fecha, todas las empresas empezaron a discutirlo para incluir su nombre en los programas de las principales Plazas de España. Sus triunfos como novillero le llevaron a la alternativa, que tuvo lugar en Sevilla el 28 de septiembre de 1924, doctorado que recibió de manos de Manuel Jiménez «Chicuelo», con toros de Moreno Santamaría, confirmándola en Madrid el 9 de octubre del mismo año, corrida a beneficio de la Cruz Roja, actuando de padrino Marcial Lalanda, y Villalta, de testigo, tomando también parte en aquella corrida don Antonio Cañero, como rejoneador.

Uno de los mayores éxitos de Manuel Báez «Litri» lo conquistó en Madrid el 29 de junio de 1925, con toros de Angoso, cortándole la oreja a uno de ellos; repitió su actuación el 16 de julio, en corrida a beneficio de la Asociación de la

Prensa, en la que, alternando con el «Niño de la Palma», revalidó su fama, consiguiendo un triunfo apoteósico, siéndole concedida por votación del público, que en masa había llenado la Plaza, la oreja de oro, galardón otorgado por la gran faena que realizara con el toro «Candil», de la ganadería de Martínez. A partir de esta corrida fue cuando todos los públicos proclamaron la competencia, la mejor pareja de toreros que podrían hacer resucitar la Fiesta: «Niño de la Palma»-«Litri», dos maestros dispares en estilo.

La fatalidad no quiso que los onubenses ni la afición en general gozaran por mucho tiempo de las proezas y valía del torero onubense, pues el 18 de febrero de 1926 sucumbía en la clínica del doctor Lázarraga, de Málaga, a consecuencia de la cornada que le produjo el segundo toro, llamado «Extremeño», berrendo en negro, de la ganadería del marqués de Guadalets, el 11 del mismo mes. Aquella tarde toreaban con él Marcial Lalanda y Antonio de la Haba «Zurito». «Litri» vestía en dicha corrida flamante traje grana y oro.

¡Cuánto le ha llorado la afición de Huelva! Cuando ya han pasado treinta y seis años de su muerte, todavía derraman lágrimas todos aquellos que le quisieron y le admiraron tanto. Sobre su tumba se ven siempre flores, rosas y claveles del tiempo que ovocan un recuerdo imperdurable. ¡Fue tan bueno para sus paisanos y amigos...!

Otros toreros más, nacidos en esta tierra, murieron trágicamente. Estos fueron Rafael Navarro Hurtado «Navarrito», en Barcelona (Plaza de las Arenas). Murió en el hospital de la Santa Cruz, el día 29 de mayo de 1919, a consecuencia de la grava cogida que le causara un novillo de la ganadería de don Patricio Sanz, el 25 del mismo mes, después que le fue amputada una pierna.

«Navarrito» fue un torero muy valiente, pero no tuvo suerte en el ejercicio de la difícil profesión. Toreó mucho por las Plazas de la provincia de Huelva; actuó también en la de Sevilla con poco éxito; entonces decidió marcharse a Barcelona con la ilusión de encontrar mejor suerte; no pudiéndolo conseguir en la capital catalana, y encontrando la muerte en la fecha que citamos.

Pedro Carreño, otra víctima de la Fiesta. Este comenzó a torear el año 1926 como aspirante. En 1927 se hizo novillero profesional, toreando en novilladas con picadores. En Huelva, en una corrida de

concurso, consiguió la oreja de plata. Siguió triunfando toda aquella temporada, por lo que le valió contratar un número muy regular de corridas en las Plazas de Huelva, Jerez de la Frontera, Valencia, Granada, San Fernando (Cádiz). Superó sus actuaciones los años 1928 y 29, gozando en Andalucía del máximo cartel. Sus mayores éxitos los consiguió en la Plaza de la Real Maestranza de Sevilla, donde toreó repetidas veces.

Murió en Huelva, en la clínica de los doctores Mackay y MacDonall, en la madrugada del día 22 de mayo de 1930. El día antes de su fallecimiento, un novillo de Miura le infirió una cornada muy grave en el muslo izquierdo, de 15 centímetros, en la novillada celebrada en la Plaza de Eciija. Fue trasladado a esta capital, después de curado en aquella enfermería, por deseo expreso del torero, no pudiendo conseguir aquellos doctores salvar la vida de Pedro Carreño, por el estado preagónico en que se encontraba a su llegada a dicha clínica.

Carreño pudo haber sido un gran torero; le sobraban condiciones para alcanzar la fama; siempre ponía voluntad y mucho amor propio, destacándose como excelente estoqueador. Sus certeras estocadas le valieron muchos triunfos.

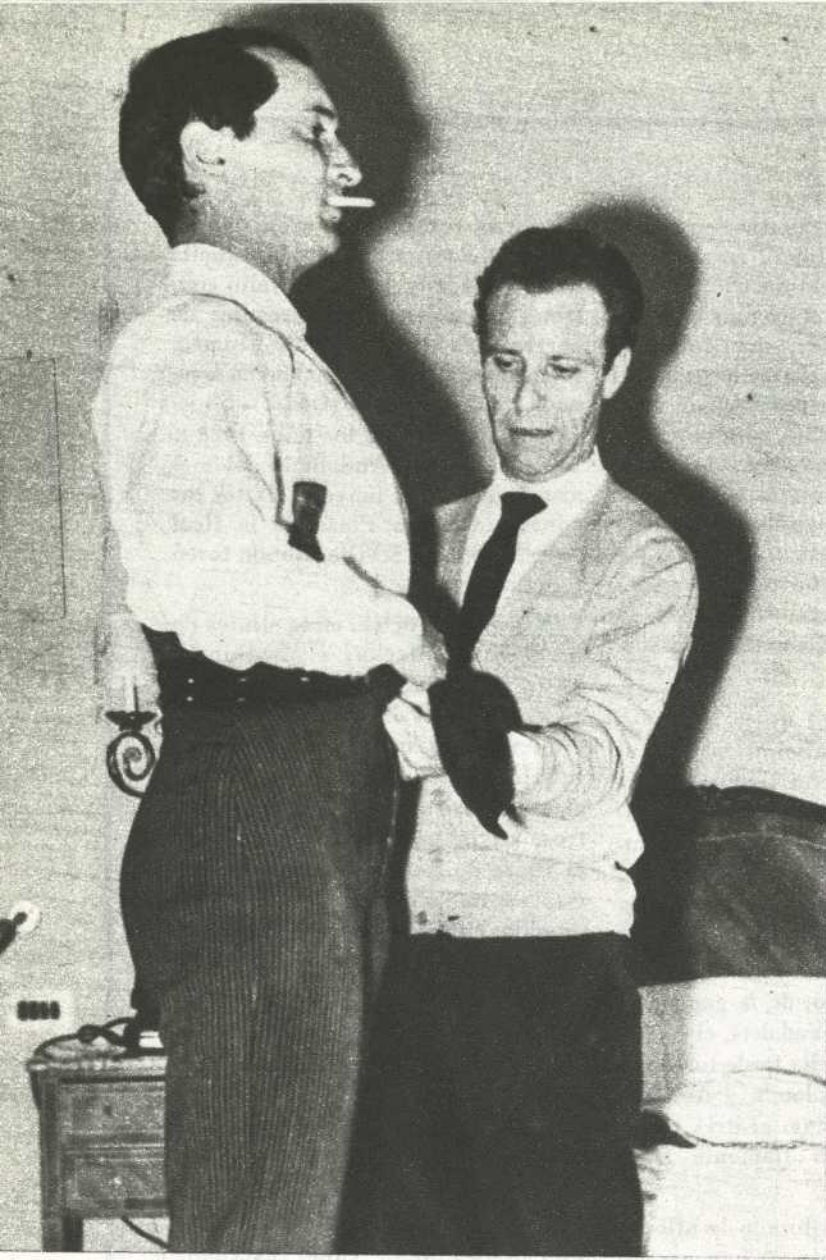
La última víctima del toreo ha sido Rafael Carbonell. Falleció el 17 de junio de 1954 en la enfermería de la Plaza de toros de Huelva, al ser cogido por un novillo de Martín Carmona (procedente de don Anastasio Martín), del que recibió una grave cornada en el muslo, con rotura de la femoral, al pasar la muleta al segundo de los lidiados aquella tarde, en la que actuaba con Joselito Romero y Fernando Arnós, de Venezuela.

Carbonell gozó en Huelva de muchas simpatías; siempre se le veía con deseos, pues, aunque no fue un torero de las características de los mencionados anteriormente, poseía un sello torero elegante; cuando le salía su toro, tenía tardes de inspiración que hicieron concebir halagadoras esperanzas para un mejor porvenir en su arriesgada profesión.

Huelva no olvida nunca a aquellos toreros que dieron su vida en holocausto de la gran Fiesta española. Hoy recordamos sus nombres para demostrar el afecto y cariño que profesamos a ellos.

¡Así es la Fiesta brava! No siempre se puede contar con la gloria; las más de las veces se tropieza con el reverso de la medalla.

JOSE CALERO CALERO



Reportaje gráfico: CERDA

«NO CUENTE CON NOSOTROS»

UNA

vez más Luis Miguel Dominguín ha hecho «gemir las rotativas», ha sido noticia de actualidad. Lo fue antes a menudo; lo será, seguramente, muchas veces más este hombre que torea, da conferencias, se codea con personajes de fama mundial, dicen que pinta y está a punto de quitarle el cetro, en lo que a polifacético se refiere, al propio Mario Cabré, que ya es decir, a pesar de lo fácil que es desembocar en el fracaso habida cuenta los muchos méritos y la fabulosa simpatía del que fue el mejor torero catalán de todos los tiempos.

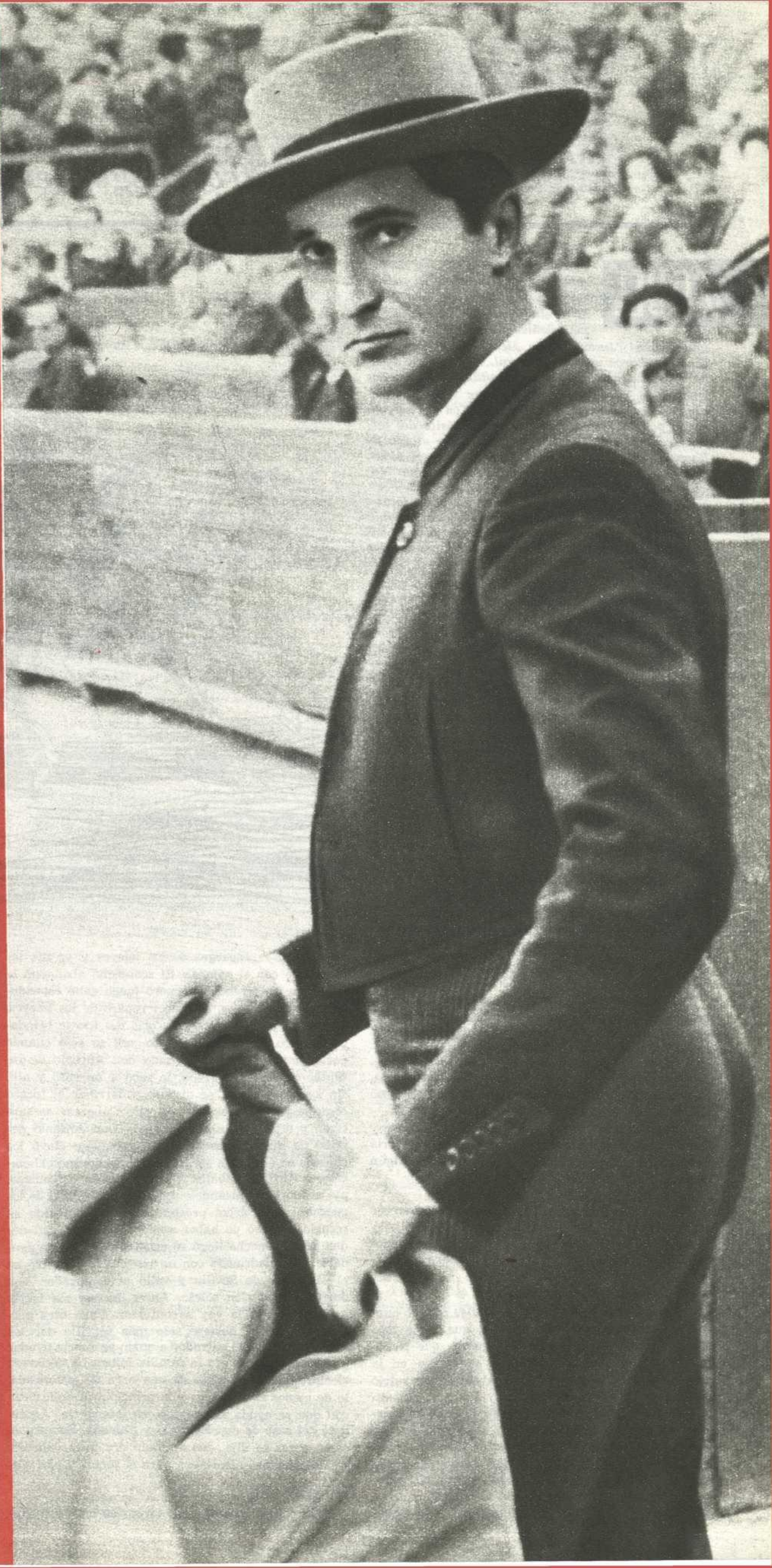
Luis Miguel Dominguín va a actuar en un festival y el fotógrafo, testigo y narrador fiel de los acontecimientos trascendentales, está en el hotel para recoger, perpetuar diríamos mejor, los momentos que preceden a la salida al ruedo del héroe, y se traslada luego al coso taurino para continuar ejerciendo su importantísima misión. Torea Luis Miguel un festival y ello da pie a suposiciones y cálculos. «Se ha dicho...» «Se ha tratado ya...» «Le han ofrecido...» Y Luis Miguel, enigmático, casi mudo, sonríe y contesta, cuando se ve forzado a hacerlo, con evasivas. NI afirma, ni niega. Dicen, dicen, dicen...

¿Volverá Luis Miguel Dominguín a vestir el traje de luces? ¿Se negará a ponerse delante de los utreros a pesar de los pesares?

Luis Miguel —según se dice en «círculos generalmente bien informados»— lo está pensando. Son muchas y muy importantes las proposiciones que recibe; le ofrecen mucho, muchísimo dinero por actuación y Luis Miguel —volvemos a hablar por boca de esos «círculos generalmente bien informados»—, que no había pensado en volver a vestir de torero, calcula si las cantidades ofrecidas merecen la pena de correr el riesgo.

Si Luis Miguel vuelve a los ruedos no lo hará, según dicen, por satisfacer imperativos de su afición, no por volver a sentir la dulce música de los aplausos o el tableteo embriagador de las ovaciones, no por un afán de magisterio ni por dar cauce a un espíritu de lucha comprensible siempre en un torero, pues de nada de esto se habla, a nada de esto se alude. Si Luis Miguel vuelve a los ruedos, lo hará únicamente por dinero. Un dinero que, gracias a Dios, no le hace falta; un dinero que dejarán de ganar —en mayor o menor proporción— otros toreros aún jóvenes, otros toreros que no han alcanzado la suspirada tranquilidad económica; un dinero que será la única razón de que un hombre exponga su vida; un dinero hosco, frío, al que faltará el aditamento de la ilusión del artista por alcanzar el triunfo, al que faltará la ilusión del hombre de creerse intérprete de un arte impar, el ansia de dar cumplida satisfacción a un legítimo deseo de superar a los demás; un dinero que no será más que eso..., dinero.

Si —como se dice en los «círculos generalmente bien informados»— Luis Miguel Dominguín duda si volver o no a vestir el traje de luces a la vista de las tentadoras ofertas que le han hecho algunos empresarios, y no hay razones de otra índole, claro está que nuestro veredicto no puede ser más que uno: Luis Miguel Dominguín no debe volver. Si de lo que trata es de seguir siendo figura popular y lo de las dudas es solo un pretexto para que no se deje de hablar de él, cuente con nosotros. Estamos dispuestos a decir, por ejemplo, que le ha tocado el gordó del sorteo de Navidad...; pero esto ya lo dijo él hace unos años. Bien; inventaremos cualquier cosilla sin importancia que sirva la finalidad de que Luis Miguel siga siendo popular. Cuente con nosotros para esto; pero no para dar calor a una vuelta a los ruedos que tenga como única finalidad la de ganar dinero, más dinero, mucho más dinero.



AQUEL

mes de mayo de 1912 fue memorable para los gallistas. El patriótico día 2, Rafael cortó la oreja al "Peluquero", de Bañuelos. El madrileñísimo día 15 hizo otro tanto con el "Jerezano", de Aleas. Entre ambas fechas le echaron un toro al corral... Fue, pues, aquella quincena una especie de bocadillo al revés: dos lonchas de jamón aprisionando a un triángulo rectangular de migote. El famoso "The Kon Leche", dirigido por "Curro Castañares", a propósito del tercer acontecimiento, publicó un magnífico dibujo de Bagaría, en el que aparecían los hermanos Aleas. Don José sostenía un torito de juguete, al que Manolo le daba el biberón. Por los aires, "Don Pío", vestido de angelito, mejor diríamos desnudo, tocaba una larga trompeta. Mi constante interlocutor había recortado el grabado en su día y lo conservaba entre sus papeles preferidos, prodigándole siempre los mismos elogios:

—¿Has visto qué propios están nuestros paisanos? Parece mentira que con cuatro rayas, tiradas así como al buen tun tun, se pueda sacar un parecido tan extraordinario. Fíjate en las barbas..., y en los ojos..., y en las figuras... ¡Qué talento se necesita para pintar así!

Yo, que desde luego estaba conforme con él, jugaba a llevarle la contraria, para lo cual incluso me puse en aquella ocasión a inventar refranes sin reparo.

—No creas que el ser parco en el uso de trazos hace más meritorio al artista. Lo difícil es trazar muchas rayas sin que se contradigan unas a otras. Siempre se ha dicho que «quien mucho habla, mucho yerra» y que «a mucho dibujo, retrato confuso». Es decir, que el mérito está en hablar mucho, sin equivocarse, y en pintar mucho, sin perder claridad.

—Pues hombre... No sé qué te diga...

—Lo que sucede es que, conociendo a la persona retratada, en cuanto ves un par de rasgos, te imaginas el resto. Luego la virtud está en uno mismo... Tú, como no eres dibujante...

—¡Y que lo digas! Nunca he pintado nada en ningún sitio.

—¡Menos lobos! En cambio eres capaz de descubrir a una persona con muy poquitas palabras. Por ejemplo: uno de los ganaderos a quien más admiras es don Antonio Miura «el viejo», como tú dices. Serías capaz de estar hablando de él una tarde entera. Pues suponte que hay aquí un señor, con prisas, que te dice: «Cuénteme usted cómo era tan famoso ganadero, en cuatro palabras»... ¿Qué le dirías?

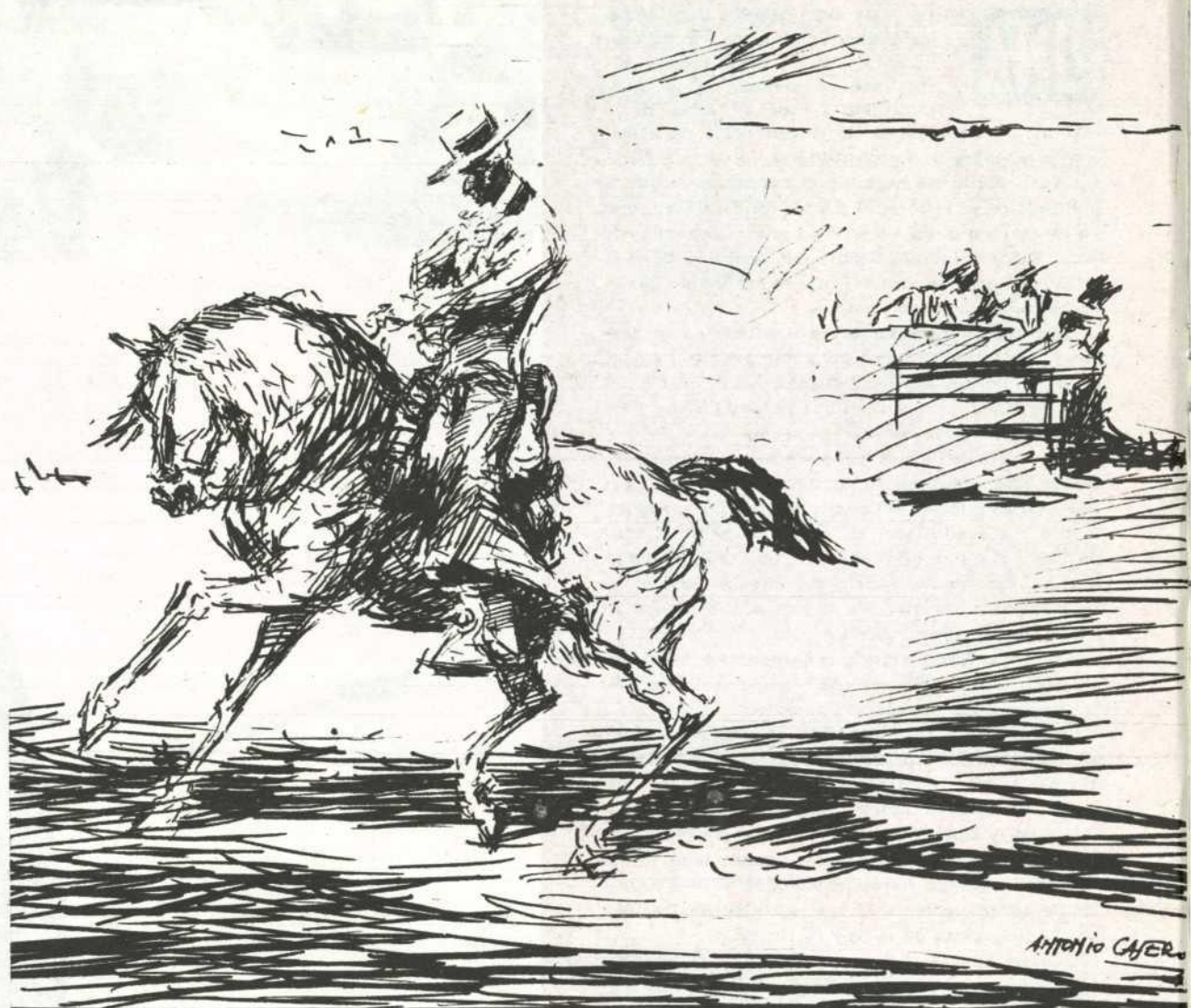
—Pues que era valiente, consecuente, habilidoso y competente. Estoy seguro de que esto le parecería poco al señor ese que dices. Habría que contar algún sucedido.

—De acuerdo. Vengan cuatro anécdotas.

—Don Antonio tenía mucho interés en favorecer a un entrador de carnes del Matadero de Sevilla, y al efecto le aconsejó que comprase un toro del canónigo don Diego Hidalgo Barquero, que era un barbián.

—¿El canónigo?

—Vamos a tener un poco de formalidad o hago punto. Se trataba de un toro reviejo, que sabía más latín que su amo; que daba más guerra que Napoleón y con el cual no sabían ya qué hacer en la casa para perderle de vista. El abastecedor volvió un tanto disgustado a hablar con don Antonio, diciéndole que le daban muy arreglado el bicho en cuestión, en cincuenta duros, pero a condición de que se hiciera cargo de él en la finca, de la cual no era capaz de sacarle la gente de don Diego. Entonces Miura le dijo que cerrase el trato, porque allí estaba él para ayudarle. Y en efecto, al día siguiente se presentó en el cerrado acompañado del «tío Cabe-



zas»... «Tú te encargas de los bueyes y yo me las entenderé con el pájaro.» El susodicho abandonó la finca con cierta facilidad, pero luego salió espendolao por los caminos, sin hacer reparo de los bueyes, y como la dehesa boyal de Coria del Río le brindaba amparo, en su monte bajo, allí se coló cuando pasaban junto a ella. Cansado don Antonio de intentar meterle en vereda, le sacó a un raso y allí, sin ayuda de nadie, se dispuso a derribar al torazo como si fuera un eralete. El «tío Cabezas» se santiguó y dijo: «¡Dios te ampare!» Don Antonio derribó de mano maestra al galafate, que clavó los cuernos en el blando suelo. Rápido como una exhalación, se tiró del caballo y, con la trailla del mismo, ató al morlaco, pasándole una lazá por debajo de los cuernos, a un árbol próximo, que hubiera sido su refugio en caso de haber venido las cosas mal dadas. A toda mecha llegó su criado, a tiempo de ayudarle y, enmadrinado con un buey, el toro entró en el Matadero de Sevilla y valió al comprador cien duros, como cien soles... Antes de que me hagas la pregunta, te la voy a contestar. Para otra persona cualquiera hubiese sido más sencillo dar los cincuenta duros al entrador a quien se quería ayudar y estarse quieto. Pero la familia Miura ha estimado siempre que, tratándose de una obra de generosidad, lo de menos es el dinero y lo principal la delicadeza con que se ayuda al prójimo, sin ofenderle. Acuérdate del caso de don Eduardo y Calcaño. Sobre que, como antes te dije, don Antonio era muy valiente, y estas hazañas resultaban para él tortas y pan pintado.

—Ahora te toca demostrar su consecuencia.

—Así como «Joselito» era torero en las veinticu-

tro horas del día, don Antonio Miura estaba orgulloso de ser un ganadero en toda la extensión de la palabra. Vestía siempre bota enteriza, pantalón de pantecur, faja negra de seda, chaquetilla corta o marsellés y gracioso sombrero calañés en sus mocedades, y de alas anchas en el resto de su vida. Tan solo una vez, para ir a un entierro de mucho compromiso, se vistió de levita; pero, apenas cumplido el triste deber, corrió a su casa a ponerse la ropa de costumbre. Por aquellos años, el duque de Montpansier, casado con la infanta Luisa Fernanda, pasaba por ser el personaje de más viso en Sevilla, y como don Antonio era una figura muy importante en la capital y tenía gran don de gentes, aquel señorón le invitó a comer en su palacio de San Telmo... «Habrá que ir de etiqueta»... «Por supuesto»... «El caso es que yo no tengo ropa de esa clase»... «Pero tiene usted muchísimos amigos que podrán prestársela»... «Eso sí»... Cuando llegó el momento, se escuchó con un pretexto cualquiera y luego comentaba con su familia... «A mí me gusta ir a comer a una casa particular cuando me invitan a mí; pero no cuando convidan a mi guardarropa...»

—¡Muy bien dicho! Y pensar que en Sevilla habría tantas personas, por aquel entonces, suspirando por una invitación del infante.

—De sus habilidades se podría hablar largo y tendido... Creo que ya te dije, en cierta ocasión, que sus criados se mostraban sumisos cuando les mandaba algo, no solamente porque sabía mandar, sino porque podía hacer personalmente lo que mandaba. Como ese señor que tú has inventao tiene poco tiempo para escucharme, paso por alto otras grandísimas habilidades y me detengo en su arte de caba-

lista de gran categoría, de los que prefieren poner a su gusto a los caballos, en vez de comprarlos ya enseñados. Don Antonio escogía adrede los resabiados, los falsos, los de peor cabeza y los ponía suaves como un guante. Tenía una jaca, «Oncita», a la cual la dio ese nombre en recuerdo de los dieciséis duros que le costó. Por otra, llamada «Condesa», que iba destinada a picar, le pagó en Ronda a un marchante cincuenta duros para el amo y cinco para él... ¡Mucho le gustaba hablar de sus caballos! Decía que el jinete, desde el primer momento, tiene que hacerse respetar de la cabalgadura y que, si es preciso, hay que castigar sin sensiblerías al principio para no tener que seguir haciéndolo después. Siempre se dijo que «la letra con sangre entra», y en este caso tenían que entrar la letra y la música, o sea la doma corriente y la especial. Un día llegó a la caballeriza con un jaco hecho un mar de sudor y con los caminos de las espuelas pintados en sangre y le hizo mucha gracia que su criado, que era un negrito, le dijera: ¡Ay, mi amo! ¡Ahorita mismo, en cuanto se tumbe el caballo, se le juntará el estiércol de fuera con el de dentro, a favor de los agujeritos que trae en la barriga!»

—Háblanos algo de su gran competencia como ganadero.

—Aquí sí que se podía contar y no acabar. Con la ganadería le pasó lo que con los caballos. Sin duda tiene mérito conservar y acrecentar la herencia que se recibe; pero mucho más formar lo que en su día será heredable. Miura hizo a pulso una ganadería extraordinaria, comprando puntas de ganado aquí y allá; pero dándose tal maña que, a fuerza de mezclar ingredientes, sacó un plato superior, con una salsa inimitable. El secreto no fue otro que la selección sin duelo. Continuamente estaba haciendo tientes y desechando de una manera inaplacable. Lo corriente era que, de cada docena de reses probadas, se quedase solamente con dos. Su padre le decía: «Hijo mío, levanta un poco la mano, porque a este paso nunca llegarás a formar una verdadera vacada», y contestaba don Antonio: «Padre, de acuerdo con el consejo de usted, voy a formar una ganadería verdaderamente brava, porque, para ganar manso, bien estaba el de Cáriga.» Lo decía a cuento de que sus primeros pasos, como ganadero, los dio con las reses que le vendió Antonio Cáriga, que herbaraba con una A y una C entrelazadas, es decir, la misma marca que siguen luciendo los miuras. Decía un gran aficionado sevillano que los dos mejores ganaderos eran don Felipe Murube, porque adivinó cómo iba a ser el toro de cuarenta años después, y don Antonio Miura porque había logrado criar los ejemplares que eran más del gusto de los públicos de entonces: toros de gran tamaño, con mucha fuerza y muy certeros, que se arrancaban a los caballos desde el centro de la Plaza, dando formidables caídas. Toros capaces de mandar a los palcos el estribo de un picador, arrancando de cuajo con un hachazo. Toros que conservaban la alegría en el segundo tercio y que a la muleta llegaban despabilados, sin refugiarse en tablas. Por eso los cobraba a ocho mil reales y lidiaba en las principales ferias de España, y también en Francia, Cuba y hasta en América.

LUIS FERNANDEZ SALOEDO

(Noticias tan recientes, que no deben leerse hasta mañana.)

Acabo de cometer un atraco a «mano desarmada». No he robado dinero, sino informaciones secretas, que acaso es peor.

Sin embargo, no puede calificarse el vituperable hecho de «alta traición», porque la ocurrencia ha tenido lugar en un entresuelo: el de la casa de Victoria, 9, en donde, como todo el mundo sabe, están las oficinas de la Empresa.

La cosa empezó... por una apuesta; casi siempre es así. Un apoderado, amigo nuestro, estaba muerto de curiosidad por saber si contaban o no con su poderdante para las próximas corridas de San Isidro. Dijo que entregaría con gusto mil duros por averiguarlo, sin dar la cara. Entonces mi amigo J. y yo le apostamos la expresada cantidad: nosotros a que éramos capaces de arrancar el velo que cubría el secreto y él a que no...

Llegamos J. y yo a las oficinas. Aquello está muerto en estas fechas... ¡Qué diferencia con la animación que reina en el local en los primeros días de mayo!

—¿Qué desean?—nos dijo el ordenanza.

—Cobrar una factura de gorras.

—Por allí se va al cajero.

—Es que antes tiene que ponerla el conforme don Livinio.

—Me extraña que la tenga que «conformar»...

—Ya le digo que se trata de «gorras».

Entramos al despacho. Don Livinio nos recibió con su amabilidad característica. Nos contó ce por ce la retirada de Ordóñez y, al cabo de unos minutos, nos preguntó el objeto de nuestra visita.

—Venimos a cobrar las gorras. Mejor dicho, vengo yo. Este es un amigo que tenía gran empeño en estrechar la mano de usted.

—Sí, señor; me he honrado al apretar esa mano que lleva insuperablemente el timón de la nave taurina madrileña.

—¡Ah! Muy amable y muy bonita frase... Pero, ¿de qué gorras me había usted?

—De las de los acomodadores. Ya sabe que se renovan esta primavera... Sentiría incomodarme: lo digo por asociación de ideas.

Estuvieron discutiendo, cada vez más acaloradamente, durante un buen rato sin ponerse de acuerdo. Hasta que don Livinio, perdida totalmente la paciencia, exclamó: —Venga conmigo al despacho del contable, para ver si aclaramos este lío.

Entonces J., dirigiéndose a mí, dijo con la mayor naturalidad:

—Tú quédate aquí esperando. Puedes leer el «ABC» mientras volvemos.

Así hice que hacía, enfrascándome en el artículo de Pemán; pero en cuanto se alejaron, me levanté de la silla, fui hacia la mesa de Stuyck, levanté la tapa de la carpeta y... ¡Oh felicidad! Allí estaban los carteles de la Feria. Tuve que leer la relación nueve veces hasta que me los aprendí de memoria. El famoso papel cuadrículado decía así: «Combinaciones casi definitivas para la Feria de 1963, que deberán permanecer en secreto hasta el día 16 de marzo, en que los daremos a conocer a la prensa en una cena de gala». Y ahora, oído al parche:

Día 7.—Cáceres, Ostos y Puerta (Salustiano Galache).

Día 8.—Bienvenida, Aparicio y Curro Girón (Atanasio Fernández).

Día 9.—«Cordobés», «Jerezano» y García Montes (Eusebio Galache).

Día 10.—Descanso.

Día 11.—«Mondeño», «Viti» y Andrés Vázquez (Antonio Pérez).

Día 12.—Leal, Bernadó y Segura (Pablo Romero).

Día 13.—César Girón, Paco Camino y Andrés Vázquez (Alipio).

Día 14.—Perucha, Efraín Girón y «Serranito» (Abdón Alonso).

Día 15.—Paco Muñoz, Pedrés y Bernadó («Sierra Estrella»).

Día 16.—Diego Puerta y Paco Camino, mano a mano, con toros de Carlos Núñez.

Día 17.—Descanso.

Día 18.—Leal, Ostos y Camino (Agustina López Flores).

Día 19.—Paco Muñoz, Murillo y «Palmeño» (Tassara).

Día 20.—Aparicio, Ostos y Puerta («Barcial»).

Día 21.—Curro Girón, Paco Camino y «Viti» (Montalvo).

Día 22.—«Caracol», Oscar Realme y «El Bala» (Sánchez Fabrés).

Día 23.—Aparicio, Curro Girón y Puerta (María Teresa Oliveira).

Día 24.—Descanso.

Día 25.—Murillo, «Mondeño» y Andrés Vázquez (Juan Cobaleda).

Día 26.—César Girón, Leal y Segura (Martínez Elizondo).

Día 27.—Ostos y «Viti», mano a mano, con toros de Paco Galache.

Día 28.—«Mondeño», «Viti» y «Palmeño» (Manuel Sánchez Cobaleda).

Día 29.—Bienvenida, «Pedrés» y Cáceres (Pérez Angoso).

Día 30.—Bienvenida, Clavel y «El Cordobés» (Samuel Flores).

Como ven ustedes, el día 9 (jueves) debuta y se despide «El Cordobés» como novillero, el cual confirma su alternativa el día 30. «Palmeño» confirma su alternativa el domingo día 19 y en una de las tres novilladas —la del día 14— debuta el nuevo fenómeno «Serranito». Como se deduce de lo anterior, torear cuatro corridas: Ostos, «Viti», Camino y Puerta. Solamente tres, Aparicio, Bienvenida, Leal, Curro Girón, Andrés Vázquez y «Mondeño». Salen a los, César Girón, Bernadó, Segura, Paco Muñoz, Cáceres, «Pedrés», «Palmeño» y Murillo. Se vestirán un solo día, como matadores de toros, Clavel y «El Cordobés». Y es lamentable, por muchos conceptos, la ausencia de Victoriano Valencia en los carteles.

Como notas complementarias, podemos añadir Primera, que en los días 12, 14, 15, 19, 22 y 26 habrá rejoneo en primer lugar, con el detalle siguiente: el día 12 actuará Josechu Pérez de Mondoza, con un toro de Ramírez. El 14, Ribeiro Teles, con uno de Aleas. El 15, los dos Peraltas, con un toro suyo. El 19, Fermín Bohórquez, y el 26, Alvaro Domecq, cada uno con un toro de su correspondiente ganadería. El día 22, con un toro de Pio Tabernero, actuará Bernardo Gavilán.

Segunda.—Que en los días impares todos los sobrerros serán de «El Pizarral de Casatejada», y en los días pares, de «El Jaral de la Mira».

Tercera.—Que los precios de las localidades serán poco más o menos iguales que los del año anterior, con la nota simpática de que en las novilladas valdrán igual que en las corridas de toros; es decir, que solamente por 13.000 pesetas se podrán ver las 21 corridas desde la mejor localidad de la Plaza.

Cuarta.—A las personas que se abonon a las tres series, de siete festejos cada una, se les rebajara el 3 por 100 del importe total; a los que solamente saquen los billetes de dos series, se les descontará el 2 por 100, y a los que pretendan únicamente presenciar una cualquiera de las tres series no se les rebajará nada; pero tampoco serán objeto de sanción. En cambio, a los poseedores de carnet que no hagan uso del mismo en esta Feria, al renovar al año siguiente, se les estampará en el nuevo carnet un cajetín diciendo: «Si no va usted a los toros... ¿para qué quiere el carnet?—Precio de este consejo, 25 pesetas.»

Terminada la novena lectura, al adquirir el convencimiento de que me sabía «la papeleta», cogí de nuevo el periódico y cuando me estaba «empapando» bien de la sección bursátil, aunque yo no tengo buenas acciones de ninguna clase, percibí, por los pasos, que volvían el bondadoso señor Stuyck y el osado J. Contra lo que yo me temía, regresaban muy sonrientes.

—Todo está aclarado —dijo mi amigo, con su cara de duralex—. Un servidor ha pinchado en hueso y lo más lamentable es el tiempo que hice perder a varios señores... y a ti inclusive.

—¿Cómo se ha deshecho el barullo?

—Pues porque se me ocurrió telefonar a mi tío, o sea el dueño de la tienda de gorras de la Plaza Mayor, y me precisó que donde decía «Nueva Plaza de Toros de Madrid» debía poner «Plaza Nueva de Toros en Madrid», o sea que se refería el suministro a San Sebastián de los Reyes.

A toda prisa, nos despedimos de don Livinio, del contable, del ordenanza, etc., con nuestras mejores sonrisas y cumplimientos, y en un bar del pasaje de Mateu, en donde me conocen, me prestaron una Corona y, antes de que se me fuera la especie, trasladé al papel lo que me bullía en el magín. El amigo J. salió corriendo con el original, a buscar al apoderado, y yo me vine a EL RUEDO, con la copia, por si interesaba su publicación.

No tuve la suerte de encontrar al director y, sobre su mesa, en el rato de espera, pergeñé estas cuartillas, que no firmo con mi nombre por temor a las represalias. En medio de todo, resulto una persona formal, muy amigo de la Redacción de EL RUEDO, la cual —si es preciso— responderá por mí, porque conocerá mi endemoniada letra. Por ahora no soy más que

JACK, EL DESTRIPIADOR



A N G E L Y R A F A E L P E R A L T A

*La historia del rejoneo se divide en dos partes:
hasta **LOS PERALTA** y desde **LOS PERALTA***

*ANGEL Y RAFAEL PERALTA —mantenidos año tras año a la cabeza del escalafón—
son reconocidos como **LOS MEJORES REJONEADORES** de la hora actual*

EUGENIO VENTOLDRA

- Fue uno de los más fieles intérpretes del volapié
- Pertenece a la promoción de 1923, en la que se doctoraron doce novilleros
- Solo uno de ellos, «Gavira», murió en el ejercicio de la profesión

EN

la temporada de 1923 se doctoraron en España doce novilleros. Abrió la brecha Enrique Cano «Gavira», quien recibió la borla de doctor en Cartagena, su ciudad natal, de manos de Nicanor Villalta. Después lo hicieron Rosario Olmos, en Valencia; José Flores, mejicano, en el coso de la Barceloneta (Barcelona); José Amuedo, en Tarragona; José García «Algabeño», en Valencia; Sebastián Suárez «Chanito», en San Fernando (Cádiz); José Paradas, en San Sebastián; Luis Fuentes Bejarano, en Vitoria; Pedro Basauri «Pedrucho», en San Sebastián; Gregorio Garrido, en Aranda de Duero (Burgos); Antonio Posada, en Sevilla, y Eugenio Ventoldrá, nuestro biografiado, en la Plaza de las Arenas, de Barcelona.

Quien más veces actuó de padrino fue Julián Saiz Martínez «Saleri II», que hizo matadores a Rosario Olmos, José Amuedo, José Paradas y Pedro Basauri «Pedrucho». Rafael «el Gallo» y Juan Silveti dieron dos alternativas, respectivamente. El primero a José García «Algabeño» y a Antonio Posada. El otro, a «Chanito» y Gregorio Garrido.

Rodolfo Gaona, «Valencia II» y Antonio Márquez cedieron el primer bicho a José Flores, Luos Fuentes Bejarano y Ventoldrá, respectivamente, y Nicanor Villalta, como ya hemos dicho, a «Gavira».

De esta promoción de 1923, solo «Algabeño», caído por Dios y por España en nuestra guerra de Liberación; Luis Fuentes Bejarano y Antonio Posada ocuparon puestos destacados en la historia del toreo. Solo uno, de los doce, murió en el ejercicio de la profesión. Se trata de Enrique Cano «Gavira», a quien el día 3 de julio de 1927, «Saltador», negro zaino, lidiado en tercer lugar, de Pérez de la Concha, y en la Plaza de Madrid, dio una enorme cornada en la fosa iliaca izquierda, que le ocasionó la muerte. La desgracia ocurrió en el momento de clavar «Gavira» una magnífica estocada a su enemigo. Formaban la terna de matadores con el desafortunado torero cartagenero «Gallito de Zafra» y «Andaluz», que confirmaba la alternativa.

Personalidad artística de Ventoldrá

Pasó nuestro biografiado a la posteridad como un gran estilista del volapié. Parece mentira, nos decía en cierta ocasión un amigo nuestro, que toreando tan poco Ventoldrá de matador de toros —pues sobre todo en los últimos años que ejerció la profesión se vestía de luces con poquísima frecuencia— nunca dejara de ser el consumado estoqueador que desde el principio de su carrera apuntó. Es esta una gran verdad. El torero catalán fue un virtuoso del volapié, y durante su vida profesional mató a la mayoría de las reses que hubo de lidiar de esta forma. Pero, además, Eugenio era un diestro pundonoroso y valiente. En cierta ocasión, en Madrid, alternando con José y Victoriano Roger «Valencia I» y II, respectivamente, al ser cogido por el único novillo que despachara, al colocarle una estupenda estocada, no consintió pasar a la enfermería hasta que el bicho no rodara a sus pies.

Con la muleta fue poco brillante, aunque sí muy eficaz. Empezó toreando con el capote magníficamente, especialmente a la verónica, en cuyos lances ponía gran majestuosidad, temple y salero, por lo que conseguía hacerse ovacionar y jaleado. Pero donde alcanzó justa fama, merecida, fue como consumado estoqueador. Otros muchos, con menos méritos, ocuparon un lugar más destacado. Eugenio Ventoldrá, hombre culto, correcto y todo un caballero, merecía haber tenido otra suerte.

Eugenio Ventoldrá tuvo que vencer grandes obstáculos para poder ser torero. Dio sus primeros pasos en 1911, toreando un becerro en una de las muchas placitas que en la Villa y Corte había, y hasta 1917 no hizo su primera campaña formal como novillero. Vestió por primera vez el traje de luces en Aranjuez, el 29 de enero de 1914. Pero conseguir esto le costó mucho trabajo y sinsabores, pues hubo épocas que pensó dejarlo todo y volver a sus estudios.

Como ya hemos indicado un poco más arriba, su primera campaña fue la de 1917. Ese año, el día 7 de enero, despachó un novillo en la Plaza de Madrid con mucho éxito. También en la Ciudad Condal, el día de su presentación, con «Pastoret» y «Chiquito de Baracaldo», consiguió un gran triunfo, cortando las orejas de sus enemigos, lo que le valió torear varias novilladas en su patria chica y hacerse imprescindible.

Su verdadera presentación en la capital de España —tras triunfar en Tetuán de las Victorias— tuvo lugar el día 11 de agosto de 1918, alternando con «Valencia» y «Vaquerito», en la lidia de novillos de Pablo Romero. Fue muy brillante esta temporada para el diestro catalán, y hubiera



sumado más número de festejos de no haberle dado una grave cornada una res de Miura en Bilbao. Aprovecharemos la ocasión para decir que el torero que nos ocupa fue muy castigado por los toros.

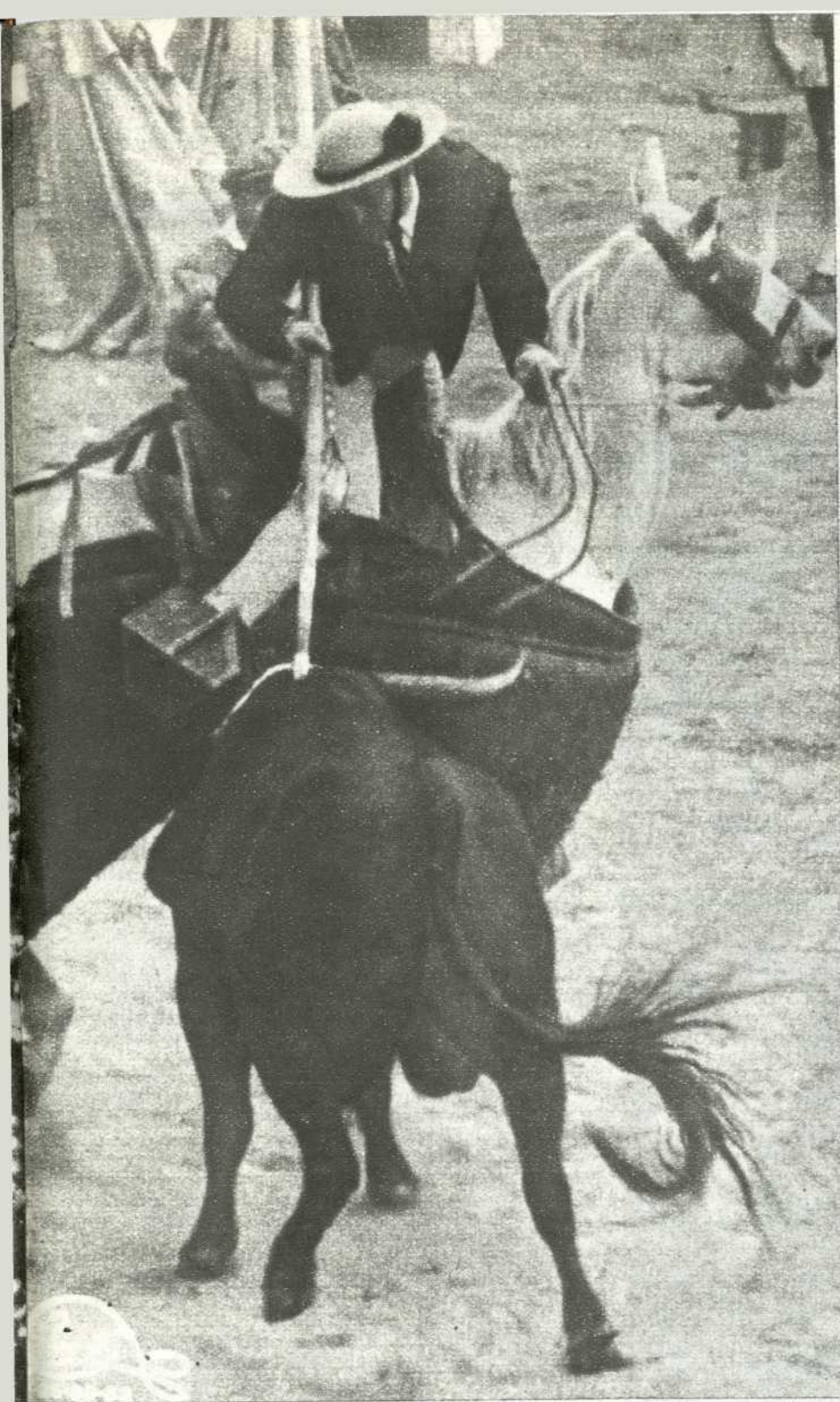
Para el día 5 de agosto de 1923 se anunció en Barcelona la alternativa de Eugenio Ventoldrá, cuyas temporadas mejores de novillero fueron las de 1919, 20 y 21. Formaban la terna con éste, «Saleri II» y Juan Silveti, quienes tendrían que despachar toros de Anastasio Martín. La ceremonia no llegó a realizarse, pues el neófito, al hacer un quite al bicho que abrió plaza, recibió una cornada grave en el muslo izquierdo. Se llevó a efecto el 28 de octubre del mismo año. Actuó de padrino Antonio Márquez, quien cedió a Ventoldrá un toro de Antonio Flores, al que cortó las orejas. Abrió el festejo don Antonio Cañero, que rejoneó dos toros. Este doctorado se lo confirmó en Madrid —5 de julio de 1925— Juan Silveti, cediéndole el toro «Caballero», de la viuda de Félix Gómez. Actuaron en esta corrida Rosario Olmos y «Chanito», que también estaba anunciado para confirmar la alternativa, lo que no se llevó a efecto por resultar lesionado en el primero. Los toros de esta corrida fueron unos verdaderos bueyes.

Escasa categoría alcanzó nuestro biografiado en las estadísticas del escalafón de matadores de toros, pues hubo temporada que no consiguió vestirse de luces. En el año 1938 toreó dos corridas en Francia. Estas fueron sus últimas actuaciones.

Eugenio Ventoldrá y Niubo, que nació en Barcelona el día 15 de noviembre de 1895, residió con sus padres en Albacete, Coruña, Gijón y Aranjuez, siendo enviado por éstos a estudiar a Madrid, donde sintió vocación por el arte de Cúchares, por su amistad con gente taurina, contando desde un principio con la oposición de los suyos.

Esta es, a grandes rasgos, la vida torera de un matador catalán que fue uno de los más fieles intérpretes del volapié.

Por los terrenos «de dentro»



¿NO ha visto usted que el toro, desde que salió al redondel, demostró una querencia marcadísima a los terrenos llamados «de dentro»? ¿Es que lo creyó bravo porque se arrancaba de lejos? Se arrancaba de lejos precisamente por su misma querencia hacia las tablas, pero al tropezar con el caballo, en vez de recargar, superando el puyazo, que es la conducta de los toros bravos, salió siempre de huida, patentizando así su mansedumbre.

Con dos refilonazos pidió usted el cambio sin deber de hacerlo, y el presidente se lo concedió. No comprendemos esto. Confundiendo la querencia del toro con una bravura que no llevaba en sangre, pasar a un toro bravo a banderillas con dos refilonazos, nos parece un exceso de magnanimidad presidencial. Y si no compartía usted la opinión de que el toro era bravo viendo con claridad su mansedumbre, y que si se arrancaba de lejos lo hacía por irse a los terrenos a donde le llevaba su querencia, tampoco con dos refilonazos se debe pasar a banderillas.

Así las cosas, ¿qué le ocurrió a usted cuando, después del brindis, se fue con la muleta a la cara del toro? Pues que se encontró con un manso cobarde, ayuno de castigo y que tenía bastante que bregar. ¿Comprendió entonces su equivocación doble respecto a la bravura y al cambio a banderillas? A juzgar por los hechos, me parece que no la comprendió. Y digo esto porque el toro no le dejó un momento de tranquilidad y de sosiego. ¿Y sabe usted por qué? Porque usted se pasó todo el rato poniéndose al toro por delante, y el toro, que quería las tablas, no se encontraba a

gusto y no paraba y parecía que era gazapón, andando, andando, pasito a pasito, deseoso de que la muleta desapareciera de su vista, para ir a refugiarse en la barrera. Lo que hizo con toda radidez aprovechando ese medio minuto del cambio de la espada de madera por el estoque de flexible acero. Le señaló el lugar donde prefería morir. («¡Aquí, aquí, al abrigo de estas tablas rojas, como las amapolas del cortijo! Por eso me han gustado desde que pisé el redondel. Y usted ¡sin comprenderlo!») Esto, novel torero con borla de doctor, le «dijo» el toro al refugiarse en tablas, mientras cambiaba usted su palo antitaurino por el estoque de tauromaquia auténtica. Pero tampoco se quiso usted enterar. Y empleando los pases de tirón, cuando no a capotazos de su solícita cuadrilla, sacaron al bueyaco del lugar en que se había refugiado.

Se empeñó usted en matarlo en contra de su querencia natural, y por este motivo no logró igualar. Le pasó exactamente que en la faena de muleta. Ocurrió lo que tenía que ocurrir. Lo que acontece siempre que se quiere matar sin tener igualado al enemigo. Pinchazos y pinchazos; unas veces sin soltar el estoque, otras dejándolo delantero y bajo. En uno de estos, hondo y atravesado, el toro salió huyendo a la barrera. Allí dobló de aburrimiento y asco, pero donde quería morir. El puntillero terminó con él. Fue el único que actuó con acierto, rematando a la res en el sitio donde usted, matador, debió torrearla de muleta y hundirle el arma hasta la empuñadura. Faena en tablas y estocada en tablas. No es lucido, pero es de buen torero.

JUAN PONS Y NEGREVERNIS



toros en américa



Unos vienen y otros van. Curro Romero y su esposa, en Barajas, a su regreso de América. También Gregorio Sánchez pasó las Navidades en casa. En la foto se le ve con su mujer y sus hijos. En fin, Diego Puerta, con su esposa, se fue... Don José Flores, su apoderado, acudió a despedirle (Fotos Cuevas)

JOAQUIN BERNADO, TRIUNFADOR EN QUITO

QUITO, 22. (De nuestro corresponsal Alfredo Paredes.)—Cuando el diestro catalán Joaquín Bernado fue izado a hombros de los aficionados, después de

UN LIBRO DE VIZCANO CASAS SOBRE LEGISLACION DEL ESPECTACULO

Acaba de aparecer —en esmerada edición de Santillana, S. A.— un interesante libro del que es autor don Fernando Vizcaino Casas, abogado de los Ilustres Colegios de Madrid y Valencia, y conocido especialista en temas jurídicos del espectáculo. Bajo el título SUMA DE LEGISLACION DEL ESPECTACULO, Vizcaino Casas ha sistematizado las múltiples disposiciones legales que rigen en materia de cine, teatro, locales de espectáculos y deportes y toros. Especialmente interesante resulta el capítulo dedicado al nuevo Reglamento del Espectáculo Taurino y la Reglamentación Laboral de los Toros, con citas de jurisprudencia verdaderamente curiosas. Se trata, en definitiva, de una obra de gran valor práctico e interés para los profesionales del espectáculo en todas sus ramas.

El director de Cinematografía y Teatro, don José María García Escudero, ha escrito el prólogo —muy sugestivo— de la obra.

haber recibido de manos del alcalde de la ciudad quiteña el Trofeo de Jesús del Gran Poder, el día 16, se dio por terminada esta feria. El muchacho llegaba a poseer el galardón por mérito de las seis orejas cortadas en las tres corridas en que ha tomado parte. Un gran balance, que nadie puede discutir, y que el triunfador refrendó esta tarde cortando otra oreja —la que completaba la media docena— a un toro mejicano de Campo Alegre, después de lidiarlo con un verdadero resumen de elegancia torera. Tanto de capa como de muleta toreó muy bien; sobresalieron sus pases con la derecha y redondos, que levantaron oleadas de ovaciones; gracia y arte en la faena, coronada con un volapié, que tuvo el refrendo de un descabello. La fuerte ovación, la oreja y las vueltas al ruedo fueron la consagración popular del triunfador de esta feria, que devolvió muchas prendas.

Ya he dicho que el toro —como los otros del encierro— era de la vacada azteca de Campo Alegre. El juego del encierro fue muy desperejo, pues hubo toros —como el quinto— que dieron excelente muestra de su bravura y otros que dejaron mucho que desear y deslucieron a excelentes toreros. En orden de méritos —viniendo del triunfador

de la feria al triunfador de la corrida—, sigue el lusitano Manolo dos Santos, que esta tarde obtuvo el Trofeo Oreja de Oro, regalado por el Presidente de la República al diestro que más lucidamente quedase en la corrida que reseño. Manolo dos Santos —que fue uno de los más fuertes candidatos al Trofeo de la Feria— se ganó el favor popular, que no escatimó sus aplausos al portugués, primer espada de esta nacionalidad que pisaba el albero quiteño. He de destacar el tercio de banderillas, resuelto con elegante garbo, y una gran faena de muleta variada y artística, en que el donaire y la brillantez merecieron muchas palmas; una gran estocada dio fin al bravo toro, del que Manolo dos Santos corta la oreja antes de dar la vuelta al ruedo. Al final de la corrida había de hacer el mismo recorrido, ostentando el trofeo obtenido y a hombros de los entusiastas.

Dos espadas que el público esperaba llenos de ilusión en esta tarde de competición fueron Gregorio Sánchez y «El Viti». Gregorio Sánchez ha pasado por la Feria —y por lo leído, este ha sido el signo de toda su temporada— como desilusionado. No encontró colaborador en el toro que le correspondió y desistió de hacer cosas memorables.

«El Viti» venía precedido de la fama extraordinaria lograda por su anterior faena, premiada como la mejor de la Feria. Pero en toreo hay que contar con el toro; el toro que le correspondió no se prestaba al lucimiento; se limitó a tirar cornadas y «El Viti», al salir del paso con digno decoro, justificó plenamente el sitio que ocupa en el escalafón taurino. La afición lamentó esta falta de fortuna, ya que «El Viti» ha dejado un recio regusto torero castellano en sus anteriores actuaciones.

Se apuntó una fuerte ovación a la voluntad y al pundonor, Raúl Ochoa «Rovira», mientras su toro era pitado en el arrastre, como los dos reseñados anteriormente.

Y «El Callao», al tener la suerte —para él, desgracia— de lidiar el toro más bravo del encierro, de esos que descubren a los toreros, cayó en la más absoluta vulgaridad. Su actuación, que se pasó de gris, provocó la rechifla y pitos de la concurrencia.

Se retrajo mucho público de asistir a la plaza, primero porque estas corridas de seis toreros no tienen el aliciente de las corridas normales; y también porque la empresa elevó el precio de las localidades justamente en las puertas de la Navidad, y como la gente guarda el dinero para sus regalos y compromisos, la consecuencia fue la abundancia de claros en el tendido.

Y hasta que haya nueva actividad, amigos, en el albero de Quito, muy feliz Año Nuevo a los lectores de EL RUEDO y a toda la torería andante de parte de este corresponsal.



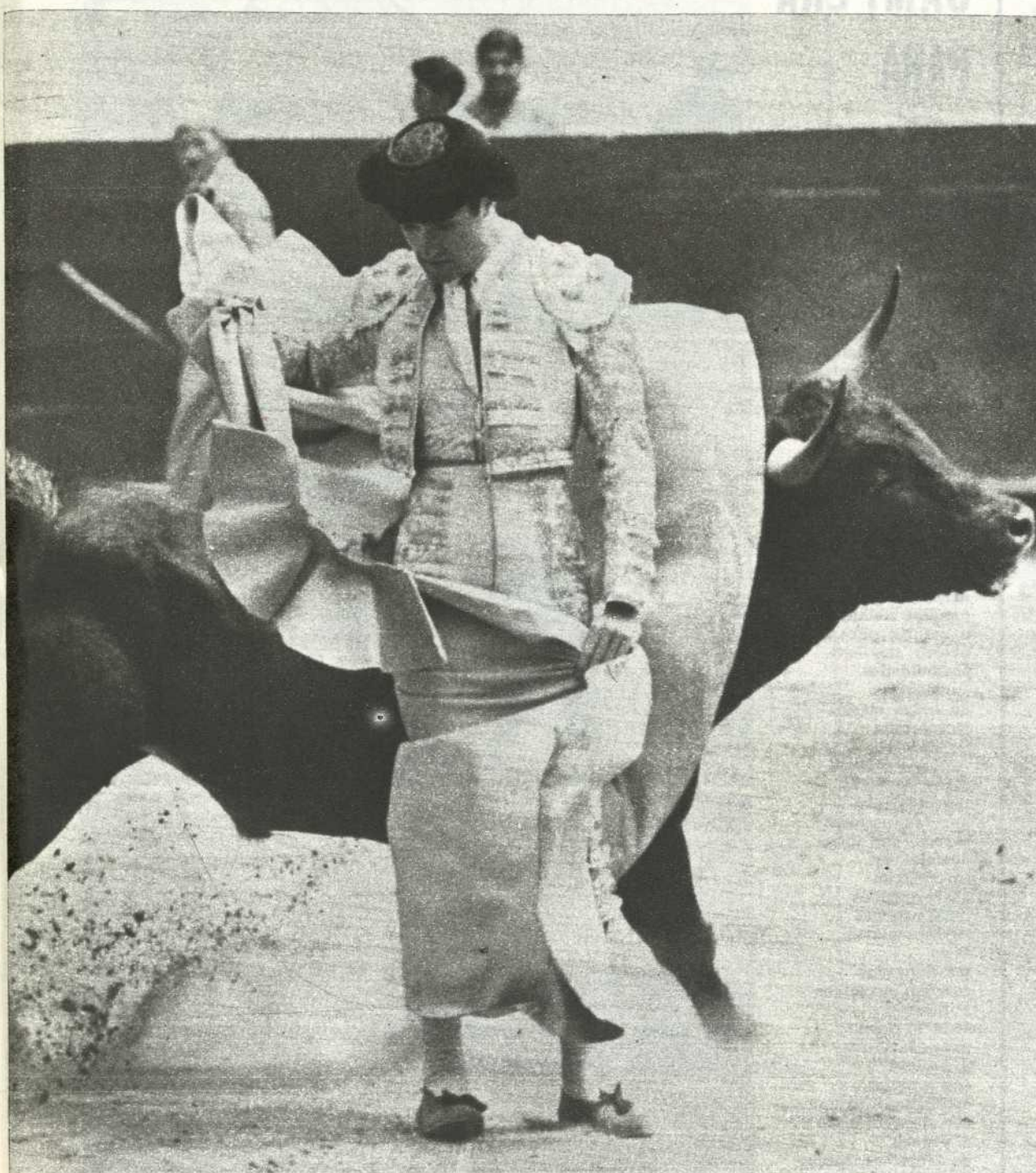
MEJICO

«MONDEÑO» CONFIRMA SU ALTERNATIVA

MEJICO, 23.—A destacar en la segunda corrida de la temporada grande en la Monumental, la bravura del tercer toro, el triunfo de Joselito Huerta y la confirmación de alternativa y presentación de «Mondeño», aunque si fuésemos a hacer la valoración de los hechos que llenaron la plaza, sería este tercer dato el más cotizado.

Lleno completo y toros de Mimihuapán, bravos, bien presentados y con bonita lámina. Fueron ovacionados el ya citado tercero —al que se dio arrastre lento—, el quinto y el séptimo, regalado por Jesús Córdoba, que actuaba en primer lugar de la terna y dio la alternativa al diestro de Palma del Río.

Este se lució en los lances con que saludó al primer toro; recibe «Mondeño» la alternativa en medio de una ovación y encuentra en «Rociero» —toro de nombre casi paisano— un bicho encelado y pegajoso, que no deja colocarse; hace la faena por



Una chicuelina de Joaquín Bernadó en el toro al que cortó una oreja. El torero catalán ganó en Quito el trofeo de Jesús del Gran Poder. Bernadó toreó tres corridas en la feria y cortó seis orejas

alto, en estatuarios y ayudados y se le anota una buena serie de naturales, cerrada con el de pecho; ovación; poca decisión al matar en dos entradas, en que el acero queda corto y termina con descabello; palmas. En el sextó, tampoco el torero español pudo lucirse, pero estuvo breve en el trasteo; no así al matar, en que «Mondeño» realiza varios intentos sin estrecharse poco ni mucho, por lo que el respetable le dedicó serenata de viento.

Jesús Córdoba, en los dos toros de su lote, estuvo gris. Tuvo detalles de buena faena la realizada en el segundo toro, al final de la que hubo aplausos para el animal y para su matador; en el cuarto, tampoco estuvo a la altura de su fama; dio unas series con la derecha y fue volteado sin consecuencias en un molinete; pinchazo, estocada y «pesaite» con el descabello. Regaló un séptimo toro, en que se sacó la espina, pues con el capote y muleta estuvo artista y mató de una certera estocada; se pide la oreja para el diestro, pero no la concede el presidente; el público, en compensación, lo sacó de la plaza a hombros.

El triunfador de la tarde fue Joselito Huerta, al que correspondió el bravísimo tercer toro, al que supo hacer honor; bien con el capote y extraordinaria faena de muleta por naturales, largos y precisos, antes de pinchazo y buena estocada, que vale las dos orejas y otras tantas vueltas al ruedo, mientras el de Mimihuapán recibe honores póstumos. También muy lucido con el bravo quinto —pues

el muchacho tuvo suerte son su lote—, y tras una faena de clase, deja una estocada desprendida; oreja, que parte del respetable protesta, por lo que Joselito Huerta renuncia a ella, pero da dos vueltas a la redonda.

El cartel del próximo domingo reúne la presentación de «El Viti» y su alternativa, de manos de Antonio del Olivar, estando por determinar el tercer espada. El ganado será de La Punta.

FESTIVAL EN MONTERREY

MONTERREY, 25.—Gran entrada en el Festival de Monterrey; por el atractivo del cartel se habilitó el estadio universitario como plaza de toros. Se lidiaron novillos de Mimihuapán, muy bravos, para Fermín Espinosa «Armillita», Heriberto García, Lorenzo Garza, «El Soldado», Fermín Rivera y Silverio Pérez.

«Armillita» estuvo muy bien en los tres tercios y cortó las orejas de su enemigo. Heriberto García también escuchó ovación, con vuelta al ruedo. Lorenzo Garza destacó en una extraordinaria faena de muleta y dio dos vueltas al ruedo. Luis Castro «el Soldado» redondeó una gran faena y cortó oreja. También hizo una excelente faena y cortó oreja Fermín Rivera. Silverio Pérez hizo honor a sus mejores tiempos y cortó la oreja de su enemigo. El rejoneador Bobby Arriola escuchó ovaciones.

La
Redacción

y
Administración
de

EL RUEDO

desean a sus lectores
y anunciantes

UN FELIZ
Y PROSPERO

AÑO 1963



LECTOR: ¿CONOCE ESTE ITINERARIO?

El invierno desnuda los árboles y vacía las Plazas. Una Plaza vacía es algo tan triste como un árbol sin hojas. Sobre los campos, jalde o moradas, las florecillas de la primavera. El Domingo de Resurrección, con su greca de campanas, inicia el gran desfile — sedas, oro, plata y luz — del Toreo. Ya la mano del estoque, hasta octubre, se apoyará flamencamente en la cintura. Y ellas reirán cuando el alguacillillo cace en el aire — malabarismo acogido con júbilo — la llave del toril.

En la Venta de Antequera, víspera de Feria en Sevilla, es donde la temporada se viste de largo. Días abribeños divididos en tres actos:

*Mañana de caballistas.
Tarde de sangre y arena.
Noche de bata de cola,
bordones y castañuelas.*

Las corridas de mayo en Madrid, en conexión con todas las provincias a través de sus mejores aficionados, tienen la importancia de que en ellas, tarde tras tarde, el público va «tentando» a los toreros y poniéndole a cada uno — como el ganadero a sus toros — una nota válida ya para toda la temporada.

Y Córdoba, con su talle y su moño estirado y tirante.

Parece un tópico obligado, al hablar de ella, citar su cielo añil. Pero no es precisamente bajo el sol, y sí al alejarse sus rayos, cuando esta ciudad nos hechiza. Córdoba, como todas las morenas, se pone cautivadora desde el crepúsculo; cuando el pescador guadaquivireño cueiga en su caña cascabeles celestinos. Ahí comienza el poema de Córdoba, que ya durará hasta que en sus torres despierten las cigüeñas.

Ciudad con luna, arcangelina, a esa hora en que ya se habla de los olivares — verso o copla — sin tener para nada en cuenta el precio oficial de los aceites.

Luego junio, con su collar de cerezas. Granada sonríe sobre la alfombra del Corpus; tardes de toros aromatizadas con juncia y romero como el abanico de las manolas.

Un mes más tarde, bombos y trombones — amanecer del 7 de julio — pasan tocando diana para ir al «encierro». Los pamplónicas despiertan a los toros en lo mejor de su sueño para propinarles una veloz carrera que si conduce a algo es a la Plaza de Toros. Y eso a los toros no les debe caer muy en gracia. Tras ese despertar sobresaltado, algunos por la tarde salen del chiquero como si todavía les durara el mal humor. Pamplona es umbral de las ferias del norte, con el paréntesis levantino de Valencia por San Jaime.

Las muchachas valencianas, más morenas que en marzo, cambiaron sus trajes como de paella metálica por blusas transparentes rivales de la espuma.

Con el estallido de un cohete — balcón Consistorial — nacen en Vitoria, Virgen Blanca, sus fiestas de agosto. La ciudad sonríe como colegiala en recreo, y a su feria se lanza — nosfálgica en el resto del año tras sus miradores — con alma de romería.

En Vitoria ir a los toros, más que un rito, es una expansión del espíritu. Se va a la Plaza — que es un poco salir al campo — entre ecos romeros de txistularis.

Y Málaga, como contraste, con su coso taurino entre el monte y el mar. La Plaza malagueña, antes que bonita, es simpática. No destaca por su arquitectura, sino por su alegría. Gualda la arena, muy verde el monte y añil el cielo, contrastando estos tres pinceles con el color, como de toro desangrado, de la barrera. Y muy por encima de sus vivos colores, la luz; luz como de sol reflejado sobre los cenachos de espetones vitorianos.

Y San Sebastián.

Hay dos San Sebastián: el azulverde y el gris. Soy del primero, con su aroma de carne yodada y extracto francés tras el lóbulo. Me entristece el segundo, con su mar de aluminio y nubes bajas — a la altura de las gaviotas — que impiden ver las crestas de pinos de sus montes. Me angustia el sirimiri, que es lluvia menuda con pegajosidad de mosca en vendimia. Sobre su redondel ceniciento, de arena con color y apretura de marea baja, brindis de agosto que son los mismos del mes de mayo en Madrid.

Altamente curioso su tiro de muñillas, que fustigan unos charrones vestidos más para la cancha que para el ruedo.

En Donostia el sol es tímido; no se atreve, como en las playas sureñas, a levantar ampollas en la piel de los veraneantes. Seguidamente, en un trencillo casi de juguete que se hunde en el verde frondoso de los caseríos vascongados, a Bilbao. Hemos pasado de una ciudad de recreo a una capital de trabajo.

En Bilbao se habla todo el año del hierro y la divisa, aunque no en su significado taurino. Solamente en agosto estas dos palabras pasan de la industria a la tauromaquia.

En Bilbao casi todo es abono; un abono que duro a duro comienza a pagarse desde el mes de enero. Este sistema a plazos, como se venden las neveras o las lavadoras, atestigua lo mucho que han subido las entradas de toros.

Castellano el sol taurino de septiembre. Mes de mucho ajetreo, sobresaliendo por su mayor personalidad la feria de Salamanca.

Salamanca, en todo — hasta en esas patillas de don Alipio que antes fueron de Miura —, es en el mapa ganadero una proyección de Andalucía. Varía en que allí los olivos son encinas y los cortijos dehesas. Pero como denominador común el sombrero ancho de los mayores. Y presidiéndolo todo, sabiéndose patriarca de su feria, el abrazador don Antonio Pérez Tabernero — el Carlos Núñez charro —, hablando de ovejas merinas, de gallos, de toros, de yeguas, de falsetas y hasta de la jaiea real.

A poco, Zaragoza.

La temporada termina — aunque siga — con la Feria del Pilar. Entonces ya los toreros se clasifican en dos grupos: los que van a América y los que no van a América.

Y otra vez el viento frío, el que desnuda los árboles y vacía las Plazas, barriendo, sin orden ni concierto, las hojas caídas.

TIO CANIYITAS

FIESTA CAMPERA PARA LOS HIPICOS

UNA alegre jornada en Valdeolmos. La Peña Hípica Moncloa organizaba la fiesta en la que los toros — en versión pequeña, naturalmente —, formaban la base principal del festejo. Vaquillas para todos. Para todos los que tuvieron arranque para ponerse delante o euforia para probar sus posibilidades. Incidencias de todas clases. Revoloteos de capotes. Algunos sabios; otros, los más movidos solo por los mejores de/eos, que más de una vez terminaron en revolcones más o menos espectaculares. Pero los invitados estaban decididos a hacer todo lo posible para demostrar o probar sus posibles calidades taurinas con una voluntad a prueba de tropiezos, caídas y recaídas. La placita de Valdeolmos, por unas horas, se llenó de simpatía, de euforia, de olés y de esperanzas. Jockeys, toreros actores, — aficionados todos también al complejo mundo de los caballos —, corrieron y rieron delante de unas vaquillas demasiado pequeñas para asustar de verdad, pero tal vez también demasiado grandes para no tomarlas en serio. Al final, trofeos para los más valientes o más decididos, ofrecidos por el Dr. Landete, presidente de la Peña, ayudado por otros colaboradores.



El matador de toros, Pedrés, hace un quite a una aficionada. — Una «espantá». — Revolcones en todos los tonos. — La señora de Larena recibe su trofeo de manos del presidente de la Peña, Dr. Landete Navarro

FESTIVALES Y OTRAS NOTAS

MUCHAS OREJAS EN MARBELLA

MARBELLA, 23.—Se ha celebrado un festival taurino con novillos de Fernando Vázquez de Troya. Lleno. Angel y Rafael Peralta, dos orejas y rabo. Jaime Ostos, dos orejas y rabo. Carlos Corbacho, dos orejas y rabo. "Mondeño II", dos orejas y rabo.

PRO CAMPAÑA DE NAVIDAD EN ALCALA DE GUADAIRA

ALCALA DE GUADAIRA, 23.—Se celebró un festival a beneficio de la Campaña de Navidad. Cinco novillos de Núñez Guerra. Martín Sánchez "Pinto", palmas. Victoriano de la Serna, aplausos. Pepe Osuna, ovación. Armando Soares, ovación. Miguel Molina, gran ovación.

EN ALCALA DEL RIO ACTUARON NOVILLEROS

ALCALA DEL RIO, 23.—Con cuatro novillos de doña Dolores Martín Carmona y uno de Clemente Tassara se celebró un festival. Manolo Triana, ovación. José María Jiménez, vuelta. José Fuentes, vuel. a. Pepe Luis Blanco "Caetano", oreja. Antonio "el Barquillero", oreja.

HA SALIDO «MULTITUDES»

Con el título de «Multitudes» ha salido una nueva publicación semanal, dedicada a espectáculos —y, por tanto, dedica parte de su espacio al tema de los toros—. De gran formato, reúne en sus páginas firmas conocidas, que comentan la actualidad, a través de crónicas, reportajes y entrevistas. Nuestro más cordial saludo al nuevo semanario y a sus rectores.

EL CONTRATO DE OSTOS. EN LA FERIA DE SEVILLA

Según ha declarado el apoderado de Jaime Ostos, Manuel Pérez «Vito», en sus conversaciones con el empresario de Sevilla, señor Canorea, llegó al acuerdo de que su representante torease tres tardes en la Feria, si el número total de corridas era de seis. «Ese fue el cupo que yo puse», ha dicho «Vito». «Por otra parte —añadió—, si la empresa quiere llevará un torero las seis tardes; por nuestra parte no hay inconveniente.»

Así quedan aclaradas muchas cosas, dichas o escritas, a propósito del contrato de Ostos.

EL SANATORIO, VACIO

Esta semana no hay «huéspedes» en el Sanatorio de Toreros. Dentro de unos días, sin embargo, está prevista la hospitalización de varios toreros en activo o retirados, para someterse a intervenciones quirúrgicas diversas.

RUMBO A CALI

Con dirección a Cali, Colombia, salió el diestro José María Clavel, acompañado de su apoderado, Angel Luis Bienvenida. En Cali toreará dos corridas. Intervendrá también, matando un toro, en la corrida en que figurarán todos los matadores de la Feria. Las fechas de sus contratos son el 26 y el 29 de enero. Los toros designados para esos días son de Antonio Pérez de San Fernando y de Piedrahita.

MURILLO AMPLIÓ SU CONTRATO

Los triunfos conseguidos por Fermín Murillo en América le obligarán a permanecer por aquellas tierras algunas sema-

nas más, para cumplir los contratos que le han ofrecido en varias plazas colombianas.

CINCO ASPIRANTES A LA EXPLOTACION DE LA PLAZA DE VALENCIA

El día 20 terminó el plazo para la presentación de pliegos para tomar parte en el concurso-subasta de la Plaza de toros de Valencia. Las ofertas están suscitadas por don José Barceló, don Manuel Uso, don José Simó, don Sebastián Miranda (actual empresario de Granada), y don Cristóbal Peris. Los cinco pliegos han sido admitidos. El sábado será adjudicada la Plaza.

Mientras tanto, ante el juzgado número 3 de Valencia, se prepara para el próximo día 9 de enero la vista que en relación con el arrendamiento de la Plaza han planteado los actuales empresarios señores Alegre y Puchades.

«EL CORDOBES» TOREARA EN SEVILLA COMO MATADOR

Cuatro tardes toreará en Sevilla «El Cordobés» como matador. En principio están previstas las fechas siguientes: Corpus, 15 de agosto y 29 y 30 de septiembre (Feria de San Miguel).

CORBACHO, CONFERENCIANTE

El ejemplo de Luis Miguel cunde... En una ciudad andaluza, el novel matador de toros Carlos Corbacho dará muy en breve una conferencia sobre un tema taurino.

«EL CARACOL», DISPUESTO A EMPEZAR.

El novillero «El Caracol» iniciará su temporada el 3 de marzo en La Línea de la Concepción. El apoderado del diestro alicantino, don Alfredo Corrochano, tiene ya firmadas sesenta novilladas. De ellas veinte con Balaña. «El Caracol», tan pronto pasen las fiestas, marchará al campo charro para entrenarse.

SE CASO «COBIJANO»

Antonio Martínez Cobos «Cobijano», que perdió una pierna a consecuencia de una grave cogida, se ha casado con la señorita Clementina Ramos González. La boda se celebró en Cádiz, en la iglesia de San Antonio.

LA INAUGURACION DE LA TEMPORADA EN BARCELONA Y PALMA

Don Pedro Balaña se dispone a comenzar en Barcelona y Palma de Mallorca, apenas el tiempo se lo permita. En principio quiere abrir una y otra en los primeros días de marzo.

LA INAUGURACION EN MADRID, CON TOROS PORTUGUESES

Hasta ahora, lo único que se sabe sobre la temporada madrileña en las Ventas es que la corrida inaugural será de la vacada portuguesa de Infante da Cámara.

LA FERIA DE SEVILLA, CASI A PUNTO

A última hora nos llegan noticias sobre los carteles de la Feria de Sevilla, que están casi a punto... Por lo pronto se sabe que el «serial» comprende dos novilladas y seis corridas. La feria taurina comenzará el sábado 20 de abril con los dos festejos «menores», que serán «mayores», a juzgar por los carteles. En ambas, en efecto, toreará «El Cordobés». «El Caracol» participará en una de ellas. El martes 23, tras la pausa del lunes, comenzarán las corridas. La del viernes 26 cuenta con ganado de Miura y cartel completo: José Julio, Chacarte

GABRIEL DE LA HABA «ZURITO»



CORDOBA, cuna de toreros grandes, tiene en este joven y notable diestro, Gabriel de la Haba «Zurito», un legítimo continuador de su gloriosa historia. De estirpe taurina, «Zurito» ha sabido aunar el arte puro y bizarro y el valor sereno y consciente. Y ahí le tenemos, triunfador absoluto de la temporada última y con una halagüeña perspectiva para el futuro curso, que será, desde luego, el de su consagración definitiva. «Zurito», además, está en buenas manos. Le apodera un joven y competente taurino, el también cordobés don Rafael Piédrola, a cuyo domicilio, calle Judíos, 17, de Córdoba la Sultana (teléfono 37405), ya dirigen las empresas sus ofertas para contratar a «Zurito», que será base y fundamento de los principales carteles en el año que comienza. (Foto Framar.)

y Rafael Pedrosa. Es posible que en esa corrida actúen también los hermanos Peralta. (Rafael, además, toreará el Domingo de Resurrección ganado de don Lisardo Sánchez.)

Aparte de la de Miura, están comprometidas para enviar toros a Sevilla las siguientes ganaderías: Arellano y Gameiro Cívico, Rafael Peralta, Fermín Bohórquez, Benítez Cubero y Atanasio Fernández. Los toreros contratados son: Jaime Ostos (tres corridas), Victoriano Valencia, Mondeño, Curro Romero, «El Viti», Carlos Corbacho, «Palmeño» y José Julio (dos corridas cada uno), y Chacarte y Pedrosa (una sola corrida por barba).

Está aún pendiente de respuesta Andrés Vázquez. Y es posible que haya acuerdo con los representantes de Camino y Puerta.

En cuanto al acoplamiento de toros y toreros, se sabe, por lo pronto, que Ostos toreará las corridas de Arellano, Rafael Peralta y Atanasio Fernández. En la primera llevará como compañeros a «El Viti» y «Palmeño». En la segunda, a Curro Romero y Mondeño. En la tercera, a Corbacho y a otro espada aún sin designar.

Peró todo esto puede sufrir a última hora algunas alteraciones... Esperemos, por tanto, un poquito...

EL DOMINGO, EN VALLEHERMOSO, LOS TOREROS FUTBOLISTAS JUGARAN CONTRA LOS ACTORES

El deseo de los toreros y artistas españoles de participar en la campaña de Navidad, que patrocina la excelentísima señora doña Carmen Polo de Franco, ha hecho que el Sindicato Nacional del Espectáculo monte un encuentro de fútbol, que se celebrará, Dios mediante, el próximo día 30, domingo, a las once y media de la mañana, en el campo de Vallehermoso, y en el que un equipo formado por renombrados ases de la totería disputará una espléndida copa a otro formado por artistas de cine y de teatro. Un trofeo donado por el Sindicato premiará al vencedor. Como madrina de ambos equipos saltará al campo Marujita Díaz.

Como en el equipo de la totería figuran destacados ases, que de haber querido hubieran sido "gente" en el deporte balompédico, es de suponer que serán muchos los aficionados a la Fiesta que por una vez dimitan de sus prejuicios contra el fútbol y se pasen al enemigo para contribuir al fin benéfico de la empresa.

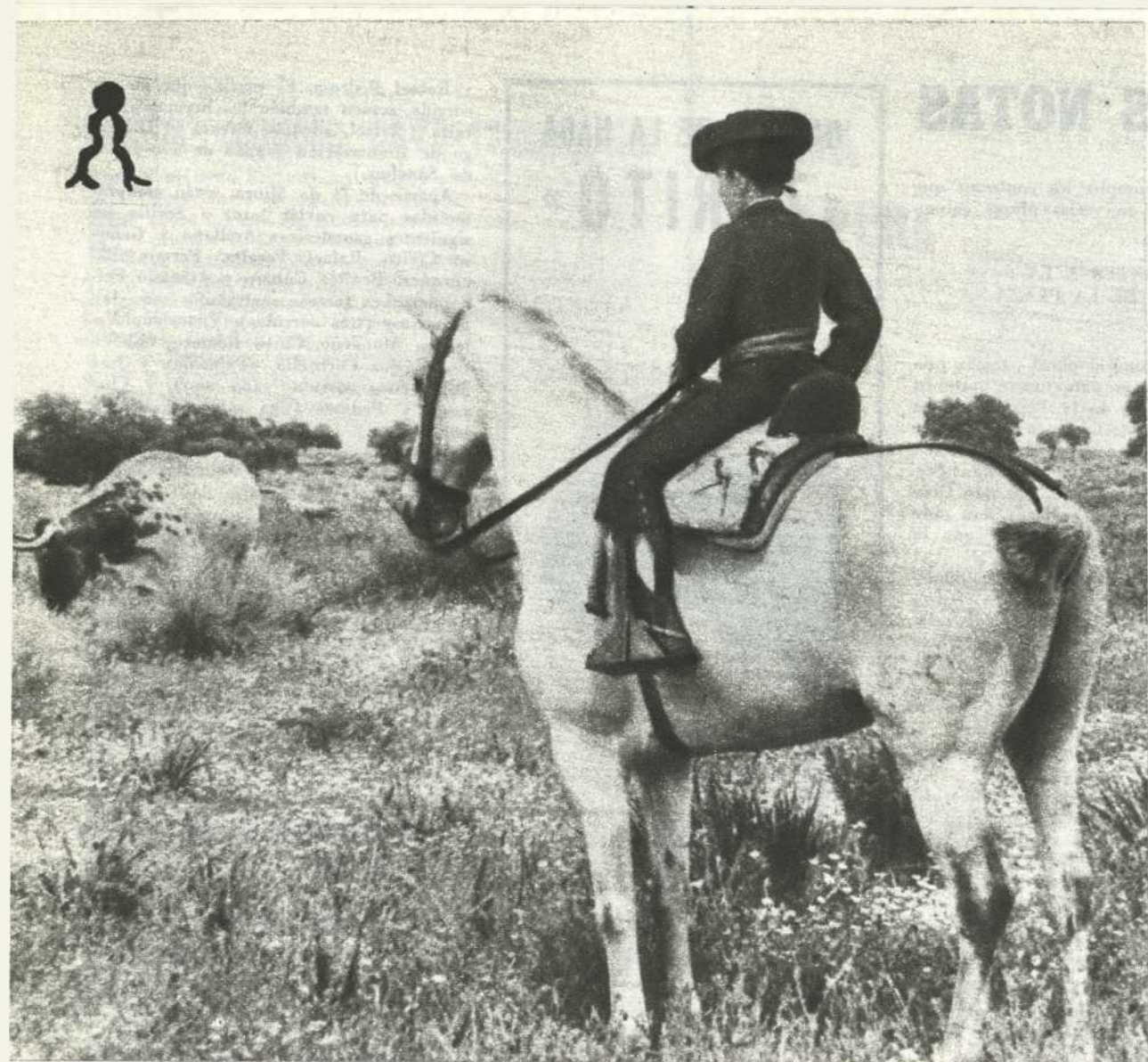
RENOVACION DE PODERES

Alberto Espliguero «el Tuchi», que en la pasada temporada intervino en treinta y seis novilladas, entre económicas y con picadores, ha decidido renovar los poderes que otorgó al competente taurino don Cipriano del Castillo «Castillito».

LOS REJONEADORES EN 1962

He aquí la lista de los rejoneadores que actuaron en la pasada temporada, con expresión del número de sus intervenciones:

Rafael Peralta, 47; Cándido y Lolita López Chaves, 45; Angel Peralta, 43; Alvaro Domecq Romero, 41; Fermín Bohórquez, 31; Josechu Pérez de Mendoza, 21; Manuel Vidrié, 18; Baldomero Gaviño, 16; Clemente Espadanal, 12; Amelia Gabor, 7; Agustín García Mier, 5; Manuel Baena, 5; Paquita Rocamora, 3; Gina María, 2; Navarro Orenes, 2; Francisco Mancebo, 2; Ribeiro Téllez, 2; Antonio Casaña, 1; López Ferrera, 1; Moreno Vidal, 1.

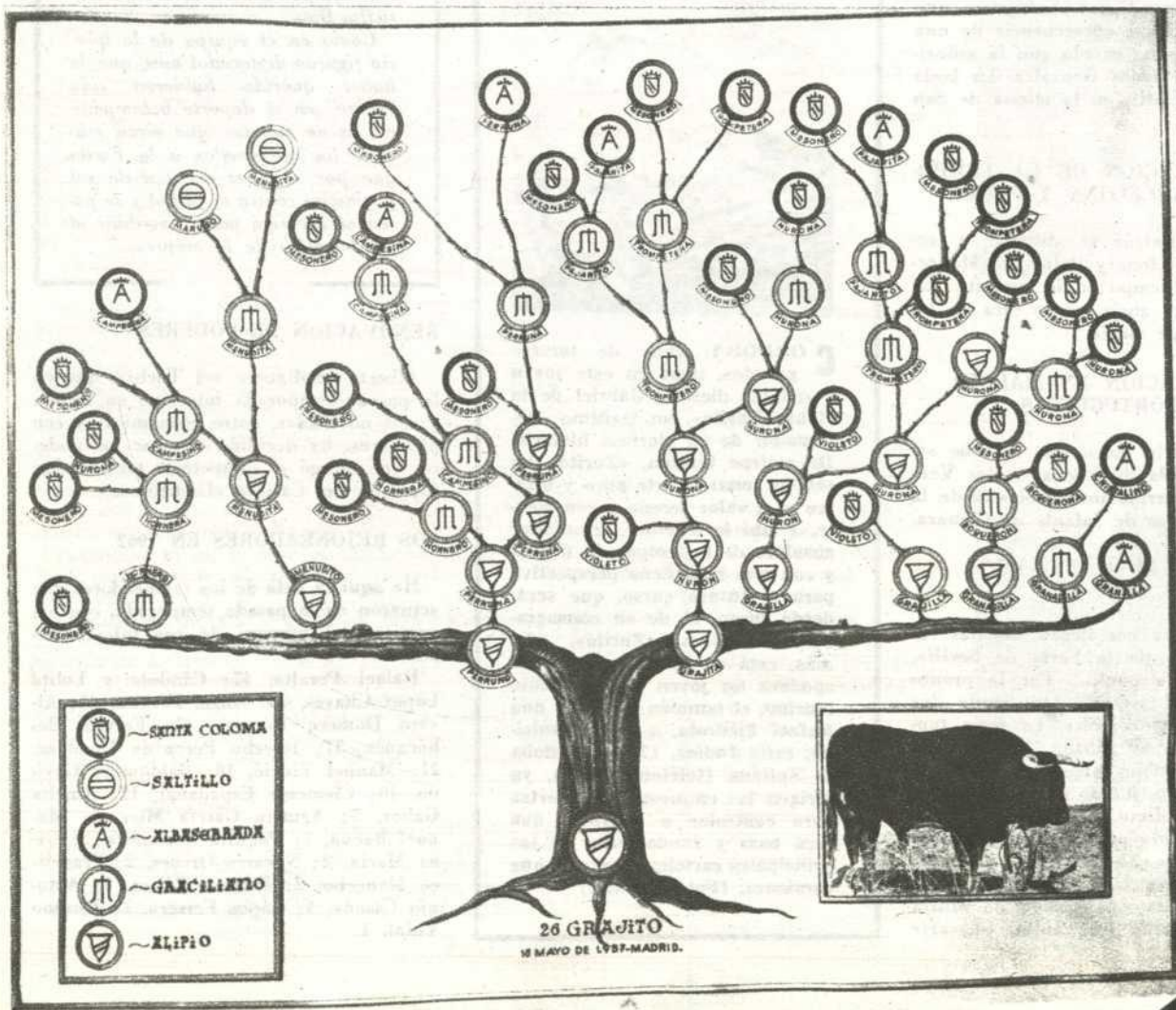


Las tarjetas navideñas de Eduardo Miura son siempre muy bonitas, porque tan popular ganadero y excelente amigo es un fotógrafo magnífico, muy hábil en buscar los encuadres más originales, sin que por tal carácter pierdan los asuntos naturalidad. De entre las muchas que conservo, he escogido esta, referente al año 1954, porque la juzgo muy representativa. Si Navidad quiere decir tradición, la casa Miura es la más tradicional para sus usos y costumbres, pudiendo decirse que tiene protocolo propio.

La fotografía representa a su hijo mayor, vestido de ganadero de la época romántica; la de su tatarabuelo, don Juan Miura, el primero que llevó este apellido a los carteles. El chiquillo monta muy airoosamente un caballo tordo, con el hierro de la casa en el anca. A lo lejos, un buey ensabanado, muy típico. El paisaje es el de Zahariche y la vegetación está sacada con tal detalle en el original que es una verdadera lección de Botánica.

Eduardo ha escrito unas líneas cordiales, y como la felicitación va a un aficionado madrileño, ha pintado, personalmente, a pluma, la divisa verde y negra, que para nosotros es la clásica. Al menos, cuando veo en provincias sacar los toros la divisa verde y encarnada me cuesta trabajo creer que son de Miura.

CHRITSMAS DE



El bondadoso don Alipio escogió para christma el árbol genealógico de su famoso «Grajito», el cual ganó el premio al toro más bravo en la Feria de San Isidro de 1957. Por cierto que, en esta materia, hay quien cree que el premio debiera adjudicarse a la mejor corrida en conjunto, y otros, respetando la decisión municipal, al más bravo. En el año antedicho coincidieron ambos criterios, lo cual fue una satisfacción para el Jurado. Asimismo, en opinión de algunos buenos aficionados, el sexto toro de la corrida fue aún mejor que el premiado, que salió en cuarto lugar. Miel sobre hojuelas...

Si se observa el árbol adjunto, se ve que —por fuerza— el toro tenía que ser superior, ya que su sangre era un cóctel, en el cual figuraban como ingredientes glóbulos rojos de ilustres reses de las vacadas de Santa Coloma, Saltillo, Albaserrada, Garciliano y Alipio... ¿Hay quién dé más?

El árbol genealógico está dibujado con verdadero gusto artístico y se entiende mucho mejor que otros tronques análogos. Su contemplación causará el asombro de muchos aficionados, que, gracias a ello, se darán cuenta del considerable trabajo que supone seleccionar una ganadería. Cuando tanto empeño da sus frutos, la satisfacción del ganadero entusiasta es indescriptible.

Nos figuramos a don Alipio en su despacho pasando lista a todos los amigos para enviarles esta felicitación, mientras su mirada descansa viendo trabajar a las abejas, en una colmena que tiene incrustada en la pared, aislada con un grueso cristal. Don Alipio prepara los apareamientos de los sementales y las vacas sin perder de vista a la colmena. No es extraño que después los toros le resulten de dulce...

El christma de don José Escobar es pequeño de tamaño, pero grande en su contenido... ¡Ahí es nada! ¡La vuelta al ruedo a un novillo, y en Sevilla, en donde más se entiende de toros! Por cierto que en una Plaza como la de la Maestranza, tan cargada de ambiente, constituye una decepción ver a los que llevan las mulillas vestidos de «alcagüeseros»... ¿Para cuándo dejamos la chaquetilla corta y la guayabera? La tarjeta, doble, lleva en el dobléz un minúsculo cordón de seda, trenzado con los tres colores de la divisa de provincias: verde, negro y oro. Porque los toros de Escobar usan dos divisas, por causas que ignoramos. Se lo preguntaremos en la primera ocasión y su charla nos deleitará seguramente. Escobar tiene un finísimo espíritu de observación, que descende a detalles que nadie ha captado antes que él. Por ejemplo, cuando un toro se relame, después de haber tomado dos varas, es manso e irá a peor. Le basta al citado criador andaluz ver cómo se maneja un bicho en los corrales para saber cuál será luego su lado mejor en la Plaza; cada animal se revuelve de preferencia por un lado; es decir, encuentra más fáciles los movimientos por la derecha o por la izquierda: en la Plaza embestirá con más temple y suavidad por la otra mano. No me explico por qué los matadores no se hacen acompañar de tan entusiasta ganadero para ver por la mañana el género que les ha tocado, pues, si tal hicieran, ya sabrían por qué lado tenían que torear a su enemigo y podrían llevar la faena pensada desde el hotel.

Es lástima que Escobar no se decida a escribir en EL RUEDO. Aseguro a los lectores que sus artículos serían muy interesantes... ¿Por qué no le tiramos un cable, don Alberto?



GANADEROS

SIGUE

¡Bravo toro el del marqués de Albayda!... ¡Qué bien hizo en escoger su retrato, en un instante espléndido, para felicitarnos a los amigos! La Plaza, como ven ustedes, es la Monumental madrileña y lo foto es tan magnífica que se conoce, uno por uno, a los habitantes del tendido 7. Pero eso es lo de menos. Lo principal es la gallarda actitud del toro, un hermoso ejemplar, aunque pobre de cabeza. La arrancada de lejos de un toro es uno de los momentos mejores de la corrida. Sin embargo, a fuerza de rayas y sobre todo de puntos, casi nos hemos quedado para siempre privados de esa gallardísima manera de acometer. Ahora se practica, con éxito, «la suerte de la aceituna», que consiste en poner al toro tan al alcance del picador que, en cuanto aquel se descuida, este le pincha contra su voluntad, igual que hacemos todos con la aceituna en la barra del bar. También se llama ese lance «picar a lo Mahoma», por aquello de que «ya que el utrerito no viene a mí, iré yo al utrerito».

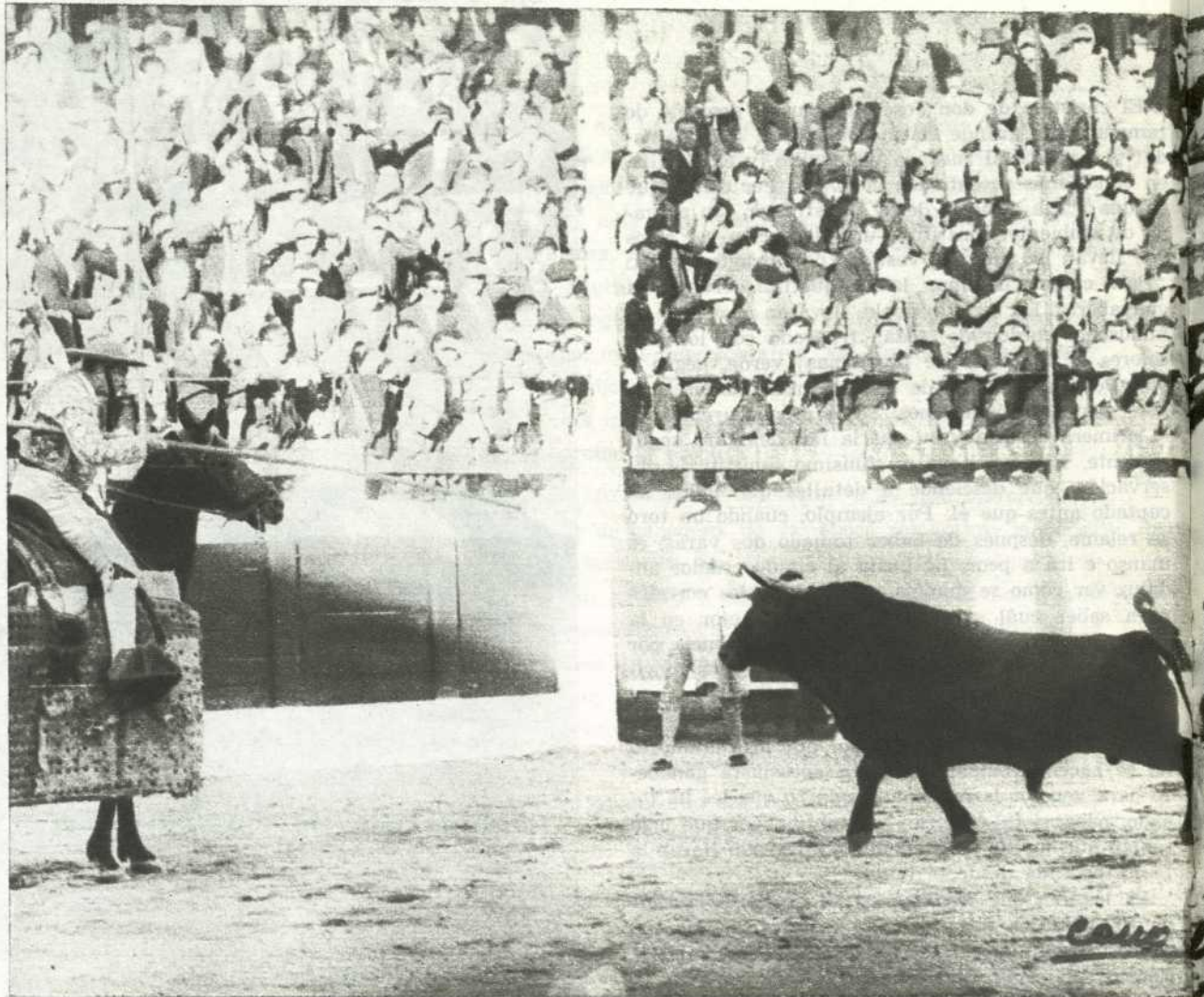
Los toros del marqués no se prestan a ese juego; son ejemplares de buena presencia, con mucho genio, de mucha casta, templada casi siempre con la nobleza... ¿Se acuerdan ustedes del «Amargoso»? ¿Recuerdan el triunfo de Rovira cuando mató seis toros de una sentada?

El christma se adorna con dos cordones de seda, uno encarnado y otro amarillo, atados con grueso nudo: los colores de la divisa. Para un momento culminante de la Fiesta nacional, los colores nacionales. Muy en su punto, sí señor.



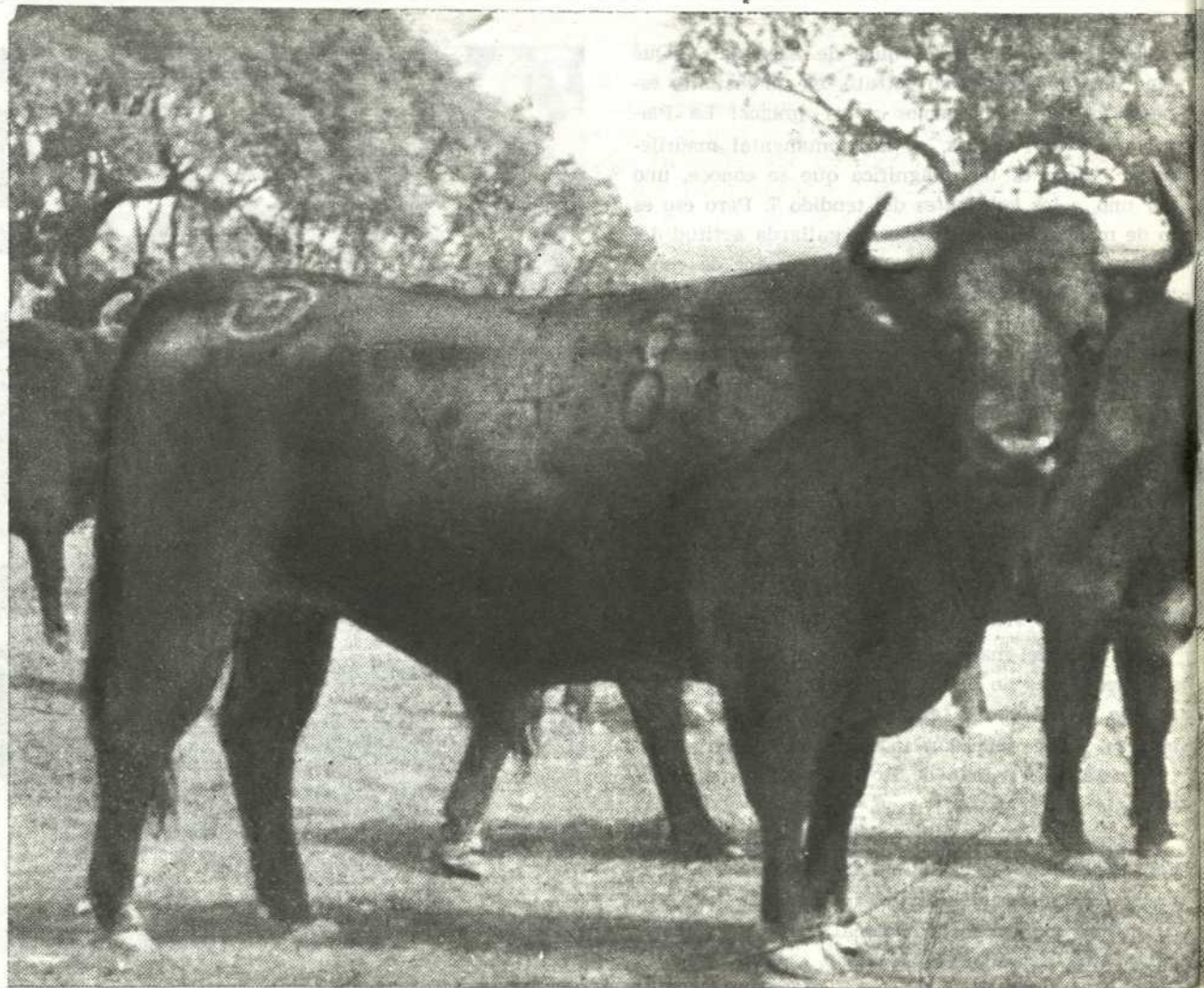
El nunca bien ponderado sol de España inunda de claridad la Plaza de Andújar, aunque todavía no es verano, como se ve por la vestimenta de los espectadores, que todos a una se protegen con la mano de los ardores del astro-rey. Uno de los matadores, graciosamente, les imita. El toro, de García de la Peña, se arranca con una alegría impresionante. Se ve que disfruta con la pelea, que lucha con esperanza e ilusión. A las mientes se nos viene la frase de un ilustre escritor: «Lo peor que se puede hacer con el toro es compadecerle.» En efecto, cuando se habla de la crueldad de la Fiesta, se calibran los hechos con una impropio medida humana. Lo cierto es que al toro, después de cuatro años de vida regalada, se le da la oportunidad de morir a pleno sol, en presencia de multitudes, a lo largo de un cuarto de hora de frenesí, en el cual el dolor apenas contará y luchando cara a cara. Los que manejan tópicos sensibleros, no se han parado a considerar que el toro no es más que un animal de carnicería y que, de no tener la aplicación que dimana de su original bravura, después de una vida peor, moriría con menos edad, en la nave oscura del Matadero, con una muerte ignominiosa, terrible, espeluznante, sin contrapartida alguna, aunque sin testigos.

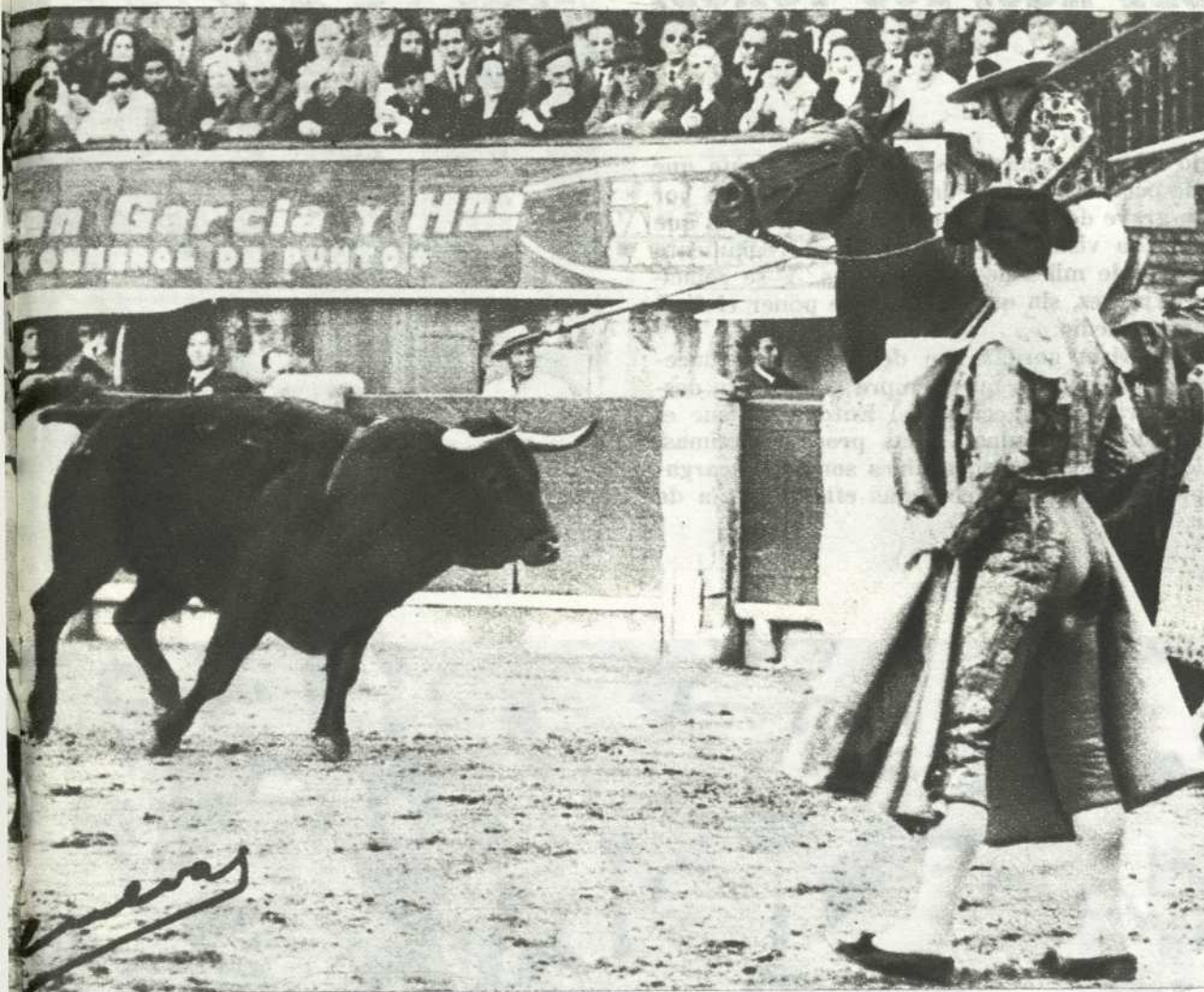
Con gran acierto, don Félix García de la Peña felicitaba las Pascuas con esta foto tan sugerente, muy propia para ser contemplada en pleno invierno, porque el calor se hace en ella perceptible y casi rompemos a sudar. Por cierto que, según se dice, don Félix ha dejado de ser ganadero, después de abdicar sus derechos en su hijo político, el marqués de la Vega de Anzo. La última corrida lidiada a su nombre, en Almendralejo, resultó muy buena, constituyendo la excepción de la regla general de que no hay profeta en su tierra. Don Félix era un ganadero a la antigua y criador de toros muy bravos. Ambas circunstancias le han debido impedir a pedir el retiro. Nada más lógico.



CHRITSMAS DE

Don Dionisio Rodríguez García, escrupuloso ganadero de Villavieja de Yeltes, tenía unos toros muy bravos, con los cuales difícilmente podían los malos toreros, que, por desgracia, son la mayoría. En cambio, dichos ejemplares eran muy del gusto de los espectadores. Y si no, que se lo pregunten a Melitón —su viejo mayoral—, el cual estaba cansado no ya de dar vueltas al ruedo, sino de las quebrantadoras salidas en hombros. Don Dionisio, con esas formalidades y esa benevolencia que le caracteriza, quiso que los espadas saliesen más veces en hombros, aunque Melitón lo hiciera en más ocasiones por su pie. Y asesorándose de una persona tan entendida (y no menos formal y bondadosa) como Alberto Vera, consiguió una cosa difícil, y es que sus toros, sin perder bravura, resultasen más manejables, proporcionando grandes éxitos últimamente a los toreros. Con todo ello, el prestigio del pobre «Areva» —cuyo recuerdo es constante compañía para todos los que colaboramos en EL RUEDO— creció ilimitadamente para el ganadero salmantino, el cual, para escoger los christmas, se valía de su buen amigo, quien disponía, según las conveniencias del momento, que la tarjeta de felicitación representase un gran puyazo a un toro de la casa; la fotografía de «Goloso», al cual se le dio la vuelta al ruedo en Francia; la escena siempre simpática del toro que se deja acariciar en los corrales o, como en el que aquí se reproduce, la bella estampa del semental (que es «Bailador», pero con *d*), con insuperable tipo, cabeza cómoda, cara de buena persona y seguramente poseedor de una gran potencia hereditaria, ya que parece darse a entender que, contemplándole a él, es como si se estuviese viendo a la camada del año que viene, por aquello de que «En Torrijos, como son los padres son los hijos» o, en versión más local: En Villavieja, el hijo al padre se asemeja.»

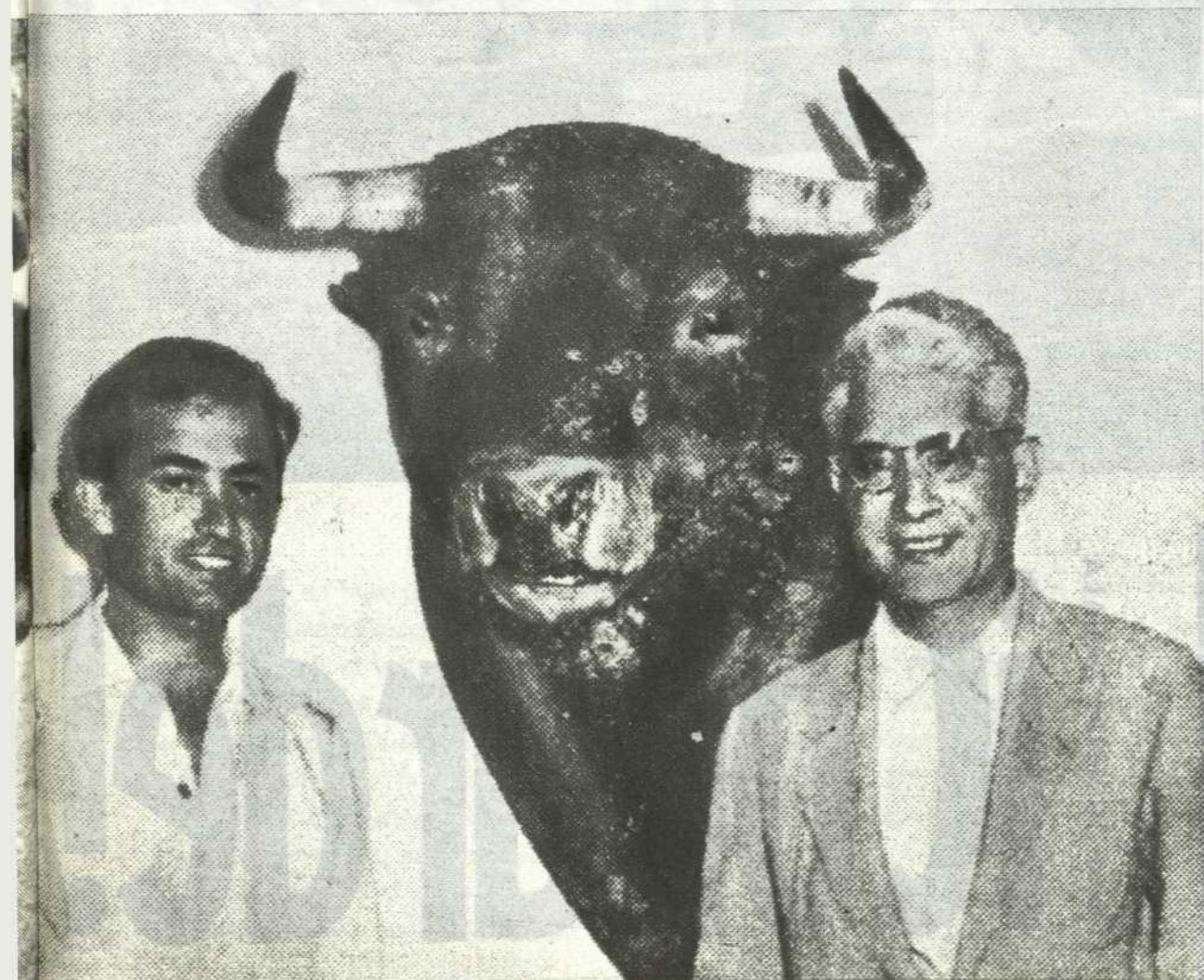




En el invierno, los ganaderos recobran su personalidad, haciendo vida de campo, lejos de las acechanzas de la capital... ¡Con qué delicia respiran aire puro, sin tener que sortear las imposiciones de apoderados, empresarios y toreros! Las horas transcurren plácidamente en la ejecución de las faenas de tiente y herradero, en los paseos ecuestres, en el ejercicio de la caza y el pastoreo, como los hombres primitivos, sin contaminaciones económicas. Y en cuanto el sol se pone, en el vestibulo de la casa, rica en comodidades, junto a la chimenea en llamas, el café *migao*, la lectura de la prensa diaria, e incluso de la taurina, y el despacho de la correspondencia. Varias veces he tenido el honor de que don Lisardo Sánchez —fortaleza de roble y vista de águila—, al hacer el recuento de sus numerosísimas amistades, pusiese un sobre con mi dirección para enviarme el correspondiente *christma*. Casi siempre, don Lisardo, como todos los ganaderos, en uso de un perfecto derecho, escoge un tema de exaltación de sus toros. El que traemos a colación es de excelente gusto. En la portada, el hierro en resalte y tres cintitas de seda, con los colores de la divisa (verde, azul y oro); por dentro, la brava arrancada de un toro en Zaragoza. Otro año, era una fotografía que se hizo popular: el superiorísimo toro «Mallorcón», lidiado en Barcelona, a la salida de un par de banderillas. Todos los negocios de don Lisardo han sido siempre buenos, menos el de la ganadería, que tiene por pura diversión. Algunas veces, los apoderados y los empresarios le hacen rabiarse con exceso. Un año en que tenía todavía en el alma el escozor de una mala faena nos mandó un *christma*, con mucho sentido del humor, que decía: «Campo de algodón regado por aspersión en la finca de Bótoa...» ¡Voto a Tal! —nos figuramos que diría el conocidísimo criador de reses bravas...

GANADEROS

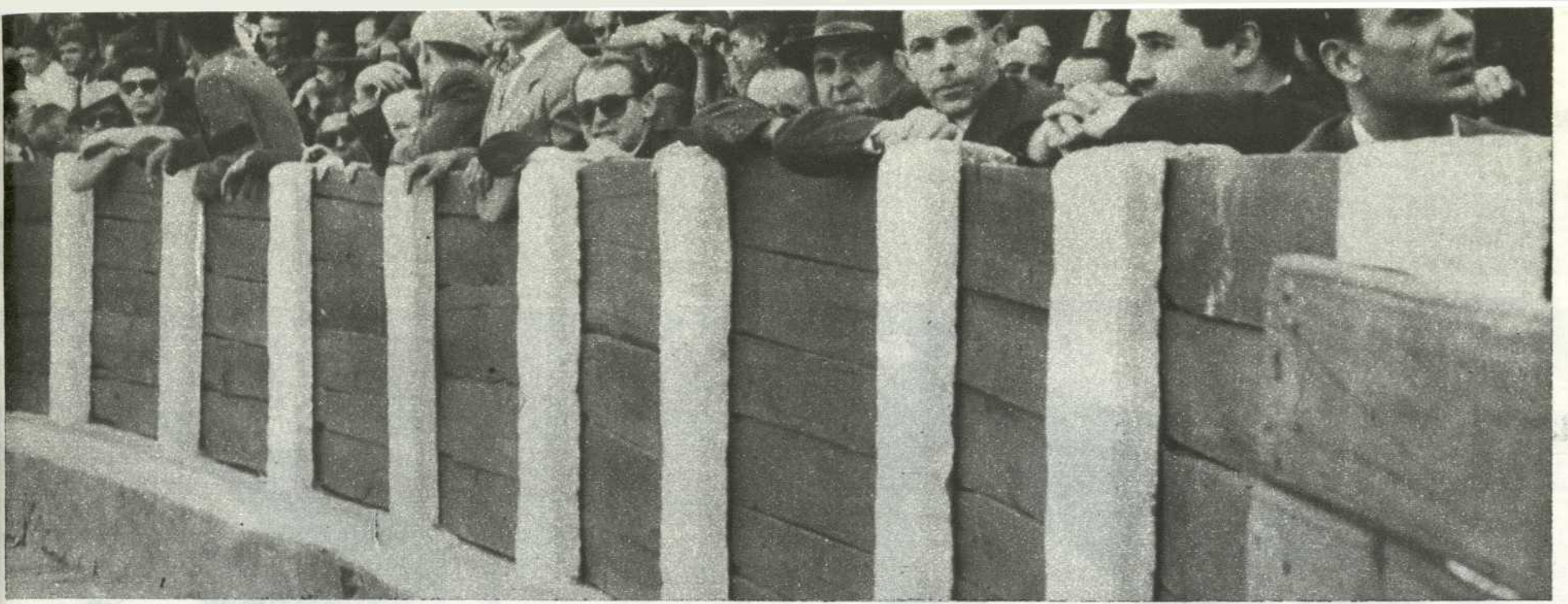
FIN



El *christma* de Emilio Arroyo es barroco y complicado. Quiero decir que no es *puro*, cosa rara, tratándose de tan intrépido fumador de habanos. Como saben ustedes, durante el bloqueo de Cuba fue detenido un barco cargado con voluminosa mercancía..., que luego resultó ser diez toneladas de hermosos puros para don Emilio. Como no es posible mostrar las diferentes vistas de la tarjeta de felicitación, me voy a permitir describirlas. La portada lleva en resalto el hierro de la ganadería, con remembranza veragüeña, a base de escudo pentagonal, corona y una flecha; debajo están los colores azul y encarnado de la divisa. Al levantar la tapa se ve la cabeza de un novillo extraordinario, lidiado en Elda, y a su lado, «Pacorro» (que le mató) y el disecador (que le revivió). Viene después el detalle de las novilladas lidiadas en 1956. Luego, los retratos de dos toros lidiados en Azpeitia, que pesaron lo suyo y proporcionaron grandes éxitos. Más adelante, la felicitación propiamente dicha; la historia de la vacada; el árbol genealógico de la misma, dibujado por Ferrari, bajo la dirección del competentísimo «Areva». Después, otro toro de Azpeitia, al cual le cortaron las dos orejas, y una vara del «Saltador», que salió medio muerto del primer tercio (esto es lo corriente) y al cual se le tributó una gran ovación en el arrastre (esto no es frecuente).

Don Emilio es *muchimillonario*, eufórico, superdinámico y, sobre todo, muy joven. Esta última cualidad ya revela el hecho de que después de consignar el nombre, número y pelo de sus reses, específica —como si fuera fundamental— el número de orejas, rabos y patas que se cortaron y las vueltas al ruedo que dieron los espadas. Finalmente, aludiendo a la vez a sus actividades cinematográficas y ganaderas, nos creemos en el caso de decirle: Aquí paz y después gloria.

L. F. S.



TRATAR de huir es innoble. Sobre todo, en quien, como el toro de lidia, tiene fama de bravura, de fiereza y ejemplar vocación de luchador. En un momento de flaqueza, de añoranza de la tranquila dehesa, se puede permitir el salto al callejón en busca de la salida; sin embargo, lo que no se le puede consentir es la reincidencia en el intento de huida, la cobardía. Saltar al callejón repetidas veces supone la renunciación a la sangre brava. El toro a los únicos que está obligado a poner en peligro es a los diestros, pero nunca a esos pacíficos señores que ocupan el burladero interior, y que si bien es verdad que no pasaron por taquilla, tampoco es justo que reciban tamaños sobresaltos. Y no digamos de la jovencita de blanco ocupante de la barrera que nunca soñó con emular a la Cintrón...

Lo curioso es que si luego el cornúpeto se deja dar muchos pases de muleta se dirá alegremente que fue muy bravo y noble. ¡Pues qué bien!, que hubiera dicho el pobre Curro Meloja.

SIGUE



PERO... ¿TAMBIEN LOS JOVENES?

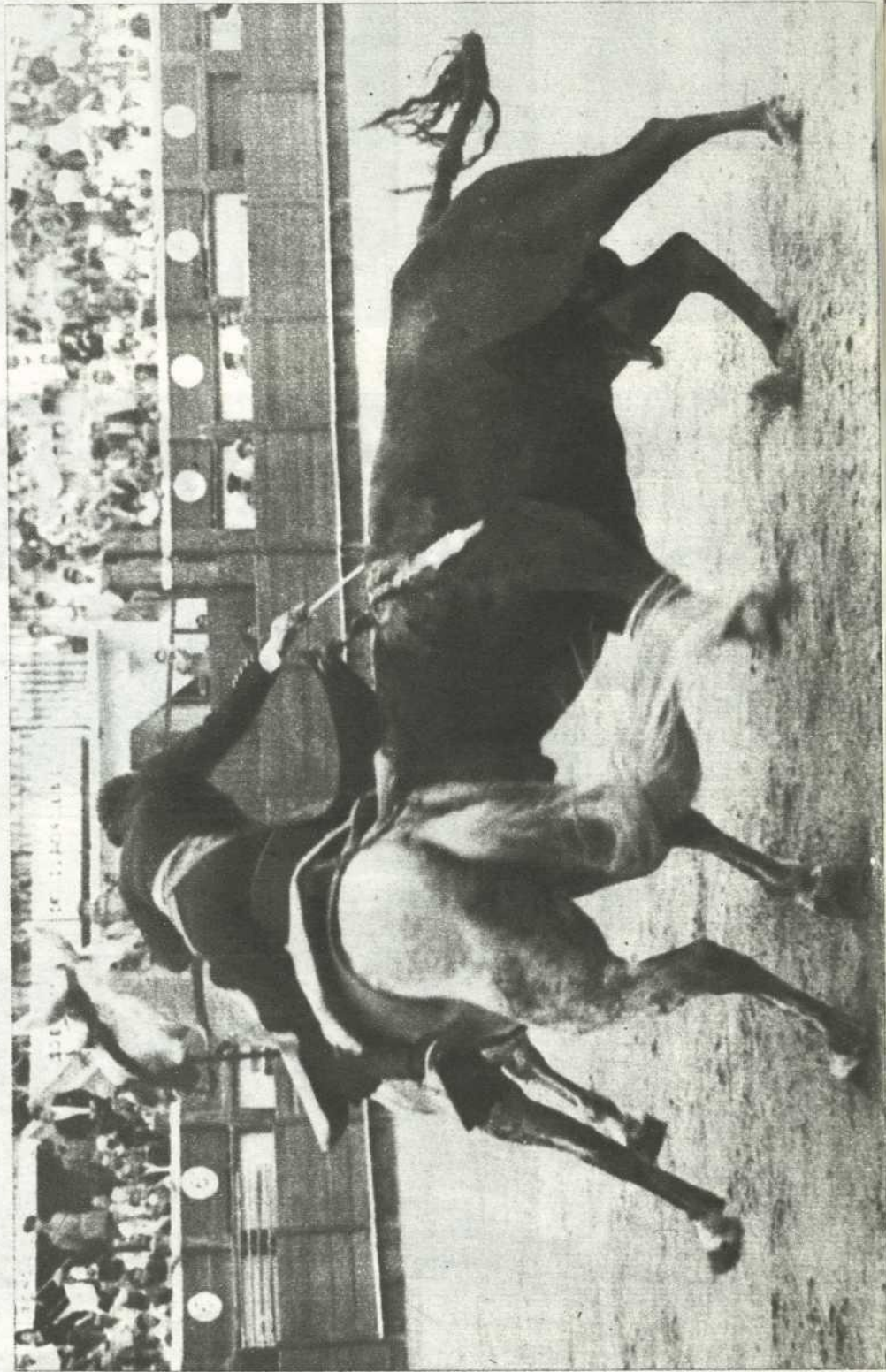
A SI, no. No llegará usted a ningún lado. Si en los comienzos apunta ya al rincón, ¿qué hará cuando lleve veinte años de matador de toros?

Extraña que no haya habido nadie que le enseñe, que le corrija, que le diga que lo primero que hay que saber, cuando se trata de ejecutar el volapié, es mirar fijamente al morrillo. Después entrará usted muy derecho, bajará la mano izquierda y cruzará, saliendo limpiamente por el costillar. Nadie le pedirá la perfección a un principiante, pero si el firme propósito de hacer las suertes con legalidad, sin ventajas. No lo olvide, si es que de verdad quiere llegar a algo en el arte de Juan Belmonte.



DESENHEBRAR

E NHEBRO, por torpeza, el subalterno de a caballo. Una dificultad más para la lidia. No está bien que los toros propinen cornadas, pero mucho peor es que el animal vaya armado de un palo para repartir, al compás de sus embestidas y en las rápidas revoluciones, algo que los lidiadores no esperaban. De ahí que el subalterno de a pie trate de arreglar el fallo del compañero a cuerpo limpio. Menos mal que el cárdeno se distrae en cornear el capote caído en el suelo. Cuando el peón haya conseguido desenhebrar, sonará la ovación en honor del banderillero casi con la misma fuerza y estruendo que la bronca empleada para increpar al varilarguero que erró.



EL REJONEO

U NA mujer trata de estoquear desde el caballo. El equino, asustado, con sus manos levantadas y las orejas tiesas, percibe con sobresalto los muchos puñales del toro.

Es bello, muy bello, el arte del rejoneo. El llamado «número del caballito» resulta maravilloso cuando se ejecuta con arreglo a las normas clásicas. Rejonear no es dar carreras por delante de un toro indefenso. El rejoneo, como el toreo a pie, tiene sus reglas, que son muy parecidas a las de capote y muleta. El ir de frente, el templar las embestidas y el poner decisión es común a caballistas y toreros de a pie. La buena doma, el montar sin moverse en la silla, el clavar por las afueras son virtudes muy particulares del rejoneo. Pero el compendio de todo ello no puede ser considerado como un número circense, sino como algo que está dentro de la raíz misma del arte de lidiar reses bravas. Lo triste son los numeritos, como el de la presente fotografía, tan lejos de lo que por rejonear puede entender cualquier mediano aficionado.

LA SUERTE SUPREMA

El toro es la víctima cuando el banderillero le clava los cuernos al toro, cuando el toro se resaca y se resaca con el toro. El toro es la víctima cuando el toro se resaca y se resaca con el toro. El toro es la víctima cuando el toro se resaca y se resaca con el toro.

El toro es la víctima cuando el toro se resaca y se resaca con el toro. El toro es la víctima cuando el toro se resaca y se resaca con el toro.

No vamos a entrar en consideraciones por los toros. El toro es la víctima cuando el toro se resaca y se resaca con el toro. El toro es la víctima cuando el toro se resaca y se resaca con el toro.



¿QUE ES ESTO?

FUNDAMENTALMENTE, en el toreo, el toro es la víctima. El hombre, el verdugo. Si contemplamos detenidamente esta fotografía, veremos exactamente lo contrario, aunque, por casualidad, el verdugo con cuernos perdiera. El arte de banderillar no es eso. El toreo, en cualquiera de sus suertes, debe ser en el hombre fuerza, gallardía, poder, seguridad, dominio, mando, estética... No podemos estar de acuerdo con lo opuesto; debilidad, peligro, torpeza, vacilación, sacrificio y casualidad. Cuando se tiene valor del bueno, y no inconsciencia, se emplea para aprender lo auténtico para que ese valor sirva como cimiento para construir una verdadera figura del toreo y no un simple mito publicitario.

LA SUERTE SUPREMA

ASI llamaban antes a la suerte de matar; tal era la importancia capital que se le atribuía. Sí, porque el toro no es otra cosa que la lidia de un toro para matarlo. Por eso se consideraba a tan emocionante momento como el más culminante; de ahí también que se le prestara tan especial atención y se le diera la máxima importancia. Pero esto era ayer, y nosotros, en lo posible, hemos tratado de mantener al día las agujas de nuestro reloj. Lo que no quiere decir que nos desentendamos de la suerte de matar y aceptemos la estocada mal ejecutada. No; de ninguna manera. Hemos aplaudido la faena si fue buena, ajustada a los cánones, pero no aplaudiremos si el torero mata de modo deficiente. Hasta eso no llegamos.

La importancia de la suerte radica en la ejecución. Y tú, telespectador, vas a verla muy bien en la pantalla, porque estarás muy atento a la imagen desde el instante en que el torero se prepara para matar. Así, pues, atenderemos primordialmente al comportamiento del diestro y prestaremos menor atención a la colocación del estoque. Porque puede ocurrir que un matador, entrando bien a herir, clave mal; o que pinche en hueso. En el primer caso no nos cabe más que lamentarlo; en el otro tendremos como compensación que el diestro ejecutará otra vez la suerte, y si vuelve a realizarla con todas las de la ley, tanto mejor.

Lo lamentable es que hoy se atribuye a mala suerte el no ejecutar la suerte. A pinchar o clavar mal, entrando mal. A la mayoría de los espectadores les interesa que el toro muera pronto, y por eso los toreros siguen el camino más fácil, el de menor exposición, que no es otro que el salirse de la suerte; es decir, no ejecutar la suerte. Por eso no hay que atribuir a mala suerte el no matar bien, por lo mismo que no puede quejarse de la suerte quien se lamenta de que no le toque la lotería sin jugar. Lo corriente es que el torero entre mal a matar y de ahí las estocadas defectuosas, que verás, telespectador, las denominaciones que tienen: perpendicular, delantera, pescuecera, atravesada, caída, bajonazo, golletazo, chalequera, trasera, entre tantas otras. En esa gama de estocadas malas, están las frecuentes. En cambio, estocada buena no hay más que una: aquella en la que el estoque está clavado en el hoyo de las agujas del bovino, después de haber ejecutado el diestro el cruce a la perfección. Pero la mayoría del público se entusiasma cuando cae el toro fulminado. Y vayan ustedes a explicarle que la estocada fue defectuosa, cuando no bochornosa.

He leído que un 2 de mayo toreó Juan Belmonte por primera vez con «Joselito», en Madrid; Rafael «el Gallo» completaba la magnífica terna. En el sexto toro de la corrida, Belmonte sorprendió al cónclave con una faena portentosa; de aquellas de las que se decía: «Así no se puede torear.» Pero, al parecer, ¿cómo toreó! Al matar, el trianero metió una estocada algo baja. Cientos de espectadores se tiraron al redondeo y cogieron en volandas al trianero, que llevaba en la mano una oreja del toro. Pues bien, por esa oreja armó la crítica una marimorena, al sostener algunos revisteros que no se debió conceder. Según mis noticias, el presidente del festejo hubo de publicar una carta, para hacer constar que él no había ratificado el otorgamiento del apéndice, porque Belmonte había matado de una estocada baja. Hoy, los presidentes tendrían que montar una secretaría para despachar las múltiples cartas explicativas del porqué se

conceden orejas a los muchos toreros que matan mal; en ocasiones, muy mal.

No vamos a entrar en consideraciones profundas sobre cómo deben matarse los toros, porque serían más propias de una tauromaquia, y nosotros, por nuestra menguada capacidad, nos hemos propuesto ceñirnos a las normas breves, pero ortodoxas, de un simple catecismo. Así, pues, limitémonos a pedir que a los toros se les mate bien, o por lo menos decorosamente. Si se mata muy bien, muchísimo mejor. Con esto venimos a decir que lamentamos profundamente el mal gusto del público, que ha motivado el que los toreros, cómoda o convenientemente, hayan relegado al «rincón» del olvido el procedimiento correcto de matar. Pero, volvamos a la pantalla, telespectador amigo. Vamos a ver qué hace el torero para matar; y a renglón seguido, cómo entra a matar, si es que de verdad entra y no se va.

Lo primero que exigiremos a ese torero es que vea si el cornúpeto está bien cuadrado; si ha juntado las manos, lo que motiva que arriba se le abran las agujas. Pero no basta; para que pueda matar bien, el astado no habrá de estar humillado, o con la cabeza alta. Sí, ya sabemos que hay toros que ofrecen dificultades, o por defectos congénitos, o por haberlas contraído durante la mala lidia; como también por haber sido excesivamente toreados, lo que en fin de cuentas es que se les lidió mal; pero a esos toros también hay que matarlos. A todo llegaremos.

Luego que el astado esté bien cuadrado, pediremos al torero que lie bien la muleta, adelantando el pico de esta, y que el toro esté muy fijo en ella, porque tanto por no tenerlo bien igualado como muy prendido del engaño, puede ser causa de que después se pinche en hueso. La mano derecha del estoqueador habrá de estar casi pegada al mentón, y no adelantada, o levantada, como hacen muchos, a la altura de la frente. Y ahora viene lo difícil y expuesto.

La suerte de matar —la suerte suprema— es la más arriesgada, partiendo de la base de que se ejecute a ley. Porque en otro caso, el torero, al amparo de las facilidades, hace disminuir el riesgo. Y con estas hemos llegado al momento en que el diestro tiene que irse hacia el toro para clavar el estoque. Dícese —por ahí anda la cita en tauromaquias, crónicas y crónicas de todos los tiempos— que Pedro Montes recomendaba para matar bien que el torero entrase como «a dejarse coger», pues es el modo de que las reses se descubran y se les pueda herir cortemente. Lo que recomendaba el famoso lidiador no es otra cosa que exigir al torero que entre por derecho, confiado, en la seguridad de que entrando bien, la mano que lleva la muleta, o sea, la izquierda, hace todo lo demás: dar la salida al toro.

Telespectador, para acostumbrarte a ver bien cómo hace el viaje el torero, cómo entra a matar, te hago una recomendación. Fíjate en el diestro de su cintura para abajo, que será lo contrario de lo que hacen los que no son aficionados de verdad, fijos solamente en la mano que lleva la espada y en su trayectoria. Solamente así podrás apreciar si el torero entra a matar, se queda o se va. Y como ya estamos al corriente de lo indiscretas que son las cámaras de la televisión, que nos muestran hasta los más nimios detalles, aprovéchate de tu condición de televidente, tanto para disfrutar, en el caso de que el estoqueador entre por derecho, como para reprobarle si apela a la engañifla.

Ese momento de la arrancada del torero hacia la res y el cruce con ella es el momento más crítico de la lidia. El más peligroso. Es el único instante en que el diestro pierde de vista las astas del enemigo, al que va a dar muerte. Si entra por derecho, con la mano izquierda abajo, metiendo la muleta hacia el belfo del toro, el instante de peligro es muy fugaz, pero cierto. Si el torero mete el hombro izquierdo sobre la res, sin mirarle a las astas, sino al morrillo, que es donde debe

clavar la tizona, cuando el cornúpeto tire el derrote al engaño, aquel ya habrá cruzado. Así, pues, el juego hacia abajo con la mano izquierda adelantada tiene vital importancia, porque es la que deja libre la acción a la derecha para clavar. Claro está que, pese a la perfecta ejecución de los cánones, el toro, por hacer un extraño, vencerse, o una mala intención que se le despierta al tener delante el engaño, puede encarnar al torero. Y malas cornadas, muy malas, son las que se producen en la suerte de matar. De ahí el dicho: «En la suerte de matar, el que no hace el cruce, se le lleva el diablo.»

Todo lo que no se haga conforme dejamos dicho —entrar a paso de banderillas, cuarteando, alargando el brazo, desviándose, o quedándose en la cara del toro—, no es entrar a matar. Y tú, telespectador, de haber seguido el consejo de mirar al torero de la cintura para abajo, habrás observado si ejecutó o no la suerte. Acostumbrándote a mirar así, podrás percartarte de lo que también decíamos: que muchos toreros, matando, no pueden tener suerte, por la sencilla razón de que no «juegan». Sin entrar a matar, no se puede matar. Otra cosa es hacer de matachines.

En los toros claros, francos, el torero puede entrar lentamente, recreándose en la suerte, según se dice en el argot. Pero hay toros —ya llegamos al caso— en los que la perfección tiene que dar paso a la habilidad. Bien porque hay reses que echan la cara arriba o por su tendencia a humillar, o porque remononean al cite, o porque se queden. Entonces el torero tiene que valerse de otros recursos, solo entonces permisibles, para burlar hábilmente las dificultades que presenta su enemigo.

Finalmente. No prestes mayor atención al descabello. Esta sí que es una suerte de suerte. Un matarife puede hacerlo mejor que un torero, por ser función que se aproxima a la del oficio. Un descabello certero, a la primera, no encubre los defectos de una mala estocada. Y no te metas en el coro de los que piden la oreja cuando el presidente es remiso al otorgamiento; por algo será. Una oreja más o menos no eleva o reduce el valor de lo que has visto. Lo «hecho» queda en el ruedo, y si fue muy bueno, de calidad, se grabará en tu memoria. FIN.

DON JUSTO

Después del punto final es obligado dejar cortés constancia de muchos testimonios de gratitud.

Recibí cartas de aficionados que, al parecer, seguían con cierto interés las "Anotaciones". Los términos de aquellas me sirvieron de estímulo. A todos ellos, muchas gracias.

También a don Manuel Lozano Sevilla, crítico de Televisión Española y de Radio Nacional, a quien todos tenemos que agradecerle su tenaz labor en defensa de las esencias puras del toreo, por los innegados elogios que de mí hacía en la carta aparecida en el número 964 de EL RUEDO. Valoraba en demasía mi colaboración y, venía en atribuirme una competencia de la que en absoluto carezco. Tanto que no dejó de ser osada la misión que me impuse al pergeñar las "Anotaciones", dedicadas a esa afición nueva que crea la televisión. En el primer artículo decía yo: "Si se nos permite, en la medida de nuestra modestia y fuerzas, vamos a intentar escribir para ella, cooperando en la labor de los críticos y técnicos de la televisión." Veía las grandes dificultades de los críticos, y por eso también he de escribir: "... por otra parte, no pueden profundizar en sus apreciaciones por verse obligados a sincronizarlas con el desarrollo de la lidia." Llevado de mi afición llegué hasta el atrevimiento, desentendido totalmente de aquella sentencia del Hidalgo: "No se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años." No supe esperar a cumplir unos cuantos más.

Así, pues, hago presente mi gratitud con la esperanza de que en el año que vamos a entrar pueda llevarse otra vez la imagen viva de la fiesta, en toda su grandeza, a todos los rincones de España.—D. J.

ANOTACIONES PARA UN CATEGISMO TAURINO DEL TELESPECTADOR



LOS PEONES. — El banderillero debe ser un artista, de inferior categoría que el matador, pero un artista al fin y al cabo. Sin embargo, se ven convertidos, obligados unas veces, por su propio gusto en otras, en cumplidores asalariados sin mayor pretensión que la de hacer su trabajo lo más rápidamente posible y sin el menor lucimiento. Se priva al subalterno del arte. Se crea en él conciencia de hombre que va a ganar un jornal por un trabajo en el que se pasa miedo. Y es triste, muy triste, la palabra trabajo en el toreo. Lástima del torero al que se llame trabajador. Si en cualquier faceta de la vida el trabajo es virtud, en el toreo tiene significado de vulgaridad, de machacona constancia. Muchas veces, como en la foto, también es el héroe de la fiesta. Pagan caro su «trabajo»



TORERO DE ESCUELA.—¡Qué maravilloso es ser torero de escuela! Ya van quedando pocos. Aquí tenemos a Rafaelito Chicuelo con su padre, el auténtico «Chicuelo», el «Chicuelo» de la «Alamea», en la pequeña escalinata que conduce del jardín a la torera casa. Rafael había decidido volver a los toros en Méjico con el mismo entusiasmo que lo hiciera cuando Manuel, por los años treinta, cosía con la aguja lenta de su salero el Nuevo y el Viejo Mundo